

Sep 2016

¿Para qué educamos?

Debo decir antes de comenzar este escrito que amo los libros y que creo en el poder del conocimiento para abrir puertas y tender puentes. Recuerdo que entre las muchas cosas que quise estudiar, se me ocurrió la literatura (pensaba que podría ser profesor), y mi padre me apoyó. Seguro lo hizo a pesar de la preocupación por mi futura fuente de ingresos, porque en la sociedad antioqueña de los años ochenta, altamente orientada a la producción y al comercio, tener un hijo lector y profesor podía ser un factor de preocupación.

Sin embargo, debo decir que de lo poco que había en exceso en mi casa eran libros. Si “se acababan”, íbamos a la Librería Continental, la Oveja Negra o a la Científica en el centro de Medellín a comprar el que seguía...

Mi papá me dejaba caminar libre, escoger libros sin restricciones de autor, idioma ni menos filtros religiosos o ideológicos de lo que un “pelao” puede o no leer. Solo me preguntaba: “¿Qué te gusta de ese libro?, ¿qué buscas en él?”. Mi padre me abrió muchas puertas y me inspiró para hacer mucho de lo que hoy hago, porque me dejó amar los libros a pesar de que es posible que se muriera del susto de tener un hijo profesor.

Más adelante, la vida me llevó, o más bien, yo escogí una carrera diferente que estudié con gusto y que hoy me permite tener el mejor trabajo del mundo (para mí, el mío, para cada uno, el suyo). A la ingeniería me llevaron otras pasiones como las matemáticas y la física desde lo positivo y desde las restricciones, tal vez la necesidad que sentí de generar ingresos pronto con la temprana muerte de mi papá.

En fin, hoy doy gracias a la vida porque aunque no fui profesor de literatura, en Comfama puedo decir que soy educador. Casi 300 mil personas estudian en la Caja este año, desde la primera infancia hasta educación informal, en todos los temas posibles. Somos una gran institución educativa y lo decimos con gran orgullo.

En estos días hemos estado, por ende, en una rica conversación sobre la educación, sus maneras, métodos, formas, clasificaciones, pero ante todo, sobre su razón de ser, su propósito final.

Hay que hablar de esto, necesariamente, en esta ciudad, “la más innovadora”, la otra capital industrial, la empresarial, la desigual, la que se transforma, la que gana el “premio Nobel de las ciudades”. Hay que hablar de esto cuando en el mundo se discute la pertinencia o no de enseñar humanidades, de enseñar filosofía.

Hay que hacerlo, sobre todo porque la sociedad colombiana está avanzando a pasos gigantes hacia la modernidad. El empleo se formaliza, la gente se educa, el país se urbaniza, al campo parece que le llegó la hora. Con mayor razón es necesario hoy que todos los que educamos o participamos de un proceso educativo nos preguntemos y tratemos de responder la pregunta fundamental: ¿Para qué educamos?, ¿qué ciudadano soñamos con la educación que ofrecemos?

En una Caja se responde generalmente lo siguiente cuando se pregunta eso: para la empresa, el trabajo, el emprendimiento. En muchas universidades se afirma de manera análoga: para la ciencia, la ingeniería, para descubrir e inventar cosas que cambien el mundo.

Nada de eso suena mal, por sí solo, pero a nosotros en Comfama nos produce cierta tensión, nos deja parcialmente vacíos, nos invita a repensar. ¿Qué debe tener un curso de baile, de natación, de ofimática, la educación inicial o qué debe suceder en la básica primaria, en nuestras bibliotecas, para que la educación tenga un sentido pleno?

Reflexión: ¿por qué le daba miedo a mi papá que yo estudiara literatura y me insistía en que pensara, con muchísimo cariño y sin querer ofenderme, en la escritura como un pasatiempo? Aventuro una hipótesis: porque somos aún una sociedad que iguala el trabajo con la vida. Que ve en el trabajo el destino mismo y que para colmo no considera trabajo sino lo que suma valor económico...

Pero ya se sabe que el dinero, por sí solo, no hace la felicidad, ¿cierto? Como en la Caja nos hemos metido en el tema de la felicidad —leyendo mucho, preguntando más, estudiando desde filósofos antiguos hasta modernas universidades hablando sobre el tema—, la educación ha sido obviamente parte de esa reflexión.

Voy a la conclusión que llevamos hasta ahora:

En Comfama queremos educar para la libertad y la felicidad. Queremos creer que la libertad de elegir como seres humanos — no solo nominalmente, sino en la práctica— lo que nos gusta hacer, como pasatiempo o como vocación de vida, tiene una fuerte correlación con la felicidad

No nos parece correcto que algunas restricciones no permitan que los talentos o las habilidades se puedan aprovechar al máximo individual y socialmente, y limiten nuestra posibilidad de ser felices.

Es por eso que en este compromiso de ser una plataforma para la felicidad, también nuestra educación tenga que transformarse. Más preguntas que respuestas, más decisiones inciertas entre alternativas diversas, más pasiones, vocaciones, diversión y seducción. Más pensamiento crítico, más ciudadanía y, ¿por qué no?, más solidaridad y compromiso social.

Para allá vamos. Por eso estamos repensando nuestras bibliotecas y nuestro apoyo a la educación básica y media. Por eso queremos aprender todos los días más sobre educación inicial, para mejorar lo que ya de por sí es muy bueno en la Caja. Por eso estamos comprometidos con la educación rural y la lucha contra todos los analfabetismos y la inequidad que generan.

Advierto que digo esto no porque eduquemos mal, porque contamos con cientos de jardineras e instructores que aman su trabajo, que educan con amor y alegría. Tan solo es que la educación, si se asume con seriedad, y nosotros somos conscientes de nuestra inmensa responsabilidad, se tiene que preguntar cada día ese profundo “para qué”, de tal manera que no perdamos el rumbo, que lo que hagamos transforme el mundo diariamente.

Esta es la razón, emocionante y feliz, para que nuestro compromiso en Comfama sea que nuestros estudiantes y todas las personas que participan de nuestros programas educativos y culturales sean cada día más libres de elegir lo que aman hacer y ser, que puedan encontrar cómo quieren vivir su felicidad y de qué manera van a dejar huella en esta vida

Oct 2016

Evolución y comunicación

Comienzo este editorial con unas historias personales. Perdonen que haga esto, pero me parece una forma simple de explicar. Mostrar que en la vida tenemos grandes lecciones ahí, a nuestro alcance. Lo primero es contarles que los momentos más felices de mi vida han sido enmarcados por conversaciones. En una buena conversación se juntan la magia del aprender, del disfrutar y de relacionarnos con otros. Uno de los momentos más bonitos de mi infancia es el de una noche hablando de la poesía de León de Greiff con mi papá. Ya no sé qué me hizo más feliz, si lo que aprendí sobre Antioquia y sobre la poesía musical de nuestro escritor o simplemente el poder compartir un rato de abrazos, risas, lecturas e historias con Juan Escobar. Ese recuerdo me acompañará siempre.

Cambiemos nuestras conversaciones yharemos un mundo distinto

Humberto Maturana.

La segunda historia trata del cambio necesario, voluntario y amoroso. Por allá en segundo de primaria, siendo un niño hiperactivo, del colegio llamaron a mi mamá con una especie de ultimátum: el niño no dejaba dar clase. Ella se inventó una solución que todavía valoro para esa dificultad que tenía para concentrarme, que afectaba mi aprendizaje y estaba empezando a ser un problema para mis compañeros. Decidió que solo, sin tomar medicamentos, podía aprender, “evolucionar” a partir de mi propia naturaleza. Comenzamos a

armar rompecabezas de mil y dos mil fichas, paso a paso, temblando de la dificultad, llorando de la frustración porque no era posible resolver ese desafío en minutos o segundos, porque se necesitaba método, calma, paciencia, concentración. Me tomó meses, pero aprendí a respirar y a concentrarme. Mi mamá no negó mi identidad, solo reconoció que para poder avanzar en la vida era necesario cambiar una parte de mi ser, no la energía ni el entusiasmo, sino la concentración. Ella me ayudó a evolucionar para ser como hoy: auténtico y funcional.

(Lee también: [¿Para qué educamos?](#)).

En Comfama nos gusta mucho la conversación y como nuestro puente privilegiado para conversar con ustedes es el informador, comenzamos hace unos meses un proceso interno de evolución de este medio, que llega a los hogares de Antioquia desde 1981. La intención de este cambio es conectarnos mejor con nuestros afiliados y demás públicos con quienes tenemos relación permanente, convertir al medio en un servicio en sí mismo. Nos soñamos con una revista con la que aprendamos, nos divirtamos, que nos inspire para ser mejores personas, que nos abra oportunidades. Que la guardemos, recortemos y compartamos por sus contenidos únicos y relevantes.

Nuestro propósito es evolucionar para ser exitosos, sin perder nuestra esencia. Algo diferente a simplemente “cambiar”. No queremos cambiar como se cambia de camisa. En Comfama queremos comenzar a transformarnos de manera gradual, continua y enfocada, para ser mejores, para convertirnos en la empresa social y la Caja de compensación que las circunstancias nacionales demandan. Los invito a comprender que ante los retos en el horizonte (posconflicto, ruralidad, trabajo independiente, emprendimiento, tecnologías), no hay mejor respuesta que una vez entendido, este proceso de transformación sea un acto voluntario, no obligado. Por eso, uno de los primeros pasos que estamos dando para “meternos” en el futuro es el de construir un lenguaje que empodere, incluya, sea cercano, y cuente historias reales de personas reales. Queremos que al ver en casa o en el trabajo la revista mensual de Comfama, sientan emoción, intriga, ilusión y disfruten lo que somos.

Nuestro propósito es evolucionar para ser exitosos, sin perder nuestra esencia

En esta nueva era de nuestra comunicación se unen el sentido de nuestra existencia: la felicidad de Antioquia, con nuestra forma preferida: estar cerca de las personas. A esto añadan la actitud que ambicionamos: evolución permanente ¡y estamos listos!

Los invito a que juntos escribamos las páginas de estos nuevos informadores y nos sigan acompañando con la confianza y el cariño de siempre.

Nov 2016

Nuestro compromiso con la ruralidad

“Gracias a Dios y a Comfama terminamos la casa”, cuenta Alexandra, la mamá de la familia Villa Echavarría, de Entrerríos, cuando se refiere a la oportunidad que tuvieron con nuestro subsidio de mejoramiento de vivienda rural. Ramón, el papá, es guardabosques y lleva las niñas al colegio en motocicleta. Alexandra trabaja en agricultura de tomate de árbol en la zona. Las dos hijas estudian y hacen las tareas con el plan de datos del celular del papá, a quien le enseñan cada día cosas nuevas. Sueñan con una vida mejor y más feliz.

Esta historia hace parte de esta edición de nuestro **Informador** y ratificamos con ella que en la Caja debemos mirar con compromiso y optimismo la ruralidad de nuestro territorio. Las personas que allí habitan son antioqueños con derechos plenos, con aspiraciones y potencialidades ilimitadas.

En primer lugar, recordemos que en el campo están nuestras raíces y por eso mismo le debemos solidaridad. Pregunten a cualquier habitante del Valle de Aburrá de dónde viene su familia. Una, dos o tres generaciones atrás y aparecen la tierra, los pueblos, lo rural. En mi caso, siento orgullo al tener herencias del suroeste por un par de abuelos de Fredonia, algo de la zona de Porce, desde Barbosa hasta Cisneros, por mi abuela, algo del norte con antepasados de Santa Rosa y abuela de San Pedro, y un poco del oriente con Concepción, hasta un bisabuelo de Sopetrán en el occidente. Los invito a que cada uno haga el ejercicio en casa de preguntar por sus ancestros y verán que todos tenemos raíces en el campo.

Lo anterior sin contar con la deuda histórica y social. Medellín creció de cuenta de las regiones, se ha desarrollado gracias a ellas y hoy el cuadro de desigualdad entre el área metropolitana y el resto de nuestro departamento es inaceptable.

Recordemos que en el campo están nuestras raíces.

Además, para hablar de posibilidades, estamos en una era en la que alimentar al mundo es un gran reto, el agua se torna escasa y lo rural tiene finalmente valor desde lo cultural, económico, ambiental y social. En Colombia, a casi nadie le cabe duda de que hay que implementar las recomendaciones de la misión rural, sea para desarrollar agroindustria o para fortalecer la producción familiar (ambas deben poder convivir para tener un ecosistema económico sano en nuestro campo). Lo rural es, entonces, problema de todos e igualmente, oportunidad compartida. Comfama, por supuesto, no es la excepción.

Durante décadas, la Caja ha estado en la ruralidad, y lo ha hecho mediante diferentes servicios, comenzando con nuestros parques recreativos en los años 70, luego los mercados durante los 80, y más adelante, hace unos meses,

abrimos nuestras 85 oficinas en igual número de municipios de Antioquia. A toda esta historia le llega, además, un nuevo impulso.

Hemos creado la Unidad de Gestión Regional para coordinar y fortalecer todas nuestras acciones más allá de los valles de Aburrá y San Nicolás. Estamos construyendo un plan a cinco años que ya comenzó su ejecución para que cada municipio tenga el apoyo de la Caja y fortalezca el empleo formal y de calidad. Así mismo, llegaremos con los servicios de vivienda, crédito, educación, cultura, salud. Nuestro reto es que donde haya un trabajador afiliado, tenemos que ser capaces de servir: la Caja itinerante, la movilidad y las tecnologías, las alianzas locales con empresas y alcaldías, el desarrollo de infraestructura propia en algunos casos, usaremos la creatividad y los recursos necesarios para seguir siendo, con orgullo, Comfama para toda Antioquia.

En la Caja pensamos que todos los trabajadores de Antioquia y sus familias tienen derecho a las oportunidades de felicidad que ofrecemos. Ese es nuestro desafío y estamos listos para asumirlo, con amor y compromiso, como siempre durante los más de 62 años de nuestra historia.

Dic 2016

El gusto por la diversión

Confieso que no he sido un hombre que se pueda describir como festivo. Creo que a nadie que organice algún tipo de celebración, incluso mis más cercanos amigos, se le ocurre decir: “Invitemos a David, que es tan divertido...”. En realidad, a pocas fiestas me invitan. Durante muchos años me dio pena bailar. Estudié con disciplina férrea y luego he trabajado en exceso, como si en ello me fuera la vida. Por otro lado, les cuento que en los últimos años me he enamorado de pequeños placeres que no cambio por nada. Les cogí gusto al baile y a la música, disfruto unos traguitos con mis cercanos para mojar la palabra, busco arte, paisajes, belleza y poesía para enriquecer los días, río más hasta en la oficina, de vez en cuando me emparrando... eso, definitivamente, me hace muy feliz.

También lesuento que cuando entré a Comfama muchas cosas me emocionaron. Las oportunidades en vivienda, educación, cultura y salud. Solo una cosa me dio susto: ¡Comfama también es una fiesta!... Estar a cargo de parques recreativos que reciben dos millones de visitantes por año, con sus atracciones, adrenalina, piscinas, juegos, expresiones de arte y música permanentes. Además de unos cincuenta mil estudiantes trimestrales en baile, cocina, decoración de celebraciones, etcétera. Todo eso era un territorio ignorado para mí y no sabía cómo ser el líder que un proceso como ese requiere.

(Lee también: [Nuestro compromiso con la ruralidad](#)).

Hoy, sin dudas, me atrevo a decir que el juego, la música y la fiesta son parte esencial de la humanidad ¡y de Comfama! Ha sido un privilegio y un descubrimiento, entendiendo el papel de la diversión, la recreación y la celebración en la construcción de felicidad: el juego, las artes, la conversación, la danza, la interacción con amigos y familia, reír hasta que duela la barriga, la buena comida, los ratos de ocio. Todo eso está ahí, al alcance de ustedes. Solo miren la agenda de diciembre en esta edición y encontrarán conciertos, fiestas, teatro, novenas, comparsas, cine, carnavales, oportunidades para el encuentro, la celebración y la convivencia.

El juego, la música y la fiesta son parte esencial de la humanidad ¡y de Comfama!

En estos días, por ejemplo, usé el canopy que tenemos en el parque Arví. Qué delicia sentir el viento en la cara, volar sobre el bosque, qué gratificante poder vencer el susto de lanzarse. Otra experiencia increíble fue la noche de música, baile y amigos en la terraza de nuestro Claustro de San Ignacio, en el marco de los eventos de Caminá pa'l Centro de noviembre. No se imaginan la fiesta de la familia Comfama, donde lo mejor de lo que hacemos llenó el parque de Copacabana para un encuentro marcado de energía para seguir sirviendo con amor a nuestros afiliados y a la comunidad antioqueña. Estas historias se repiten cada semana en sedes, parques y lugares de la Caja, para inundar de sonrisas nuestros espacios.

Por todo esto, los invito, en esta temporada de fin de año, a que nos acordemos de pasar tiempo con quienes más queremos, con ellos comer algo rico, bailar, abrazarlos fuerte, celebrar la vida y sus delicias. Comfama está siempre abierta para celebrar esos momentos y en el 2017 haremos mucho más para crear recuerdos memorables y únicos.

“Cada día en el que no hayamos danzado al menos una vez es un día perdido”,
Friedrich Nietzsche.

Ene 2017

Propósitos de año nuevo

Una de las parejas más felices que conozco lleva más de 35 años casada. Han viajado por el mundo, tienen hijos extraordinarios, cada uno ha desarrollado libremente su vida individual, profesional y personal. Me da la impresión de que se han acompañado bien, no tienen remordimientos y están comenzando un feliz retiro en una zona rural de Antioquia.

Una vez les pregunté por la clave de esa duradera felicidad de pareja, tan esquiva para muchos. Su respuesta fue simple: “Cada año nos sentamos en

diciembre, revisamos si cumplimos nuestros objetivos de familia en este tiempo y nos ponemos metas para el periodo que comienza”. “¿Así de simple?”, les dije, incrédulo.

Luego me explicaron que para ellos se trata de hacer planes conjuntos. Un viaje, un mejoramiento de la casa, un proyecto de estudio, propósitos de apoyar a los hijos en determinadas iniciativas. Eso los mantiene unidos y enfocados.

No puedo decir con seguridad que ese sea el único elemento determinante de la felicidad de Miguel y Beatriz. Pero me gusta su ejemplo y se me vino a la cabeza para este editorial.

Los propósitos de año nuevo típicos se caracterizan por estar más o menos bien enunciados, ser muy difíciles de lograr porque implican cambios en el estilo de vida y, casi por regla general, no cumplirse. “Inglés, dieta y gimnasio”, dice un buen amigo. A veces somos mejores para desear que para trabajar por lo que soñamos.

Pues en Comfama somos como esa bella familia feliz porque trabajamos cada día para llegar a nuestro máximo potencial, tenemos fuerza de voluntad y nos gusta evolucionar. Tenemos propósitos de año nuevo muy firmes, y los vamos a cumplir.

Son básicamente los mismos del chiste de mi amigo: queremos aprender algunos idiomas, vamos a cuidar “nuestra línea” y vamos a “meternos al gimnasio”. ¿Qué quiere decir eso para nosotros?

Queremos aprender el lenguaje de las regiones de Antioquia, en el sentido profundo que tiene querer escucharlas, abrazarlas y aprehenderlas en su diversidad. Vamos a aprender el lenguaje de los jóvenes, que trabajan diferente, disfrutan profundamente la vida, viven sano y esperan ser felices por encima de cualquier otra ambición tradicional.

Queremos aprender el lenguaje de la sostenibilidad y el impacto social. Porque hoy en día una organización construida solo en clave de crecimiento en cifras está destinada al colapso. ¡Tres “idiomas” a falta de uno!

Lo de cuidar “nuestra línea” es fundamental. Urge recordar que cada centavo que invertimos en lo social, se multiplica; por eso no se puede perder ninguno. En nuestro caso, más que en organización alguna, la eficiencia es obligatoria desde lo ético, más allá de lo empresarial.

El futuro no se prevé, se prepara. Maurice Blondel.

También actuaremos con contundencia (“el ejercicio”). Nuestro propósito es que en diciembre del 2017 podamos decir que hicimos la tarea en ruralidad y

hay servicios sociales en todo el departamento, bien sea con sede permanente o mediante una estrategia itinerante o móvil. Vamos a poder contar que el Claustro está hecho un hormiguero de gente disfrutando su belleza y su cultura.

Vamos a decir, con alegría, que nuestro servicio de salud no es solo para curar, sino para disfrutar la vida. Vamos a poder gozar en Urabá de nuestro sexto parque recreativo.

Diremos que volvimos con todo al emprendimiento y la innovación. Celebraremos un año en el que dejamos de hablar de viviendas para construir hábitat. “Inspiración Comfama” llegará para tocar el corazón de más de 350.000 estudiantes de colegios de Antioquia... Muy importante: vamos a decir que tenemos un plan de vuelo para los siguientes años, lleno de inspiración, construido colectivamente, al escuchar las voces de trabajadores, empleadores y empleados.

Estos sueños son apenas una muestra de lo que estamos pensando. Por supuesto, son sueños con los pies en la tierra, definidos con firmeza y compromiso. ¡Nos vamos a gozar el 2017!

Para despedirme, una invitación: ¿Qué tal si cada uno reflexiona un rato, solo o en familia, y hace algunos planes inspiradores? De repente, la lección de Miguel y Beatriz es más poderosa de lo que pueda parecer a simple vista.

Próspero año y abrazos de Comfama para cada familia de Antioquia.

Feb 2017

La salud que nos damos

Me siento a escribir este editorial luego de mi sexta sesión de ejercicio de este año. Fue uno de mis propósitos de año nuevo, duro para un sedentario. Hoy no sentí que mis músculos se iban a estallar. Fui capaz de cumplir mi meta del día sin llegar a los últimos minutos tambaleando. La respiración me faltó un par de veces, es cierto... Pero lesuento que una gran satisfacción me llegó cuando terminé mi rutina de hoy y visualicé mi semana, con el fin de sacar tiempo para la actividad física.

He sido “malito para el ejercicio”, como decía mi padre cuando me comparaba con mi hermano, que tenía el don de practicar casi cualquier deporte y ser el mejor en todos ellos. Pues decidí este año que no soy “malito”, que nadie lo es, que no tengo que ganarme sino una medalla: la de mejorar cada día. Pensé que con más de 40 años mi deber es cuidarme, que el trabajo que hago me

gusta mucho, pero necesita energías infinitas, así que me propuse el desafío de hacer ejercicio al menos cuatro veces por semana.

Hoy nadie discute que la actividad física se relaciona directamente con la salud. La OMS estima que cerca del 6% de las muertes en el mundo se deben a la vida sedentaria, además, desde la antigüedad las disciplinas del cuerpo son parte de la cultura y la vida humana.

Leí por ahí que Sócrates decía que el ejercicio era incluso un deber de cada ciudadano. Sin embargo, en los medios solo se habla de la salud como problema, como derecho, como servicio e incluso como negocio.

Poco se oye hablar de la responsabilidad que cada uno tiene con su propio bienestar. La bondad de nuestros pensamientos, cómo nos alimentamos, cuánto caminamos al día, si hacemos o no ejercicio, cómo respiramos... Ideas simples de hábitos que nos pueden transformar, alargar nuestra vida y hacerla más feliz. ¡Por eso, en Comfama decimos que la salud es la posibilidad de disfrutar la vida!

Para todo en la vida, como la felicidad de la que hablamos, dependemos de nosotros mismos.

En Colombia hay mucha innovación frente a este importante reto. Esta semana me contaron, por ejemplo, de Andrés, un líder social de Antioquia que admiro mucho. Él está implementando una campaña en la entidad que dirige, donde se dan días libres si los empleados desarrollan alguna actividad física. Me impresionó también la empresa Mattelsa, afiliada a la Caja, que promueve llegar al trabajo en bicicleta, la alimentación saludable y otros hábitos de sostenibilidad entre sus empleados.

Por otro lado, emprendimientos con muy buenos augurios están comenzando a ofrecer, apoyados en las TIC, servicios innovadores para monitorear, apoyar y motivar la actividad física. Es evidente para todos, además, que en Antioquia hay una gran proliferación de nuevos espacios para desarrollarla de diferentes maneras.

Por eso, cuando comencé a trabajar en nuestra Caja me sorprendió que el servicio de centros de acondicionamiento y de gimnasios, a pesar de tener una cobertura relativamente baja (10.000 personas aproximadamente para 2,4 millones de beneficiarios), tuviera un gran reconocimiento.

Y nos dispusimos a estudiar cómo crecer con calidad. Esta se deriva del acompañamiento en salud con profesionales comprometidos, buenas instalaciones y tecnología de punta. Luego de analizar el asunto por meses, en la edición de este mes de el informador compartimos una gran noticia.

Se ha firmado una alianza entre Comfama y Smart Fit, una de las cadenas de gimnasios más importantes de América Latina. En este programa, todos

ganamos. Aumentaremos la cobertura de la Caja inicialmente hasta casi 22.000 personas, las tarifas bajarán (para una persona de tarifa categoría A será una disminución de cerca del 40%), tendremos el doble de sedes sumando las de nuestro aliado y las nuestras (pasamos de 7 a 14).

Todo esto con la gran ventaja de que los servicios de salud de todas esas sedes serán prestados con la tradicional calidad Comfama, por profesionales aportados por la Caja.

No hay gimnasio o Capf que valga, alianza o tarifa, bien sea que el ejercicio se haga en casa, en la empresa o en un centro especializado, si no ponemos de nuestra parte la madrugada, el esfuerzo y el cuidado. Igual que para todo en la vida, como la felicidad de la que hablamos, dependemos de nosotros mismos. La salud, aunque requiere de servicios, del sistema de la seguridad social y buenos profesionales, se origina en los hábitos que tenemos y la manera como vivimos.

En Comfama estamos comprometidos con ser la plataforma para su salud y su felicidad, pero no se las podemos entregar en un paquete: depende de cada uno. Aprovechando el comienzo de año, bienvenidos y disfruten mucho esta nueva alianza.

Mar 2017

Rendir cuentas

Este mes coinciden para mí dos eventos muy importantes. El primero, más personal, es que cumple un año trabajando en Comfama ¡Estoy feliz! El segundo es institucional. En marzo hicimos nuestra Asamblea general de afiliados para presentar los resultados del 2016 y nuestra perspectiva de futuro. Hace un año me correspondió, un par de semanas después de haberme posesionado, el privilegio de presentar unos resultados y gestión liderados por mi antecesora, María Inés Restrepo, quien dejó a Comfama en un gran momento. Esta vez me corresponde, conjuntamente con el Consejo Directivo de la Caja, rendir oficialmente “las cuentas” de un año de arduo trabajo.

Por eso quisiera hablar esta vez de esa expresión poderosa y profunda de “rendir cuentas”. La palabra rendición quiere decir, desde su etimología, “devolver”. En el fondo se trata entonces de devolver a los dueños (en nuestro caso, los trabajadores de Antioquia) los resultados de la entidad que es de y para ustedes y sus familias. Esta “devolución” se hace entregando el balance de los logros alcanzados hasta ahora y los desafíos del siguiente período. La Asamblea es para nosotros algo serio. Es el espacio para dar a conocer en qué trabajamos, qué hacemos con cada peso que recibimos. Aunque en la era de las redes sociales y las tecnologías de la información se rinden cuentas cada día en miles de interacciones, el componente legal, simbólico y cultural de la

Asamblea mantiene gran relevancia. El mensaje que queremos reiterar es que esta institución es de ustedes. Por eso preparamos durante meses nuestro informe.

Lo que viene será emocionante.

Nosotros trabajamos para que nos sigan queriendo mucho, y nuestros estudios de satisfacción y percepción demuestran que lo estamos logrando. Sin embargo, amor no quita conocimiento y queremos que nos ayuden a cuidar, crecer, mantener sólida y querida a Comfama. Sabemos que siempre hay cosas por mejorar. Por favor, sígannos exigiendo permanentemente, propóngannos ideas, proyectos, servicios. Cuando uno sabe que es dueño, cuida y critica constructivamente, porque le importa. Apreciamos mucho, por ejemplo, a aquellos empleadores que nos llaman para decírnos que quieren más oportunidades, más agilidad o mejor servicio. Ayúdennos por favor con su mirada vigilante y evaluación constante a mantenernos atentos, honestos y comprometidos.

Por otro lado, creo que es el momento de una rendición de cuentas más íntima a través de este medio, más allá de las cifras. Lo que he vivido este año lo quiero simplificar de esta manera.

En primer lugar he recorrido la Caja (aún me faltan sedes), escuchado mucho a los afiliados, empleadores, empleados y comunidad en general. Siento que he logrado abrazar y comprender esta maravillosa organización. Comfama es fácil de querer, pero hacemos tantas cosas, que hay que trabajar mucho para poder entenderla. Este año aprendí que ante todo, en la Caja somos emoción y vocación.

Segundo, con mucha “mañita” hemos propuesto adecuar nuestro quehacer a realidades innegables: las nuevas tecnologías, los cambios en la naturaleza del trabajo, el papel de los jóvenes, la necesidad de seguir profundizando en la ruralidad, las alianzas como mecanismo de crecimiento e impacto, entre otras. Decimos en Comfama que la evolución es constante y cuestión de supervivencia, no opcional.

Por otro lado, luego de 63 años de vida institucional y de un ciclo extraordinario de crecimiento y consolidación, con mayor razón debemos pensar en lo que sigue y no dormirnos en los laureles. Estamos construyendo con rigor nuestra estrategia de futuro y los planes de desarrollo para llegar cada vez a más colombianos, con mejores servicios, sosteniblemente. Queremos crecer para poder servir mejor. Queremos llegar a toda Antioquia y ser actores del desarrollo social y rural de Colombia.

Finalmente, si me preguntan a qué dediqué más tiempo, más energía y más amor, les diré que a consolidar una política de talento humano, a transformar una cultura organizacional que jamás olvide el compromiso social y se comprometa con el cambio permanente. Somos conscientes de que

evolucionar la cultura en Comfama es ayudar a transformar la cultura en toda Antioquia.

Por esto, les doy mi garantía personal: lo que viene será emocionante. Estamos trabajando duro porque nos entendemos como responsables de un patrimonio social, cultural y económico inmenso. Sabemos que si actuamos bien, crearemos riqueza, sembraremos felicidad y dejaremos huella. Gracias por tanta confianza y amor que nos dan.

Abr 2017

¿Qué nos inspira?

Hoy quisiera hablar de la inspiración, que cercana a su etimología, es como el aire. Todos la necesitamos. Nuestro trabajo, la vida familiar, una pasión artística, lo que sea que hagamos requiere de inspiración. Pienso que en la vida no existe el momento de la “epifanía” en la que insuflados por una energía sobrenatural encontramos una vocación, sino que esta –o estas porque pueden ser varias vocaciones– proviene de un largo proceso de reflexión, autoinspección, ensayos y errores, encuentros y desencuentros. Es más, uno también es libre de cambiar de vocación o trabajo tantas veces como quiera.

Tengo un recuerdo de mis 17 años, algunos meses luego de morir mi padre, cuando no tenía ni idea de qué iba a estudiar o hacer en los años siguientes, porque los planes que tenía se revolcaron con su partida. Una noche subí por la carretera de Las Palmas a mirar la ciudad, para tener alguna distancia de esa Medellín de 1993 que no me dejaba respirar ni pensar. Desde arriba, la ciudad brillaba como ese “hueco de estrellas” del poema. No sabía si quedarme o irme, huir o luchar. Dije: “¡Me quedo!, y haga lo que haga, que sirva para que la gente joven del futuro no crezca con miedo y sin padre”.

Exploré mucho. Estudié ingeniería, fui representante estudiantil en la universidad, trabajé en talento humano, tecnología, planeación, estrujé números en Excel, aprendí de mercadeo, hablé sobre mis sueños para una mejor sociedad, dirigí proyectos de infraestructura, educación y urbanismo en el sector público, vendí servicios de telecomunicaciones, fui consultor, emprendedor y ahora me encuentro en el sector social, en el mejor trabajo del mundo, ¡al menos para mí! Miro atrás y sé que siempre he trabajado guiado por ese sentido que le di muy joven a mi vida. Me he dedicado, feliz y afortunado, a servir.

Por eso lanzamos programas como Inspiración Comfama, nuestra nueva manera de apoyar la calidad en la educación básica y media.

Ayer, manejando, escuchaba en una entrevista a Peter Diamandis, cofundador de X Prize y de Singularity University, en la que le preguntaban qué recomendaría a un joven para hacer en vacaciones. “Preguntarse cuál es la

pasión de su vida”, dijo de inmediato. ¡La de él eran los viajes al espacio! Sugirió que cada joven haga una lista de cinco posibles cosas que le apasionen y luego se dedique unas semanas a investigar cada una. De repente, de ahí surge la inspiración, emerge la pasión y las vacaciones serán transformadoras.

Cuando en Comfama nos sentamos a pensar en lo que hacemos en educación, cultura y emprendimiento, este motivo nos impulsa: que cada persona encuentre aquello que le apasiona y lo haga con todas las energías de su vida; que nuestros afiliados sean felices con su trabajo, su vida, su familia. Por eso lanzamos programas como *Inspiración Comfama**¹, nuestra nueva manera de apoyar la calidad en la educación básica y media. Estamos convencidos del valor que tienen las experiencias por fuera del aula, que tocan mente y alma de los estudiantes, y les ofrecemos alternativas para soñarse como artistas, músicos, científicos, empresarios, profesores, deportistas, desarrollando cualquier oficio, siempre llenos de inspiración. Hemos dicho que tener una vida con sentido es clave para la felicidad. ¿Y de dónde más podrá venir la trascendencia si no del encuentro con algo bueno y bello a lo que podamos dedicar los días?

De igual manera, el programa de alfabetización rural para adultos en Segovia no se trata simplemente de personas que leen y escriben para ser más “útiles” en la empresa. Nos parece muy bien que puedan acceder a mejores oportunidades de empleo gracias a este saber, pero qué maravilla que el alfabetizado pueda “pescar” en una biblioteca la fiebre por la poesía. Los libros y computadores de nuestras bibliotecas deben servir para hacer las tareas del colegio, pero ¿se imaginan que algunos de los cientos de miles que nos visitan cada año se den cuenta de que quieren ser escritores o profesores? Igual, cuando imprimimos “Las Palabras Rodantes” con el Metro de Medellín, nos parece adecuado que la gente se entreteenga mientras viaja, pero nos entusiasma (entusiasmo quiere decir: con Dios adentro) que de un texto de estos surja un amor grande, para toda la vida, por la lectura. De esta manera, cuando hacemos alianzas con el Comité de Cafeteros o con la Fundación Secretos para Contar, no lo hacemos solamente por “ampliar la cobertura” y menos para “ayudarle” a una entidad. Queremos que la inspiración toque a los jóvenes hijos de familias cafeteras y encuentren su camino en el campo, en la ciudad o donde elijan. Queremos que una familia que tome un libro de Secretos para Contar y Comfama cruce una puerta hacia la modernidad y valore también la tradición de sus ancestros.

Comfama es, como dije alguna vez en este espacio, un proyecto educativo. Por eso los invito a que la disfruten y lo hagan a conciencia. Recuerden que nuestra misión es que nuestros afiliados aprendan miles de cosas, pero si nos tocara escoger una sola, tendría que ver con la pregunta “¿Qué nos inspira?”.

Para nosotros es un placer y una vocación de vida acompañar esta apasionante búsqueda.

* En 2017 participarán más de 350 mil jóvenes de colegios públicos y privados de Antioquia.

May 2017

Encontrar nuestro centro

Me llevaba a misa y recuerdo cómo se quejaba porque la avenida Oriental, construida hacía pocos años, había hecho muy difícil llegar al Parque de Bolívar a pie.

Me contaba ella que mi papá, gracias a ser sobrino del padre Juan Escobar, sacerdote jesuita, se volaba de la casa y lograba el permiso para explorar los tejados de la catedral grande y solemne a la que ella me llevaba. Me imaginaba siguiendo los pasos de mi padre, caminando por peligrosos tejados y disfrutando de la vista más privilegiada de la ciudad. Nunca vi el centro desde las alturas de Villanueva. Algún día.

Durante los años de la infancia, mi único placer ilimitado autorizado eran los libros. “Cada que termines uno, podemos ir a comprar otro”. La Oveja Negra y la Continental eran mis favoritas. Nunca me escogieron un libro. Era completamente libre para encontrar mi siguiente juguete. En el centro exploré mi propia libertad de aprender.

Fue más tarde, explorando un centro más diverso y complejo con Eduardo, mi buen amigo desde el colegio, descubrí el pasaje La Bastilla, donde regateamos libros para hacer rendir la mesada de estudiantes universitarios. Allá también aprendimos que el centro era menos glamoroso, pero mucho más interesante que el de mi abuela y el de las librerías de la infancia. Con Emilio, el tercer mosquetero, mucho más avezado en los temas humanos y urbanos, enamorado de una artista que vivía en un apartamento cerca al Coltejer, aprendimos que el centro era también miedo, cine, fiesta, noche. No me volví un habitante del centro, pero siempre le tengo cariño por enseñarme a ser medellinense, dejarme experiencias y grandes recuerdos. Me gusta como es, complejo, porque ahí está la ciudad auténtica.

Los distritos de negocios y de turismo, los “barrios altos”, son todos iguales. Solo en los centros está la personalidad de una ciudad y se ve lo humano que late en ella. Por eso pienso que Medellín debe “encontrar su centro”. Claro que hoy se habita, se usa, se disfruta, también se sufre... pero aún no es de todos, ¡es de algunos!

Solo en los centros está la personalidad de una ciudad y se ve lo humano que late en ella

Diría que así como para ser felices debemos encontrar nuestro “centro”, un camino propio y una identidad, creo que Medellín será una gran ciudad cuando en el centro todos nos sintamos cómodos y tengamos cosas para hacer y

disfrutar en sus espacios. Que las familias quieran ir los domingos. Que los jóvenes se encuentren todos en la calle a conversar, reír, comer o bailar. Que los empresarios quieran invertir. Que la gente añore vivir en él en algún momento en su vida.

Los mejores cines, los grandes teatros, el comercio todo, desde el puesto de revistas, la tienda de barrio hasta la ropa más bonita. Que la cena para anunciar el nacimiento de un hijo se invite en el centro, que todos vayamos, por gusto.

Por nuestro lado, debo decir que Comfama ama el centro de Medellín (y el de Apartadó, o de Rionegro, y todos los pueblos donde estamos). Nuestro más grande centro de salud para más de 140 mil personas está en San Ignacio y estamos invirtiendo para ampliarlo.

En nuestro Claustro de San Ignacio atendemos más de 1 millón de personas por año, y lo queremos abrir más, llenar de vida y de gente toda la semana. Allí está en proceso un gran proyecto para emocionar a Antioquia entera con el edificio más hermoso de los pocos edificios históricos que nos quedan, con experiencias inspiradoras y creativas.

(Lee también: [La salud que nos damos](#)).

También estamos trabajando con Ruta N para que en el centro esté el espacio para apoyar a los emprendedores del arte, el diseño y lo social. Igualmente, el edificio Vásquez, patrimonio del Municipio que cuidamos y mantenemos lleno de programas educativos, atiende a los trabajadores de la Alpujarra y de Guayaquil, con dignidad y calidad. Son muchos espacios y programas, solo cito los más emocionantes.

Finalmente, quisiera decir que lo habitamos con cariño, solo que lo soñamos más incluyente, limpio y feliz. Por eso lo estamos llenando de contenidos, vida, invitaciones y seducción en lo que nos corresponde. Por esa razón somos parte de la Alianza Ciudadana de Caminá pa'l centro. Por eso firmamos con gusto y compromiso el pacto para su cuidado que propuso el Alcalde de Medellín. Por eso la mitad de nuestros empleados están en el centro, y por eso también este es nuestro tema central en el informador de este mes.

Creemos que en el centro habita el alma única de Medellín y de Antioquia, y por ello queremos hacer nuestro aporte, por coherencia social y convicción ciudadana.

Jun 2017

Pluralismo y diversidad: Abrazar, gozar y aprovechar

En el año 2013, mi buen amigo Hernando Muñoz, quien participa en esta edición, me llamó con una invitación que agradeceré siempre. Una fundación norteamericana y Colombia Diversa se habían unido para dictar un curso sobre participación política a personas LGBTI y estaban buscando profesor. Me entusiasmé, entre otras, porque la lección de abrazar la diversidad no se podía vivir solo en teoría, sino desde la experiencia. ¡Me dio algo de susto pues mi sensibilidad por la diversidad era mucho más ideológica que vivencial! Me imaginaba siendo discriminado por ser quien soy, algo que nunca había imaginado. La verdad es que me dio susto estar en medio de personas diferentes a mí y tener el reto de ganar su credibilidad para enseñarles de mi experiencia.

Acepté honrado. Pasar un fin de semana con hombres y mujeres gay, mujeres transgénero, personas bisexuales, entusiastas todos por una Colombia más libre, más digna, con una política más decente, fue una de las experiencias más enriquecedoras de mi vida. Durante el curso pude escuchar duras historias de discriminación acompañadas de ilusiones de transformación social. Pude encontrarme con el grupo en talleres, clases, desayunos, almuerzos, y esto me permitió evidenciar lo obvio. Al otro se le puede mirar como diferente, ajeno y hasta peligroso, o se puede encontrar en cada persona otras formas de mirar el mundo, identificar lo que compartimos y lo que no, pero sobre todo entender que al final hacemos parte de la gran familia humana. De esos días y los cursos que siguieron, porque luego se repitió en varias ciudades, forjé grandes amistades y aprendí mucho.

Somos constructores de paz y declaramos nuestro compromiso con el pluralismo que enriquece y la diversidad que da vida”.

Somos mejores en la diversidad. La naturaleza es hermosa y sorprendente porque es diversa; las sociedades son más alegres y emprendedoras cuando son diversas; nuestro departamento es diverso; la vida es más emocionante cuando se viaja y se disfrutan paisajes, lenguajes, personas diferentes. El miedo al otro, al diferente, tiene origen biológico, evolutivo. Pero ya pasó de moda la necesidad de temer al otro para sobrevivir. Ahora, en el siglo 21, es al contrario. Aquellos que no acepten, abracen y aprovechen la diversidad serán los auto-segregados del futuro porque tendrán problemas para amar, convivir y trabajar con esa “otra gente” a la que temen cuando realmente son fuente de infinita riqueza.

Por otro lado, de manera análoga, en el terreno de las ideas, el pluralismo plantea la misma oportunidad, pero sobre asuntos menos notorios. Ya no se trata del color de piel, la identidad sexual, la religión que se practica, el equipo de fútbol de nuestras pasiones o el idioma que se habla, sino de las creencias que tenemos sobre cómo debiera ser la economía, las relaciones sociales, la educación, etcétera. Es más abstracto, pero igualmente humano. ¿El presupuesto público debe estar orientado hacia el desarrollo del sector privado o para apoyar a los más débiles? ¿La violencia se maneja con más policía o mejor a través de la cultura? ¿Las relaciones con otros países deben ser más o menos abiertas? Son cuestiones todas importantes, pero claramente sin

solución única más allá del compromiso que emana de una conversación democrática, plural y abierta. Esto sin contar que en estos asuntos cabe perfectamente el derecho a dejarse convencer o cambiar de opinión por nuestros propios medios. De esta manera, la polarización que produce violencia o grítería tiene poco sentido en una sociedad democrática. Podemos pensar diferente, pero debemos convivir con esa diferencia, en un marco de respeto por las reglas y por las personas.

Se dice que nos gusta polarizar en Colombia. No lo creo. Tal vez así se ve en nuestros medios de comunicación y la política requiere comparación de alternativas. Pero en el barrio, en el hogar, en la calle, diría que nos gusta más cooperar, compartir y vivir en paz. Por eso, cuando en Comfama escuchamos la palabra “polarización” relativa al escenario político, reiteramos: La Caja es apolítica, fiel a nuestra tradición. Pero sí somos constructores de paz y declaramos nuestro compromiso con el pluralismo que enriquece y la diversidad que da vida.

Así, insistimos en que la Caja “parece un Comfama” donde todos cabemos. Pensamos esta edición especial de el informador, buscando inspirar, para que nuestras ideas, no importa qué tan diferentes sean, si se expresan en paz, se puedan conversar y nos agreguen valor. Donde cada uno pueda elegir la identidad que desee y disfrutarla, sin hacerle daño al otro. Los invitamos a amar y aprovechar la diversidad y pluralidad colombianas para el goce, desarrollo y fortuna de sus empresas y sus familias. ¡Allí tenemos una de nuestras mayores riquezas!

Jul 2017

Repensar y renovar nuestra idea del trabajo

Esa frase resonó en mí por años hasta que comprendí que pertenecemos a una sociedad donde el trabajo ha sido equiparado con el destino mismo.

Un destino económico, por demás. Tanto que mi papá, a quien he reconocido tantos legados, cuando le dije “Quiero ser escritor”, respondió: “Buenísimo, puede ser tu pasatiempo... igual, acepto lo que decidas, pero te digo: vivir de la literatura es muy duro, hijo”. Finalmente, estudié ingeniería. Sé que lo dijo con amor y por amor. No obstante, creo que hoy en día no les diría algo así a mis hijos, si los llevo a tener. Afortunadamente encontré otras pasiones, sigo escribiendo mucho y disfruto profundamente todo lo que hago.

Aún más, ese “destino” no era placentero. Recordemos que la palabra trabajo viene de un antiguo elemento de tortura romano. Un empresario me contó que

a él lo educaron para trabajar duro y servir a los demás: “No me enseñaron a disfrutar la vida, esa búsqueda llegó con los años”.

“Nada en la vida debe ser temido, sólo
comprendido. Este es un tiempo para
entender más, para poder así temer menos”.

Thomas L. Friedman

Por eso creo que la relación de Antioquia con el trabajo merece una reflexión. Eso de “trabajar es tan maluco que hasta le pagan a uno”, “consiga plata, mijos...”, “los artistas se mueren de hambre” y “loro viejo no aprende a hablar” lo tenemos que transformar.

Estamos en un cambio cultural. Los jóvenes quieren conectarse con sus pasiones. Quieren acumular menos y vivir más. No buscan un empleo de supervivencia, sino libertad y trabajos para cumplir sus sueños. Quieren experiencias y contribuir a crear un mundo mejor. Los papás de ahora están más abiertos a que sus hijos sean libres de buscar su camino, cada vez con menos “sugerencias amorosas”. Somos más conscientes de que el ocio facilita la creatividad y el arte enriquece la vida. Las empresas fomentan que las personas viajen y tengan pasatiempos. Saben que esto las motiva a ser más innovadoras.

El trabajo, como lo conocíamos, cambió. Cada día hay más independientes y personas pensionadas con capacidad para seguir aportando. Vemos más movilidad laboral que antes. Se acabó lo de un empleo para toda la vida y el concepto de “horario” se va difuminando.

Modernizar nuestra visión del trabajo como ese espacio donde se encuentran desarrollo, propósito y disfrute de las infinitas posibilidades de la vida humana.

Además, varias fuentes dicen que aproximadamente un 50% de las ocupaciones actuales desaparecerán en 20 años, de cuenta de las innovaciones tecnológicas. Nos preocupa el futuro de las personas que hoy las desempeñan. Se afirma que no habrá conductores, vendedores o cajeros de almacenes, que incluso desaparecerán algunos trabajos de ciertas actividades de la salud y los analistas financieros, entre otros.

En Comfama vemos muchas oportunidades en esta revolución. Por ello nuestra invitación es la siguiente: que estudiemos para que los cambios nos encuentren preparados. Que busquemos nuestros dones, a la edad que sea. Ahí se ratifica la importancia de la educación para toda la vida, la cultura, el turismo, el hábitat y el cuidado de la salud.

Nosotros no creemos que vaya a haber personas que no sirvan para nada como dicen algunos teóricos, porque la humanidad ha sido siempre capaz, en cada transformación del trabajo, de responder a nuevas necesidades. Ya no hay casi ascensoristas o telefonistas, pero sí entrenadores personales o

cuidadores de mascotas. Otras tareas las han reemplazado. En Comfama estamos comprometidos en acompañar a las empresas en su evolución para crear los trabajos del futuro y a las familias que con optimismo quieren avanzar, crear, ser solidarias y emprender para que tengan las herramientas necesarias y puedan responder a estos retos.

Por eso en esta edición encontrarán historias de seres que hacen y sueñan, pero ante todo, tienen un sentido para su existencia y desean lo mismo para los demás. En Comfama queremos servir para conectarlos con el trabajo que más les guste y ayudarles a gozar de todas las dimensiones de la existencia. Queremos ser vehículo para que aprendan a aprender y desaprender, porque ante los cambios, permanecen los que se adaptan y florecen quienes hayan cultivado su curiosidad.

Los empresarios y trabajadores antioqueños ¡tenemos un gran “destino”!: modernizar nuestra visión del trabajo como ese espacio donde se encuentran desarrollo, propósito y disfrute de las infinitas posibilidades de la vida humana.

Ago 2017

Bienaventurados los “plenarios”

Esa mirada de la edad nos llegaba heredada de miles de años de historia, donde literalmente uno nacía, crecía, se reproducía y, más pronto que tarde, moría. En 1800, la expectativa de vida al nacer de ningún país superaba los 40 años. Hoy, todos los países estamos por encima de esa cifra. En Colombia, por ejemplo, esta cifra se acerca a los 75 años. En mi memoria está mi abuela Lety, caminando, cuidándose, con achaques, actitudes y la sabiduría de una anciana. Era realmente una “adulta mayor”, como se dice hoy. ¡Y eso que debía tener un poco más de 50 años cuando tuve conciencia de su existencia!

Igualmente, en mi memoria está mi abuelo materno, Óscar Arango Mejía. Al escribir este texto me di cuenta de que conocerlo fue mi primer encuentro con una persona que vivía más allá de su edad. Siempre joven, negociante serial, creativo, curioso y soñador. Comenzaba proyectos de larga maduración sin preguntarse siquiera si los vería florecer.

Con poca educación formal, se había jubilado joven de Coltejer y aprovechó esta oportunidad para construir una segunda vida económica. Emprendió y logró prosperar, compró una pequeña finca en el suroeste antioqueño y gozó la vida hasta que un cáncer se lo llevó a los 71.

¡Antes de morir, fue al Pacífico colombiano con sus hijas a conocer las ballenas jorobadas porque “le faltaba vivir esa experiencia”! Siempre decía que él no contaba los años que cumplía porque los que importaban eran los que le quedaban por disfrutar.

“A los 15 años puse mi intención en estudiar; a los 30 me establecí en la sociedad; a los 40 me liberé de mis delirios; a los 50 comprendí los mandatos del Cielo; a los 60 pude escuchar con claridad; y a los 70 años, lo que mi corazón deseaba y lo que era correcto por fin se alinearon”.

Palabras de Confucio. Traducción del inglés, del libro The Path de Michael Puett y Christine Gross-Loh.

Esa historia es cada día más común. Los países se llenan de personas de más de 62 años (o la que sea la edad de pensión), que son todo menos ancianos. Incluso, como decía el Foro Económico Mundial en una publicación reciente, se trata de una edad en la que las personas tienden a ser más felices, tener menos preocupaciones y dudas existenciales.

Debo confesar que varias de las personas que más admiro en la empresa, la academia y la familia son hombres que lejos de “retirarse” (si acaso se podrían llamar pensionados por su condición legal) dedican su tiempo a querer y quererse, disfrutar, trabajar duro en nuevos proyectos y aportar en iniciativas con alto impacto social y educativo.

Esta condición no solo aplica para la gente con recursos económicos o pensiones razonables. Lo he visto igual en personas de menos ingresos. Además, lo he vivido en carne propia porque mi madre se pensionó hace unos años y no ha querido ni podido “quedarse quieta”. Tiene, en sus propias palabras, “una agenda apretadísima”. Siento que eso es lo que la mantiene sana y feliz.

Definitivamente, expresiones como “tercera edad” o “adulto mayor” son incompletas e injustas con las infinitas posibilidades de las personas que, llenas de salud, energía, ganas y sueños, llegan a este momento de la vida.

Hace poco, en Comfama hablábamos de este tema, pues una de nuestras responsabilidades es comprender los cambios sociales o demográficos y responder a ellos con creatividad. Casi caemos en los clichés y las generalizaciones. Claro que hablamos de personas con necesidades de servicios diferentes en salud, recreación, etcétera. Pero tampoco es lo mismo una persona de 65 años hoy que en 1960. Si invito a mi madre a un club de la tercera edad y le regalo la prenda característica (no quiero ser peyorativo, sino explicativo) me la “pone en la cabeza” porque ella siente y sabe que tiene aún muchos años para aportar, aprender, viajar, ir a cine, trabajar y enseñarle cosas a su nieta. En resumen: vivir plenamente. Me inspira ver que ella no cree en ese adagio de “loro viejo no aprende a hablar”.

Es por esta razón que en esta edición incluimos algunas historias para inspirarlos a todos, sin importar la edad. Queremos invitarlos a ver con ojos

diferentes a la gente que se pensiona o llega a esa llamada “tercera edad”. Así como un importante medio global como The Economist propuso recientemente pensar esta realidad desde la perspectiva de la productividad y de la posibilidad –en lugar de hacerlo desde el agotamiento, la vulnerabilidad o la debilidad–,

Comfama quiere proponer hablar de la edad de la plenitud, en la que se puede, se quiere y se debe hacer y ser mucho más que un “retirado”.

Finalmente, queremos invitar de nuevo a pensionados y “plenarios” en general a disfrutarnos. Estamos trabajando con entusiasmo para ser siempre la Caja de ustedes. Se nos han ocurrido programas de emprendimiento, descubrimiento, aprendizaje, encuentro activo, actividad física, viajes de exploración y oportunidades para devolver algo de la sabiduría que han recibido de la vida. Y como creemos en ustedes y su capacidad de crear, los invitamos a que nos escriban con ideas y propuestas. En su plenitud, ayúdennos a que la Caja de Antioquia sea inclusiva y que, como siempre, dignifique y engrandezca a cada persona que esté de acuerdo con Charles Bukowski: “Que no te engañen, chico. La vida empieza a los sesenta”.

Sep 2017

Elogio a las derrotas, los fracasos y los errores

La brisa de diciembre en las montañas de Antioquia refresca el momento más tenso del día en Altair, la finca de Leticia Villa, mi abuela paterna. Llevamos dos semanas de vacaciones con primos y tíos. Tengo 8 o 9 años, menos de 10 en cualquier caso. Seis jugadores de parqués nos miramos con esos ojos de batalla divertida que solo tres horas de juego y algunas “comidas” pueden producir. De pronto, mi prima Mónica “se come” mi última ficha libre y me veo obligado a un retroceso injusto, luego de haber puesto mi mente, alma e ilusiones en el juego.

Todos, hasta los que no juegan, que flotan en las hamacas que rodean el corredor, se burlan de mi desgracia infantil. Mi cara se pone roja, siento calor en la barriga y lo único que se me ocurre es voltear el tablero, salir corriendo y llorar a todo volumen. ¡Qué injusto...! ¡Qué humillante! Aún recuerdo la frase de mi papá cuando volví, cansado, con las piernas lastimadas por el malezal al que me metí en mi fuga, acalorado como solo sucede en las alturas del clima templado tropical. Sudo, me pica todo y para colmo, estoy sentado esperando el regaño y hasta el castigo que obviamente merezco.

Mi papá me dice, con amor, pero con una voz fuerte y grave que nunca olvidaré: **“Hijo, tienes que aprender a perder, solo así aprenderás a ganar”**. “Tienes mucha suerte, privilegios e inteligencia, pero si no sabes perder, vas a tener muchos problemas en la vida”.

Cómo me gustaría verlo hoy y darle las gracias. He tenido la fortuna de haber perdido, haberme equivocado por montones e incluso fracasado sonoramente. Obvio, también he gozado, aprendido y logrado cosas que me enorgullecen. No ha sido fácil. Siento que sus palabras, sumadas a mis derrotas, son un privilegio, por encima, incluso, de la educación o el amor que la vida me ha enviado. La adversidad y el dolor son el origen de mucho de lo que soy y la semilla de lo que espero poder ser y hacer el resto de mi vida.

Son varias historias. Ahora veo lo clave que fueron, a la larga, la muerte temprana de mi padre y la ajustada economía de nuestro hogar. Me han formado eventos simples como el primer examen que perdí en Eafit cursando Cálculo o asuntos más serios como dos quiebras en tempranos emprendimientos. Luego vino el divorcio y los vaivenes en el amor, así como la derrota (en grande) cuando manejé una campaña política nacional. Incluso, en el 2012 sufrí mucho por la pérdida de un empleo que me había soñado durante años. ¿No creen que la historia de todos tiene errores, derrotas y fracasos? ¡Pues yo agradezco cada uno de los míos!

Los antioqueños vivimos en una cultura que castiga los errores, discrimina a los que pierden y esconde los fracasos. Recuerdo cuando en el 2010 participé en una investigación en la que evidenciamos que nuestra región es, en Colombia, la que menos valora el fracaso empresarial como fuente de humildad, conocimiento y carácter. Una vez hice la prueba con un jefe que quiero mucho, le pregunté si me hubiera contratado de saber que había tenido dos quiebras empresariales. Abrió los ojos... y no dijo nada.

Vivimos en una profunda contradicción porque, como decía mi papá, se necesita aprender a perder para saber ganar. Desde la perspectiva profesional, por supuesto, pero también la emocional, social y moral. Las lecciones más grandes de la vida de los grandes empresarios, artistas o deportistas provienen de la dificultad, que tan bien elogió el imprescindible Estanislao Zuleta.

Pensemos, por ejemplo, que en California, Estados Unidos, una de las regiones más emprendedoras de la tierra, los fracasos, las derrotas y los errores (y lo que de ellos se aprende) se convierten en experiencia, muestra de valor y prenda de garantía para contratar personas o financiar emprendimientos. Por supuesto, hay que recordar que el fracaso sin aprendizaje es infértil. Se vuelve fundamental reflexionar sobre las dificultades, tomar conciencia y mirar para adelante, capitalizándolas. Debo aclarar que debe ser un proceso sin ingenuidad porque no se trata solo de que “las ganas lo puedan todo”, sino también de no rendirse ante las adversidades, aprender e intentarlo siempre de nuevo.

Esas razones nos inspiraron para que este informador de Comfama esté dedicado al fracaso y las dificultades. Aún más, queremos ofrecer unos textos que nos recuerden a todos nuestro necesario compromiso con la esperanza, el aprendizaje y la confianza en las personas y sus capacidades.

Por esto los invitamos a disfrutar la lectura, a recordar que no tiene sentido vivir con miedo, a comprender el fracaso desde la infancia como fuente de sabiduría, y a que no dejemos de contratar o creer en alguien porque tuvo una derrota –o varias– en la vida. ¿Qué tal si miran sus ojos y escuchan su historia? Si sienten que aprendió algo y su mirada brilla con ilusión, es porque tiene claro algo fundamental: ningún fracaso es definitivo.

He sido un hombre afortunado; en la vida nada me ha sido fácil.

Sigmund Freud

Oct 2017

El futuro: nuestra creación

Aquella noche nos sentimos por primera vez útiles y responsables. Mi hermano y yo estábamos sentados jugando, tal vez Ruta o Uno. Vivíamos en Laureles, en el primer piso de una casa típica del barrio. Hacía cerca de un año se había aplazado indefinidamente el sueño de todos de vivir en “la casa nueva”, que mis padres habían construido con esfuerzo y cariño. Primero fue el lote, que estuvo desocupado un buen rato. Luego, con ayuda de un arquitecto amigo, Juan Gabriel, mi papá, diseñó una casa con patios, ventanas inmensas, espacio aparte para la biblioteca, un jardín y cuarto para cada hijo. Más tarde, los maestros de obra contratados esperaban cada mañana a que llegaran los materiales que llevaba poco a poco Beatriz, mi mamá, en nuestro Renault 6 vino tinto. Un día la terminamos: flamante, blanca, en medio de un jardín.

“No nos alcanza la plata para vivir en la casa nueva. Vamos a tener que alquilarla y hacer un plan de ahorro entre todos”. Cada uno puso de su parte. Desde los tenis soñados, juguetes, comidas afuera, lo que fuera, porque teníamos el sueño de trastearnos a ese lugar lleno de verde, más cerca del colegio: un sueño compartido.

Esta vez el ambiente estaba aún más tenso, Santiago y yo jugábamos en nuestro cuarto. De pronto, nos llamaron a reunión. Mi papá estaba sentado a su lado de la cama, con una libreta sobre sus piernas (escribía cuentas, poemas y planes en sus agendas). “Sigue sin alcanzarnos del todo, pero el esfuerzo vale la pena y la casa la van a acabar los arrendatarios que nunca la van a cuidar como sus dueños. Nos vamos a trastear”. ¡Sí! Fue una fiesta, simple, pero inolvidable. Seguramente lo logramos por comer más en casa, no comprar cosas innecesarias, ahorrar en el mercado, o todo eso sumado. ¡Lo hicimos juntos!

Mi familia tenía características que siempre me acompañan. Proyectos compartidos (la casa nueva, por ejemplo), valores similares (el campo, el estudio, el trabajo), conversábamos mucho, jugábamos. No hay familia perfecta, pero en la nuestra aprendimos a soñar en grande.

Colombia es un país en el que una de cada cinco familias acude a algún tipo de subsidio o ayuda del Estado para terminar el mes, o para sobrevivirlo. Es cierto que somos un país con mucha desigualdad y aún tenemos índices de pobreza inadmisibles, aunque ya no seamos un país pobre. Somos un país de ingresos medios, con una importante clase media que necesita crecer y consolidarse. Sin embargo, es un desastre cultural y social que haya millones de colombianos que no quieran salir del subsidio, que viven de los “peteros” (la gente que tiene un chaleco que los identifica como agentes de algún programa social del Estado), que sientan que son pobres, que viven lejos, que no son capaces. Son muchas las personas que esperan a que sea Dios, el Estado o la suerte lo que resuelva sus dificultades.

Siempre hay que repetir que ningún índice de pobreza es admisible, pero tratar de resolverlo desde la dependencia de los subsidios crea un lamentable círculo vicioso en el cual a más ayudas, más gente las busca, menos quieren estudiar, emprender, trabajar. Parece que nuestro aparato de protección social logra la mitad de lo que se propone, y eso si llega. De hecho, se ha estudiado que realimenta e incentiva la informalidad y disminuye la responsabilidad de las personas sobre su propia existencia. Mitiga los efectos de la pobreza, pero no la acaba, no llega a inspirar a las familias a hacerse responsables de su futuro.

Hace poco leía un discurso de Justin Trudeau, primer Ministro de Canadá, que me hizo poner la piel de gallina. Decía que su sueño era animar a que los canadienses “subieran por la escalera de las oportunidades”. Lo más hermoso de esa frase, y tiene que ver con nuestra edición de este mes y con la anécdota familiar de esa casa imaginada, construida y conquistada en familia, es que la gente, las personas, las familias, suben por esa escalera a punta de esfuerzo, nadie lo hace por ellas. Claro que tiene que haber una escalera primero: servicios del Estado, derechos garantizados, mercados que funcionen, organizaciones sociales, empresas conscientes. ¿Pero de qué más debe ser uno dueño, incluso si no tiene mucho, si no de su propio futuro? ¿De quién depende el crecimiento de cada empleado en una organización? ¿De quiénes la felicidad y armonía de la familia?

Por eso, esta edición de el informador se dedica a familias que ven el estudio como una inversión, apuestan por tener capacidad de ahorro, buscan vacaciones que les permitan ampliar sus miradas, vivir juntos experiencias que enriquezcan sus conversaciones, sus sueños y se acompañan mutuamente en ese camino por la “escalera de las oportunidades”, incluso cuando faltan uno o dos escalones y tienen que saltar o fabricarlos por su propia mano. En Comfama estamos comenzando a usar la expresión “Familias dueñas de su futuro” para describir a las familias trabajadoras de Antioquia. Lo hacemos con espíritu de abundancia, sin negar las dificultades o las carencias, pero reconociendo que cuando nos hacemos cargo, incluso en medio de la incertidumbre, el camino se abre y el pecho se ensancha para emprender la marcha con energía y esperanza.

¡Esas, dueñas de sus sueños y sus acciones, son nuestras familias!

La mejor forma de predecir tu futuro es construyéndolo.

Abraham Lincoln

Nov 2017

El trabajo de los sueños

“¿Ese es tu colegio?”, dijo mi primo de siete años, señalando el edificio central de la Suramericana. Lo miré, sonriendo: “Sí, ese es mi colegio, Santi”. A él le parecía que si uno tenía que salir todos los días para un mismo edificio, vestido de “uniforme”, tenía que ser un colegio. Veinte años después, entiendo la profundidad y el alcance de esa frase.

Hacía unos meses, a los 22 años, había comenzado la práctica en la Suramericana de Seguros. Un trabajo retador. Creo que nunca en mis estudios de ingeniero había hecho lo que me tocó hacer: “gerente” de presentaciones en power point, técnico del proyector de la empresa, artesano de informes llenos de “semáforos”, apoyo (en ese momento de aprendizaje mi rol era más de “hacer barra”) para proyectos de adquisiciones, talento humano, procesos, etcétera. Sin embargo, de ahí no salió mi mayor enseñanza ni los mejores recuerdos que marcaron mi corto paso por la empresa.

Imaginen que acababa de llegar de un viaje de mochilero por toda Suramérica. Un viaje que incidió profundamente en mi vida. Al principio, el aterrizaje en una empresa me aburrió un poco. Las normas, la corbata y el horario eran duros luego de haber acampado por el Sur a cielo abierto, caminar por las montañas, ver largas horas el mar y hablar con personas en decenas de ciudades. Pero como sucede con los amores más grandes, me fui enamorando de mi empleador gracias a detalles significativos.

Una tarde de agosto nos llevaron a un grupo de empleados a la Casa Amarilla, sede de Nuestra Gente, en el barrio Santa Cruz. Paseo en Metro para conocer una gestión cultural apoyada por la empresa. ¿La cultura como antídoto para la violencia?

Otro día, lo recuerdo bien, me sorprendió ver el lobby del edificio convertirse en museo para una exposición de un artista internacional que nunca había estado en Colombia. Fue mi primer museo con obras del mundo. ¿Las empresas difundiendo arte?

Luego, cuando llegaron las elecciones para la Alcaldía nos citaron a todos los empleados a escuchar a cada uno de los candidatos en el teatro. Querían que decidieramos con la mayor información posible. ¿Una empresa promoviendo ciudadanía?

Otra tarde nos invitaron a todos al lanzamiento de Dividendo por Colombia, una iniciativa en la que si los empleados donaban a una causa social, las empresas multiplicaban por dos ese aporte. Sura fue fundadora y yo aporté el 5% de mi salario para la primera infancia. ¿Una empresa promoviendo la solidaridad?

Al final de mi práctica, me llamó mi jefe y me dijo que la Vicepresidenta Financiera quería hablar conmigo porque habían propuesto mi nombre para participar en un curso en Estados Unidos. Hablé con ella y me notificó que tendría la oportunidad de ir a un congreso y unas reuniones a Atlanta. Hasta hubo que pedir el favor a la embajada para que me dieran la visa con más agilidad. ¿Formar a un joven sin saber si se iba a quedar?

Luego de un año de trabajo me retiré a buscar otros caminos. Pero nunca olvidé esa organización que me mostró que las buenas empresas no son solo negocios, sino también instituciones clave en la sociedad. La que me tocó a mí fue un accidente de la vida, sin embargo, en Antioquia, lo dice el Dow Jones, tenemos la mayor densidad de empresas sostenibles del país y una de las mayores del continente. Al salir a la calle se ve que la responsabilidad social comienza en las empresas más pequeñas de barrios y veredas. Es allí donde apenas hay un asomo de prosperidad, buscan casa para sus trabajadores, formalizan los empleos, le ayudan a la vecina, hacen la fiesta de Navidad de la acción comunal.

En el mundo, según el Foro Económico Mundial, tres de cada cuatro trabajadores no están felices en su trabajo. Esa es una desgracia moderna que debemos corregir. Serán muchas las causas, pero diré una que nos compromete en Comfama: la gente sueña trabajar en empresas admirables, que tengan un propósito superior, donde además de ganar dinero, se deje una huella. No importa el tamaño de la empresa ni su naturaleza. Importa la calidad de sus líderes, los valores que la guían y las ideas que persigue.

En Comfama sabemos que las empresas pueden aportar desde sus productos, políticas de talento humano, las relaciones con sus proveedores y la buena vecindad. En la Caja estamos apasionados por el capitalismo consciente, lo promovemos, les queremos ayudar a nuestros empleadores a ser más responsables y tener el mejor talento humano. Por eso escogimos dedicar nuestra edición de este mes a algunos de estos casos, de muchísimos que encontramos cada día.

Queremos invitar a la emulación, la admiración, la multiplicación de iniciativas como las que compartimos. Además, planteamos un compromiso: Comfama será el mejor aliado de esas empresas que quieran contribuir a que Antioquia sea más productiva y feliz.

Conoce las empresas de Antioquia que están cambiando el mundo, protagonistas de esta edición de el informador:

- El poder de trabajar en equipo – Banacol y Corbanacol.

- Alexandra: hija de Ana, hija de Eafit... la profesional de la familia – Universidad Eafit.
- Capitalismo consciente: hacerlo bien, hacerlo mejor – Haceb.
- “Queríamos conquistar el mundo, ahora vamos por el universo” – Nutresa.
- A pedal por un futuro más verde – Argos.

Dic 2017

El ejercicio de la gratitud

“¿Qué aprendió de su papá y su mamá?” – dijo el periodista.

A finales del año 2003, la primera vez que fui nombrado en un cargo público, me llamaron de El Colombiano para una entrevista por ser el más joven del nuevo gabinete municipal de Medellín. No recuerdo toda la respuesta que di, aunque mi mamá me recuerda siempre su parte. De mi papá creo que dije que me heredó el amor por la poesía. Sobre mi mamá fui contundente. Beatriz Elena me enseñó a trabajar.

Me dio método de estudio al acompañar, sin hacer nunca por mí, los primeros años de tareas escolares. Gracias a ella aprendí a poner horarios, planear, persistir y disfrutar los buenos resultados. Luego, a través de rompecabezas de miles de fichas, me introdujo en la conciencia de los procesos y la paciencia para comprender que todo tiene su ritmo y sus etapas. Finalmente, y ahí creo que está lo más importante, me enseñó a trabajar mediante su ejemplo. Siempre ha trabajado duro. Primero, tuvo en casa una fábrica de confecciones con el fin de poder acompañar a sus hijos. Luego, cuando mi hermano cumplió 13 años entró de nuevo al mundo laboral tradicional.

Cuando mi papá murió se hizo cargo de todo: la casa, la universidad y dos costosos adolescentes, con una perseverancia y confianza que aún hoy me inspira. Durante su vida ha hecho de todo: manejó almacenes de ropa, fue gerente de oficina de un banco, administradora de un restaurante, directora de cartera de una clínica, administradora de un colegio. En resumen, mi mamá es una luchadora. Por eso comienzo esta edición dándole las gracias, por no rendirse ante el miedo ni la soledad. Por creer en nosotros, por enseñarme que el trabajo es el camino para la dignificación del espíritu y la ruta hacia las posibilidades.

Recientemente hemos aprendido que la gratitud es fundamental en la vida humana. Los investigadores en neurociencia cada vez tienen más evidencias de sus efectos positivos en la mente. Numerosos estudios señalan que la gratitud como hábito, dirigida a los demás o a los más simples aspectos de la vida y la naturaleza, tiene una correlación directa con la salud, el bienestar y la felicidad. Sentimos gozo al dar y agradecer, porque afortunadamente en nuestro proceso evolutivo como especie, quienes más apoyaban al colectivo

inmediato, a la tribu, eran fundamentales para la sobrevivencia de todos. Era vital motivarlos y cuidarlos.

Sin embargo, la práctica de la gratitud aún no hace parte de nuestra cultura. Hay gente que piensa que se ha hecho a sí misma, ¡se equivoca! ¿Se han puesto a pensar qué sería de nosotros sin padres, mentores, amigos o sin millones de personas que nos antecedieron creando el infinito acervo del conocimiento y la sabiduría humana?

Esto es algo que las empresas modernas comprenden muy bien: el buen trabajo en equipo, el clima laboral favorable a la innovación y a la productividad, demandan altas dosis de generosidad y gratitud. Los empleados egoístas e individualistas – los que se comen el último pedazo de la torta en la fiesta del trabajo, como le leí a Richard Branson -generalmente destruyen valor. En cambio, los grandes líderes, tengan o no cargos directivos, son aquellos que ponen al equipo, la comunidad o la organización por encima de su bienestar individual, un salario, o un ascenso laboral.

Por estas razones, dedicamos esta edición de diciembre a la gratitud. Desde Comfama invitamos a las empresas y a las familias a crear rituales con este propósito para reconocer que la vida está llena de milagros y sentarse, a fin de año, a reconocer que al lado de miles de cosas por hacer, mejorar y arreglar, hay millones para valorar y celebrar. Gracias, por supuesto, al equipo de Comfama, por trabajar con amor y constancia por nuestro propósito superior, y a todos ustedes por este 2017 a nuestro lado. ¡Su confianza y cariño nos aseguran que 2018 será un año aún mejor!

Ene 2018

El inmenso poder de la imaginación

No he contado nunca cómo llegué acá, gracias a una sucesión de sincronías asombrosa. Sí he compartido varias veces que me siento afortunado de estar en Comfama y que trabajo cada día para merecerlo y estar a la altura del desafío.

He dicho que me encanta mi trabajo y siento que mi vida, mis pasiones y mis ganas de servir fluyen en un continuo que hace que, por ejemplo, esté en este momento sentado en un café, en medio de un viaje, escribiendo este editorial y no me sienta trabajando. Hoy fue un buen día de vacaciones: hice ejercicio, terminé un libro, comencé el segundo, disfruté un delicioso desayuno y ahora en la tarde me senté a comer un tentempié y a escribir.

Pero no he contado mi versión de cómo llegué a Comfama. Recuerdo muy bien el mes de mayo del 2012 porque ese día decidí renunciar a un trabajo que pensé amaba mucho, pero fracasé en mi intento de hacerlo bien y no pude encontrar el camino para superar los obstáculos que encontré. ¡El único trabajo

en mi vida en el que duré menos de seis meses! Ese mes tuve también el final de una relación sentimental y un cambio de casa a un lugar donde no cabían sino mis libros y unos pocos muebles.

Recuerdo que no tenía ni idea de lo que haría a continuación. Luego de muchos años, con pequeñas discontinuidades, de buscar caminos en el sector público, la desilusión no podía ser mayor. Esta vez era profunda porque se trataba de reconocer que no tengo el “cuero duro” que se requiere para el trabajo. No me gusta ser político... ¡y me di cuenta luego de más de 18 años de estar metido en el tema!

Días después, luego de haber dado una vuelta por mi barrio calculando cuánto me durarían mis ahorros, me senté en mi apartamento con unos colores y un bloc pinares. La pregunta era simple, y me la hice, se la hice a la vida: “¿Qué quiero hacer en este momento de mi vida?”. Comencé a dibujar y escribir sin pensar mucho.

Algunos años después, supe que hice un mapa mental. Ese día era un juego para imaginar el futuro. Señalé mis campos de acción y objetivos para cada uno de ellos, mi trabajo para promover el emprendimiento y las ciudades sostenibles, mis ganas de emprender, mi deseo de participar en obras filantrópicas, y mi dimensión de desarrollo económico y patrimonial. Les cuento que en ese momento escribí, en color rojo, que me soñaba trabajar con Comfama. No puse “como director”, obviamente.

Esa mañana escribí correos a cuantas personas conocía para decirles qué me soñaba, qué servicios podría prestar, según lo escrito. A los pocos días, sentado en ese mismo lugar, me llamó Juan Diego Granados, subdirector de desarrollo estratégico de Comfama, para ofrecerme ser consultor de la Caja en un proyecto. Ese fue mi primer contrato, para un ejercicio profesional que duró tres años muy productivos.

Pasó el tiempo y la vida me puso en el 2013 a conversar con Emilio Echavarría, presidente de la Junta de Interactuar, quien en la recta final para invitarme a dirigir esa entidad me preguntó: “¿Por cuál empresa renunciarías a Interactuar?”. De una dije: “Si me llaman para ser director de Comfama, me iría de una”. Él contestó: “Claro, cualquiera”.

Me contrataron y estuve en Interactuar casi dos años, hasta que un día recibí una llamada del consejo de la Caja. Casi se va de espaldas Emilio cuando le dije: “Me llamaron de Comfama”. “¡Lo que me dijiste desde el primer día!”, me respondió, y me apoyó en el cambio, aunque fuera un poco prematuro.

En enero del 2016 me senté a mirar mi mapa. Les voy a contar un secreto que aún hoy me pone la piel de gallina. Se había cumplido todo al 100%, y eso que escribí con gran detalle.

Esta maravillosa herramienta de visualización del futuro y enfoque me ha servido, además, para asuntos más personales que por supuesto no presento en este texto. Solo diré que mi felicidad actual tiene mucho que ver con haber imaginado mi vida, mucho más allá de lo laboral. Pienso que encontramos lo que buscamos, no porque aparezca de la nada, sino porque lo construimos. Pienso que regularmente logramos lo que nos proponemos y por lo que trabajamos con energía.

Por supuesto que hay varias maneras de visualizar el futuro y todas llevan a que nos alineemos, trabajemos para crearlo y busquemos los recursos y ayudas necesarias para lograrlo. El foco de una estrategia es clave para empresas y comunidades como base fundamental para su desarrollo y avance.

Así mismo, un sentido de propósito claramente desplegado ayuda a que las personas nos encontremos en nuestro elemento y entreguemos al mundo lo mejor de lo que somos, mientras disfrutamos la vida. En ambos casos, se trata de atreverse a impulsar la fuerza de una visión, que sueña sin límite.

Al final, por eso esta invitación: ¿Qué tal si las empresas hacen sus propios mapas mentales? ¿Qué tal si las familias hacen el suyo para alinear las capacidades de todos alrededor de objetivos comunes? ¿Qué tal si una joven, sentada en la mesa del comedor de su casa, lee esta edición e imagina cómo puede ser su vida, en la plenitud de sus posibilidades?

Feb 2018

La cultura, ¡la cultura!

Recuerdo más los sentimientos que los hechos. Tengo en mi memoria una sala llena por segunda vez para la presentación de la obra de teatro creada por los estudiantes de mi grupo de once, en 1992. Los aplausos y gritos hacían temblar el edificio.

Aunque tal vez el que más temblaba era yo. Mi debut y despedida de las tablas fueron con el papel del Señor Realidad, un maestro odioso que criticaba la fantasía, en búsqueda de las cosas más “concretas y útiles” de la vida y que más tarde se reconciliaba con los sueños y las creaciones de la imaginación humana.

Casi ninguno de mis compañeros del colegio se acuerda. Pero Emilio, amigo de la vida, me quiere mucho y aún repite que ese día pensó que me iba a dedicar para siempre a la actuación. Me tocaba darle un golpe a una mesa en medio de mi parlamento, pero cuando llegó el momento estaba lejísimos del mueble, así que improvisé una patada a la tarima y un grito que al menos lograron despertar a los que aprovechaban la oscuridad para dormir la siesta del almuerzo en esa tarde envigadeña.

Era una obra inspirada en otra que habíamos visto en un festival al que nos llevaron del colegio: Juegos Nocturnos I, de Jean Tardieu, montada por el Matacandelas. Todavía me acuerdo del primer ensayo, cuando me tocaba reír y apenas logré un postizo “ja, ja, ja” que daba grima. Ese mínimo paso por el teatro me cambió la vida para siempre.

Vencí el miedo escénico, conocí mejor mi cuerpo, aprendí un poco de las posibilidades de la voz y superé el terror a la burla que me había perseguido durante casi toda mi vida escolar.

Ese es uno de los grandes poderes de la cultura y las artes: nos permiten reconocernos, encontrarnos y mejorarnos. Esto les da un inmenso valor social, además de la belleza que le imprimen a la vida cotidiana. Por ello, hoy en día, muchos líderes empresariales y políticos comienzan a coincidir en que la cultura puede ser una de las respuestas para un mundo que se encuentra frente a la paradoja de vivir en medio de los más importantes avances de la civilización humana y al mismo tiempo experimenta unos conflictos y desencuentros políticos, ambientales, religiosos y sociales que tienen el potencial de terminar prematuramente nuestra historia como especie.

Por eso me conmovió el texto del chelista Yo-Yo Ma para el reciente Foro Económico Mundial, donde nos recuerda: “Como humanos, naturalmente necesitamos alimento, agua y refugio. Pero igualmente importante es el entendimiento. Para sobrevivir, necesitamos entender nuestro entorno, a nosotros mismos y a los demás. Inventamos la cultura para esto: nos ofrece una síntesis de los valores esenciales y las verdades que sostienen a una sociedad y la convierte en una narrativa codificada, con sonidos, imágenes y símbolos que significan algo para toda la humanidad (...) La cultura convierte al ‘otro’ en parte de ‘nosotros’”.

Aunque durante muchos años fue común pensar que la cultura era sinónimo de las artes, las letras y otras creaciones humanas, en estos últimos años hemos aprendido que cabe una definición más amplia, que incluye la cultura ciudadana, los valores de los pueblos, su memoria e identidad.

Por eso, como parte de nuestra tarea permanente de buscar nuestro sentido institucional y enfocarnos en lo más importante para empresas y familias de Antioquia, en Comfama hemos querido proponer una unión entre educación y cultura, ciencia y arte, conocimiento e intuición.

En la Caja, su caja de posibilidades y oportunidades, nos emocionan las artes y también la cultura, según esa definición moderna. En consecuencia, abrazamos a ambas y nos proponemos aportar desde nuestro rol al enriquecimiento de las conversaciones antioqueñas y, tomando prestada la frase de Javier Arango que cita el rector de Eafit, al embellecimiento de nuestro cotidiano.

Queremos más música, fotografía, cine, teatro, literatura, reflexión, memoria, tertulia, conversaciones sobre cómo somos y podríamos ser, sobre cómo vivimos y podríamos vivir, muchos encuentros con lo local y lo global, lo actual y lo ancestral, siempre con lo más puramente humano.

Nos comprometemos con la cultura no solo por gusto y principio, sino por convencimiento de que el desarrollo, la convivencia y la plenitud provendrán, ante todo, de la conciencia, y esta emana como de una fuente, pura y limpia, de las creaciones que nos llegan de artistas y creadores de todas las épocas, sociedades y continentes.

Mar 2018

Hablemos de política

No recuerdo el año, pero aún se votaba con papeletas y la gente salía de la urna con un dedo teñido de rojo. Mi papá y mi mamá siempre votaban por candidatos de partidos diferentes. Él fue liberal y seguidor de Luis Carlos Galán. Ella era conservadora, le gustaban Belisario y Pastrana. La noche anterior a la elección comimos los cuatro en la casa. El silencio inicial duró poco. “¿Por quién van a votar?”, dijo Juan Gabriel. Mi hermano y yo lo miramos. “Se enloqueció”, debimos pensar. “¡Somos unos niños!”. Así comenzó una buena conversación donde escuchamos mucho, preguntamos algo y hablamos poco, pero que marcó mi manera de ver las elecciones. Cada hijo tomó una decisión simbólica, pero crucial, sobre por quién votaría si pudiera hacerlo. Beatriz y Juan estaban en desacuerdo casi total en cuanto a política. Pero concordaban en que votar era un deber y además un placer, al permitirnos la satisfacción de actuar como buenos ciudadanos. El día de las votaciones era un domingo feliz. Nos poníamos ropa bonita, íbamos juntos a votar al frente de Oviedo y luego celebrábamos con un almuerzo en restaurante.

Más tarde, cuando cumplí dieciocho, saqué la cédula apenas un mes después de cumplir años. Planeaba votar en las elecciones de 1994, pero encontré un obstáculo imprevisto. El cierre de la inscripción de cédulas, trámite que jamás pude entender, coincidió con un viaje a Doradal. Pasé dos días de paseo cavilando sobre el infortunio de no poder votar. Entonces, armé un grupo dispuesto a ir a la ciudad a inscribirnos, en mi Fiat 147, modelo 82. La idea era hacer la vuelta, dormir y volver, porque tampoco queríamos perdernos el disfrute de la finca. Así que fuimos Emilio, Eduardo y yo. Inscribimos la cédula, mi mamá nos invitó a comer al mismo restaurante que le gustaba a mi papá para el día de elecciones y al amanecer volvimos a la finca. El carro sufrió mucho con el esfuerzo y de regreso para Medellín nos varamos al lado del río Samaná. Nos rescató una grúa, luego de una noche en medio de la vía. Gracias a este esfuerzo pudimos votar, cada uno por un candidato distinto, después de estudiar todas las propuestas.

Nuestro éxito esta vez será que una mujer que vive en un barrio y cría a sus hijos con esfuerzo, pero no participaba, se ponga a pensar y vote como le digan su corazón y su reflexión

Estamos en tiempos electorales. Una institución como Comfama no debe ni puede, y tampoco quiere, tomar partido político. Somos de todos y para todos los antioqueños. Jamás vamos a usar un centavo, un minuto de nuestro tiempo, ni un metro cuadrado o recurso alguno de la compensación familiar para apoyar a un candidato. Sin embargo, sentimos la responsabilidad de invitar a familias y empresas a que conversen sobre el proceso electoral inmediato. Ese es nuestro único objetivo con esta edición: enriquecer la conversación, promover la participación y fortalecer la democracia.

Antes de decidir, les sugerimos leer las propuestas, analizar las trayectorias y escuchar a diferentes fuentes. Los invitamos a que pregunten por las iniciativas de los candidatos sobre el desarrollo rural, las pensiones, la salud y la seguridad social. Queremos que miren sus posturas en paz, seguridad y convivencia, y observen bien sus aproximaciones a las problemáticas ambientales y al desarrollo económico. Analicen las propuestas en educación, cultura, derechos humanos, libertad de empresa e infancia, para mencionar algunos temas cruciales. Pero, sobre todo, queremos festejar a aquellos que votan libremente, que no obedecen lo que les dicen otros. Por ustedes no pueden decidir amigos, familiares ni empleadores, y mucho menos gente que paga por un voto (lamentablemente, aún sucede). El que cede su derecho a decidir está vendiendo su alma ciudadana. Queremos usar este Informador para proponer que, antes de la elección, en familia o con amigos, hablen de política, escuchen mucho y conversen hasta sentir la incomodidad que genera retar las propias preconcepciones.

Nuestro éxito esta vez será que una mujer que vive en un barrio y cría a sus hijos con esfuerzo, pero no participaba, se ponga a pensar y vote como le digan su corazón y su reflexión. Queremos que algunos que sienten que todo lo político huele mal, hagan la tarea de buscar oportunidades para sus sueños entre los discursos y trayectorias, y se decidan a votar el 27 de mayo. Nos hará felices que una familia campesina de nuestras regiones saque unos pesos de sus ahorros para el transporte al pueblo y vote por quien crean que puede apoyar mejor el desarrollo del campo. Queremos que los jóvenes emprendedores y artistas que piensan que no dependen de nadie, descubran que una sana democracia con mucha participación es, por definición, tierra fértil para las creaciones y construcciones humanas. En Comfama proponemos que en Colombia hablemos de política, frecuente y tranquilamente, para que sigamos buscando juntos los caminos que merecemos y aspiramos. Con esta edición pretendemos contribuir a que ningún colombiano se rinda ante esa idea, pasada de moda, de que no se debe hablar de política. Quienes aún piensan así, no comprenden, y queremos ayudarles a que lo hagan, que la democracia se nutre precisamente del debate permanente y del intercambio respetuoso de las ideas.

Abr 2018

Los derechos de las mujeres y la nueva fuerza femenina

Ganar conciencia sobre el machismo duele e ilumina. Recuerdo haber tenido claro el mío, heredado y aprendido. Fue una conversación amorosa que aún agradezco. Una amiga de la Universidad me dijo, cuando le pregunté si me veía machista: “¡Ay, David!, claro que lo eres. ¿No lo ves?”. Me defendí con vehemencia y tono elevado (una muestra más de mi machismo). Me parecía injusto: mi papá siempre dejó clara la importancia del respeto a las mujeres. Mi mamá ha sido una mujer libre, autónoma y trabajadora. Incluso, un ancestro crucial en mi vida es mi abuela Leticia, mujer anticipada para sus tiempos. Sin embargo, mi amiga, con voz suave, demolió en segundos mi defensa. Me ayudó a ver que era amable con las mujeres, pero cuando moderaba una discusión en la Organización Estudiantil, a veces omitía darles la palabra o las ignoraba. Me hizo caer en la cuenta de mis chistes sobre cómo para mis compañeras de ingeniería era difícil rendir bien en Cálculo. Quiero comenzar este editorial compartiendo que soy machista. También quiero declarar que aspiro a ser exmachista. Aunque tal vez nunca lo logre del todo, porque es difícil sustraerse a la manada. Confieso que soy machista, pero ejerzo poco, al menos eso trato cada día de mi vida.

Por otro lado, con los años aprendí que parte de este mal proviene del estereotipo sobre cómo debe ser un hombre en Antioquia. Recuerdo que me sentía incómodo cuando se burlaban de mí en el colegio por tener, como dicen ahora, un femenino alto. Siempre he leído poesía, me ha gustado la jardinería y era malo para las peleas, tanto que en fútbol era mi hermano menor, capitán del equipo del colegio, el que me defendía de las agresiones de los demás jugadores. Me costaba hablar duro, me daba trabajo interrumpir o levantar la mano en clase. Me sentía débil en un mundo de fuertes. En resumen, a los veinte años era algo masculino, algo femenino y muy machista: pero no lo sabía. Ahora, en mis cuarenta trato de ser, al menos, más consciente y fiel a mi esencia.

Vivimos en tiempos de contradicciones. De un lado, la lucha por los derechos de las mujeres tiene tanto reconocimiento social que incluso los hombres más retrógrados no pueden oponerse, al menos frontalmente. Hay avances en casi todos los temas: política, educación, empleo, derechos sexuales y reproductivos, derecho al placer y a la libertad. Mientras tanto, nuestros desafíos son inmensos, sobre todo cuando miramos los barrios de menores ingresos y las regiones rurales. Por ejemplo, aún me saca lágrimas la historia de violencia de Víctor Gaviria en La Mujer del Animal, por fuerte, pero ante todo por verídica. En estos días hablábamos con dolor de esa práctica del incesto, todavía admitida socialmente en muchas partes de nuestra Antioquia rural. Pero también pasan cosas en espacios más sofisticados. En foros empresariales y políticos aún es común que los hombres no veamos ni

saludemos a las mujeres que participan con todo el derecho, gracias a su liderazgo y capacidades.

Así mismo, estamos en momentos de una hermosa evolución. Hay mujeres y hombres que comienzan a hablar de un nuevo feminismo, con más cariño y comprensión, sin perder la reivindicación de los derechos, que la mayoría de los hombres compartimos. Nosotros comenzamos a hablar de nuevas masculinidades. Por supuesto que la lucha feminista aún no termina, pero vemos un nuevo horizonte: el reconocimiento de lo femenino y lo masculino más allá del género o la identidad sexual. Hay una idea clara desde la antigüedad, el yin y el yang, en la cual se admite que los principios femenino y masculino subyacen en todo lo que existe. Estamos aprendiendo que hay una fuerza en la que son fundamentales la lucha, la competencia y la decisión, y otra en la que prevalecen la cooperación, la sensibilidad y la intuición. Además, resuena cada vez mejor la idea de que ninguna de ellas es superior a su opuesta, sino que ambas pueden unirse para crear, desarrollar y elevar el espíritu humano. Ya muchos comprenden, por ejemplo, que no es necesario escoger entre la ingeniería y el arte. Por esto, en esta edición, desde Comfama los invitamos a defender con toda la energía los derechos de las mujeres y también a reconciliar el femenino y el masculino en cada uno de nosotros. Que los estereotipos de género y los paradigmas culturales no nos impidan ser respetuosos de los derechos humanos, y tampoco nos detengan en el camino de convertirnos en seres integrales e integrados, milagros vivos en los que se encuentra el universo.

“Yin y yang, masculino y femenino, fuerte y débil, rígido y flexible, cielo y tierra, luz y oscuridad, relámpago y rayo, frío y cálido, bien y mal... la interacción de principios opuestos constituye el universo”.

Confucio.

May 2018

Educar para la posibilidad

Hubo una época en la que mi hermano y yo éramos los ídolos de mi papá. Cuando Santiago jugaba fútbol en El Dorado, él preveía que como capitán del equipo se luciría, correría más que todos, le pondría más carácter y energía que cualquiera. Si Santi competía en atletismo, estaba seguro de que habría récords y que en la maratón del colegio el apodo de “cuatro pulmones” estaría bien merecido y premiado con la habitual medalla dorada. Una vez en mi vida me pidieron autógrafos y fue por ser su hermano. Fue en décimo grado, en un pasillo del colegio, al final de la premiación de unos juegos interclases en los que, a costa de esfuerzo, llevé a mi casa una medalla de bronce en microfútbol. Luego del acto, un grupo de estudiantes de sexto o séptimo se cruzaron conmigo. Una de ellas me miró, sonrió y me pidió firmar su camiseta deportiva.

Titubeé, pero firmé con cariño. La segunda preguntó: “¿Quién es él?”. La primera susurró: “¡El hermano de Sachí!”. Terminé firmando camisetas un buen rato en medio de su vibrante alegría por tener la firma del hermano de la estrella deportiva escolar.

Algo análogo sucedía en mi caso. Cuando llegaba una visita a la casa, mi papá me pedía que leyera un poema que había escrito o señalaba con orgullo en mi estante de libros una pequeña escultura que había hecho en clase de artes. Cuando escribí un cuento, previó el premio literario infantil que me otorgaría Comfama. Disfrutó tanto los logros deportivos de mi hermano, como la medalla que me dio la Piloto por ser uno de los estudiantes del Valle de Aburrá que más libros había leído. “¿Viste que también hay medallas para lectores?”, dijo con cariño.

Juan Gabriel siempre creyó en las infinitas posibilidades de sus hijos, sin negar nuestras limitaciones. Él y mi mamá nos dieron tanta confianza que aún me emociono al recordarlo. Nunca importó que mi hermano tuviera tendencia al asma o que yo tuviera problemas de visión, ni que ambos nos enfrentáramos, como todos los niños del mundo, a dificultades y limitaciones de aprendizaje. Para ellos éramos, en potencia al menos, unos campeones. Hasta el extremo de que cuando en el colegio se burlaron de mis gruesas gafas de pasta, mi mamá me convenció de que Clark Kent tenía unas parecidas, que se quitaba cuando quería, para convertirse en Superman. Juan y Beatriz nos enseñaron a no temer y a confiar en nuestras posibilidades. Eso nos ha permitido avanzar en la vida. Claro que nos hemos equivocado, pero nunca hemos dejado de confiar en el futuro.

Desde hace muchos años es clara para educadores en todo el mundo la importancia de la autoconfianza, que se desarrolla con la aprobación de padres y maestros. El aliento y motivación son fundamentales para desafiar límites que casi siempre son imaginarios. Hoy en día se habla del efecto Pigmalión, que no es más que la realimentación positiva a partir del cultivo de la confianza. Los mejores maestros saben que una persona que cree en sí misma, supera sus errores, realiza con mayor facilidad las actividades más complejas y avanza más rápidamente. Por supuesto, no estoy diciendo que la autoestima lo sea todo, pero unida a los talentos, el trabajo y la pasión entrega resultados increíbles. Son innumerables las historias de personas a las que les diagnostican una condición, enfermedad o discapacidad que luego logran superar a partir de confianza, trabajo y apoyo.

Cuando escuchamos hablar a grandes educadores, oímos de metodologías, pedagogías y visiones diferentes. Cada una de estas tendrá fortalezas y debilidades, impactos positivos y negativos. Por supuesto, las investigaciones y búsquedas para que la humanidad comprenda mejor, desde la ciencia y desde la filosofía, cómo debemos educar, tendrán para nosotros, siempre, mucho sentido. Pero pensamos que hay una pregunta de carácter superior, y es: ¿desde dónde educamos?, es decir, ¿con qué postura frente al otro lo hacemos?

¿Debemos educar como dioses todopoderosos, como ángeles benevolentes?, ¿o será que basta con animar, retar, proponer y preguntar, en un ambiente de amor y confianza en el otro? Al recordar a nuestros maestros inolvidables, en el colegio, la universidad o la vida, hay un rasgo común. Son gente que educa desde el corazón porque ama su labor y lo que alrededor de esta se construye. Vibran con aquello que enseñan, se emocionan en el acto sublime de educar y, sobre todo, creen en el ser humano que tienen enfrente y sus horizontes que apenas se insinúan. Los invitamos a disfrutar esta edición, que es una exploración por las diferentes formas de aprender y educar, un viaje por la vida de estudiantes, maestros y seres que al despertar en la mañana saben que no hay nada más valioso que aprender, y nada más hermoso que educar.

Jun 2018

Tecnología, conciencia y libertad

Esa tarde jugábamos tranquilos, cuando mi mamá nos pidió que la acompañáramos a recoger a mi papá en el centro, después del trabajo. Había emoción en el ambiente, pero no nos habían contado lo que iba a suceder. Recuerdo que paramos en la mitad de la calle, cuando llegó Juan, metió la cabeza por la ventana y nos miró con su sonrisa absoluta. Al segundo, un hombre que cargaba una caja de cartón abrió la puerta y la puso en el asiento de atrás del carro, a nuestro lado. Mi mamá cambió al lugar del pasajero y mi papá se subió y comenzó a manejar. Camino a casa, hablamos del nuevo habitante del hogar, que llenaría de color el mundo. En casa lo vimos por primera vez: Sony Trinitron, carcaza simulación madera, botones en lugar de perilla, control remoto hipermoderno. Nuestro primer televisor a color fue todo un acontecimiento. No había mueble para ponerlo, pero finalmente lo acomodamos en el escritorio del abuelo, que acogió al poderoso intruso que acapararía en adelante una buena parte de nuestro tiempo.

Jamás olvidaré esos sentimientos de emoción y asombro, como los de Macondo al descubrir el hielo. Algo similar viví con la consola de juegos que trajo el “Niño Dios”, con el primer computador que me acompañó en la universidad, con el que, para ser justos, debería compartir el título de ingeniero, y con el primer celular, con el cual por fin pudimos salir a la calle sin que mi mamá se consumiera de preocupación. Hoy en día, no podemos imaginar el mundo sin una infinidad de aparatos que nos rodean, nos sirven, nos acompañan.

Las tecnologías, en especial las de información y comunicaciones, han transformado nuestra existencia. Nuestra relación con el teléfono es tan estrecha que nos sentimos perdidos cuando tocamos el bolsillo y no lo sentimos. Somos más eficientes, trabajamos con mayor facilidad, aprendemos de todo, hasta se dice que somos más “inteligentes” gracias a ellos. Pero también hay riesgos e incertidumbre. Los humanos estamos experimentando el cambio más radical desde que comenzamos a caminar por la tierra. Ya no se trata de un TV, un celular ni una red social. Hay tecnologías que redefinirán la

vida humana, que están cambiando los fundamentos cognitivos, sociales y biológicos de nuestra especie. Ya no basta con usar lo que llega, disfrutarlo, dejar que nos lleve, ser pasivos. Pensamos que se requiere una reflexión más elevada y profunda.

Además, no es posible, de ninguna manera, volver atrás. No podemos quedarnos atrapados en la nostalgia. De ahora en adelante, cada tecnología será reemplazada solo por otra más avanzada y aparecerán algunas que ni siquiera hemos visto en la ciencia ficción. Internet tiene más información que cualquiera de nosotros, los algoritmos nos conocen mejor que nuestra familia y en algunos casos deciden por nosotros, desde lo más simple de la vida diaria, hasta los presidentes que elegimos o las ideas que repetimos. Solo buscando comprender, podremos actuar en consecuencia.

Hay algunos extremistas que buscan la naturaleza como antídoto. Sugieren escapar de la tecnología, dejar a un lado los aparatos e ir al bosque. La naturaleza es clave, pero no para huir, sino para integrar. Serán pocos los que sigan la senda del escapismo porque es difícil dejar atrás los beneficios de la ciencia. Otros serán absorbidos por el trágico en un mundo donde la conciencia es cada vez más escasa y se vive en piloto automático. Muchos, esperamos, serán libres, no dejarán de amar, soñar, buscar, trabajar por un propósito y construir relaciones de calidad. Estos serán los que se adueñen de su futuro. Les gustará la tecnología, la usarán para el desarrollo y la evolución humana, pero jamás serán sus esclavos.

Por esto, en Comfama proponemos una idea de sociedad que se adapte con éxito a esta profunda transformación. Vemos con esperanza lo que viene, sin suscribirnos a ninguna panacea tecnológica: el móvil, la inteligencia artificial, los algoritmos y sus sucesores no son ningún santo grial. Por eso, por lo complejo, pero a la vez emocionante de esta época que nos tocó vivir, con la idea de que seremos los padres y los hijos de la abundancia, pero también los humanos de la transición, en la que podremos decidir qué somos y para dónde vamos, en esta edición nos hemos inclinado por hacer preguntas, por reflexionar, por mostrar posibilidades.

Al final, dependerá de nosotros expandir y fortalecer nuestro espíritu crítico, para poder discernir, ser autónomos y no víctimas. Invitamos a empresas y familias colombianas a cuestionar, conversar, indagar, experimentar y elevar la conciencia. Queremos que cada persona pueda adaptarse y florecer en este nuevo mundo. Sabemos que el pasado no volverá porque el tiempo no se detiene, el futuro viene hacia nosotros a toda velocidad. Por eso mismo insistimos y aspiramos a que juntos, trabajemos para hacerlo más digno, más libre y más humano.

Jul 2018

Sexualidad, erotismo y amor

En la casa de mis papás nunca se habló de sexo. Alguna vez Juan Gabriel se inclinó sobre nosotros en una noche de luna, en medio de una lectura de poemas y nos susurró, sin explicar gran cosa, los misterios del placer carnal. No quería que mi mamá lo pillara transgrediendo. El cuerpo, que, en este catolicismo de las montañas se decía sagrado, no se podía usar sino para lo más funcional y prosaico.

Varios años después, mi papá dijo delante de los presentes en una reunión familiar: “David sabe todo sobre sexo, porque ha leído lo que estaba prohibido para nosotros cuando teníamos su edad”. Todos rieron. Yo quedé confundido y desautorizado para preguntar. ¿Qué podía saber un niño de once años de la insonable sexualidad humana, con tan solo leer unas novelas y algunos poemas? El Amante de Lady Chatterley, Las Memorias de Giacomo Casanova, Poemas de Sor Juana Inés de la Cruz, El Hombre al Desnudo de Desmond Morris y hasta El Tao del Sexo y el Amor. También tuve acceso a la colección de revistas pornográficas que mi primo mayor guardaba bajo su cama. El mundo de mi juventud estuvo lleno de información, pero como escribió Octavio Paz: “el gran ausente de la revuelta erótica de este fin de siglo ha sido el amor.” En esas revistas no había amor ni erotismo y pronto me aburrieron. Desde luego, el amor sí estaba en la buena literatura, sobre todo en la poesía, pero a esa edad aún no estaba preparado para encontrarlo.

Cuando me enfrenté, lleno de ignorancia y hormonas, a los recovecos del sexo, me sentí perdido. No tenía a quién preguntar. Las clases del colegio hablaban de lo funcional: procreación, anticoncepción y protección. Pero nada oí sobre placer, magia, juego, espiritualidad o amor. Hablar con los amigos no era muy útil. Internet llegó después y hubiera empeorado la cosa. De esa manera, el camino de exploración y aprendizaje en mi vida adulta ha sido largo y accidentado. Solo diré, para cerrar esta historia, que hoy soy feliz, y siento que vivo en paz, dicha, comunión y exploración permanente de los misterios de la piel, que para mí son también los del espíritu y del amor.

Los antioqueños hemos sido, corro el riesgo de generalizar, una sociedad pacata, solapada, materialista y comerciante. Por eso mismo, la reflexión sobre sexualidad, erotismo y amor, del poeta mexicano en su ensayo La Llama Doble es tan necesaria hoy. No podemos quedarnos atrapados en los tapujos del pasado, pero tampoco queremos pensar que el erotismo sin conciencia engendra verdadera libertad.

Recorramos juntos ese texto, hilando algunas de sus ideas e imágenes más importantes invitando a una reflexión contemporánea sobre nuestra sexualidad.

No es lo mismo sexo, que erotismo, o amor.

Sexo, erotismo y amor son aspectos del mismo fenómeno, manifestaciones de lo que llamamos vida. Ambos, el amor y el erotismo – llama doble – se alimentan del fuego original: la sexualidad.

Hasta donde sabemos, nos diferencian de otras especies el amor y el erotismo:

La sexualidad es animal; el erotismo es humano.

Porque, entre otras cosas, el erotismo está íntimamente ligado a la creatividad:

El erotismo es invención, variación incesante; el sexo es siempre el mismo.

Luego, para introducir la infinita belleza creadora dentro de la sexualidad humana dice:

La relación entre erotismo y poesía es tal que puede decirse, sin afectación, que el primero es una poética corporal y que la segunda es una erótica verbal.

Además, viene el vínculo entre erotismo, libertad y el papel de la mujer en la construcción de la idea occidental del amor:

La historia del amor es inseparable de la historia de la libertad de la mujer.

Porque cuando las mujeres pudieron decidir sobre su vida y su cuerpo:

El ‘objeto erótico’ comenzó a transformarse en sujeto.

Sin libertad, queda solo violencia. Las decisiones eróticas se toman ejerciendo la libertad. Sexualidad sin libertad es explotación y crimen:

“El amor es una apuesta, insensata, por la libertad. No la mía, la ajena.”

Así, el erotismo se convierte en una puerta hacia las posibilidades humanas:

El más allá erótico está aquí y es ahora mismo. Todas las mujeres y todos los hombres han vivido esos momentos: es nuestra ración de paraíso.

Por otro lado, advierte de los riesgos del culto al cuerpo por el cuerpo, sin ninguna otra intención:

La revolución del cuerpo ha sido y es un hecho decisivo en la doble historia del amor y el erotismo: nos ha liberado pero puede también degradarnos y envilecernos.

Finalmente, diré que esta edición de el informador la hacemos porque en Comfama queremos hablar de sexo. Aún más, queremos conversar sobre erotismo, para comprenderlo y disfrutarlo. Somos incluso más ambiciosos: proponemos un nuevo diálogo sobre el amor de parejas, de cualquier tipo de pareja. Soñamos con que cada vez más personas ejerzan su libertad para

decidir amarse. Luego jueguen con su imaginación para hacerlo con delicia y, finalmente, abran su ser para explorar los confines del alma humana, como cometas que logran elevarse solo porque alguien las atrae desde la tierra.

Por eso, para celebrar esta invitación que hacemos desde Comfama, quisiera terminar este editorial con esta última cita, para completar este homenaje a un gran latinoamericano que nos habló sobre un tema que jamás había sido tratado en nuestra lengua con tanta erudición, belleza y humanismo.

El amor humano, es decir, el verdadero amor, no niega al cuerpo ni al mundo. Tampoco aspira a otro ni se ve como tránsito hacia una eternidad más allá del cambio y del tiempo. El amor no es amor a este mundo sino de este mundo; está atado a la tierra por la fuerza de gravedad del cuerpo, que es placer y muerte.

Ago 2018

Nuestra naturaleza

Hacía más de 30 grados centígrados y la humedad incrementaba la sensación de opresión. Los sonidos de la selva inquietaban a los caminantes, armados con una navaja Victorinox, sabían que los peligros a su alrededor superaban con creces sus habilidades de supervivencia.

La quebrada la Tinoco es pequeña, pero suena inmensa en medio del monte y de la semioscuridad que este produce en el trópico andino. Nada podría salvarlos de una serpiente venenosa, incluso un panal de abejas sería fatal. De pronto, sienten un ruido en el sotobosque y tiemblan, una lagartija mediana sale de entre los helechos. Algo que se mueve en la cubierta de árboles atrae su atención. Un mico, dos, ¡tres!, se mueven lentamente, seguramente acaban de tomar agua y buscan un sitio más solitario. Hay tantas orquídeas, aves y mariposas que “la caminada” por el monte, superaría en hallazgos muchas expediciones africanas imaginadas al leer los libros de Julio Verne.

Los dos hermanos, de 10 y 12 años, se sentían dueños del universo, exploradores del mundo en la finca de Lety, dentro de la relativamente pequeña reserva natural que su papá decidió salvar cuando decidieron tumbar el monte para sembrar piña y hacer potreros. En jurisdicción de Donmatías, aunque más cerca de Barbosa, las quebradas Tinoco y Laureles fluyen hacia el río Medellín. La expresión de vida más exuberante se encuentra con el cauce de agua nauseabunda que viene de la ciudad.

Montaña arriba, en la quebrada, nadie parece saber de ese destino. El agua lo inunda todo, arriba, en medio, debajo. El suelo hervir con lombrices e insectos.

El monte zumba debido a los osos hormigueros, tigrillos, perros de monte, micos y una densidad de aves inaudita.

Para nosotros, cuatro horas de caminada eran casi como una expedición para buscar las fuentes del Nilo. Pero en lugar de bañarnos en las aguas del lago Victoria, disfrutábamos de un charco mediano, con una pequeña cascada, cubierto por un árbol que ofrecía, generoso, una rama que se convertía en la mejor plataforma para “tirarse”.

Mi hermano y yo caminamos miles de veces por ese monte. Era nuestro, éramos suyos. No era una selva virgen, sino un bosque surgido a comienzos del siglo XX, luego del abandono de la mina de oro de los tiempos del bisabuelo Roberto. Si nos hubieran preguntado a nosotros, cada árbol y cada roca, cada animal y cada liquen estaban ahí desde el comienzo de los tiempos. La naturaleza sabe cómo recuperarse, si le damos el chance.

Lo comprendí años después, con simplicidad, al conocer a Wade Davis, oyéndolo hablar de los ríos, de nuestro Magdalena. “Los ríos se salvan muy fácil”, dijo. “Solo hay que dejar de contaminarlos”. “Se salvan solos. El Támesis, el Sena, el Hudson, todos estuvieron muertos. El agua del Hudson no se podía ni tocar, era tóxica por las fábricas de carros río arriba. Hoy se puede nadar en ellos”.

En esa tierra de mi abuela, paradojas de la vida, está hoy el relleno sanitario que recibe los residuos de la ciudad donde vivo. Se maneja, sin duda, con responsabilidad, desde una buena empresa pública. Lo hace en el marco social y legal de los tiempos que corren, aunque no necesariamente en el que deberíamos tener en el futuro. Sería una buena idea imaginarnos lo que será correcto en 100 años, y hacerlo de una vez.

Una noche, hace un par de años, me desperté agitado. Mi pesadilla transcurría en la cascada del Chorrón, la misma en la que aprendí a vencer el miedo a caer, aunque no fueran más de 15 o 20 metros. La basura lo rodeaba todo, el olor era insoportable. Desperté triste y apenado. Tal vez el alma de la quebrada La Jagua, otra más en tierras donde abundan, esa en la que aprendí a nadar, me visitó a través del tiempo y el espacio para saludarme, para llorar su pena y reclamarme por el abandono. Ahora los ríos son sujetos de derechos, pero aún no los disfrutan.

En Comfama creemos que en Antioquia ya hace rato debimos colgar en un museo “el hacha de los mayores” y ahora debemos pensar como habitantes del mundo, como parte integral de la naturaleza, de la que no somos más que un pasajero más. En la era de la sostenibilidad y la ecología, en la que los niños cuidan el agua, quieren sembrar más árboles y reciclan por instinto, nos llegó a todos la hora del compromiso absoluto con conservar. Debemos pensar en una economía circular, que permite las actividades económicas, solo con la condición de que cuidemos, nutramos y no afectemos nuestros ecosistemas. Familias que cuidan y disfrutan la naturaleza; empresas que abandonan la idea

de “explotación”, y se aproximan a ella amorosamente. Aprendieron que la tierra tiene un límite y no quieren ver dónde ni cuándo está ubicado.

En Comfama soñamos con inspirar a quienes aún vivimos consumiendo sin medida aquello que no es nuestro y animar a las empresas a seguir avanzando en ese camino del cuidado del patrimonio natural. Con esta revista nos interesa, como siempre, propiciar una conversación. Una simple y poderosa, que comience con preguntas como estas: ¿Cuál es mi huella? ¿Cuál es la tuya? ¿Qué puedes hacer para que tu presencia en la tierra construya y no destruya? ¿Sumas o restas, en esta misteriosa ecuación de la vida?

Sep 2018

Viajar y vivir son la misma cosa

“Mi sueño es, dijo, mirando al cielo, dar la vuelta a Suramérica con mis hijos. Quisiera bajar por la Panamericana, pasar a Ecuador, recorrer Perú, conocer el lago Titicaca, llegar a Chile, ver el estrecho de Magallanes, subir por el Atlántico y visitar Buenos Aires. De ahí, ¡ya veremos!” Juan Gabriel sonreía como un niño frente a un sueño inmenso, que no tiene ni veniales de cómo lograr. Jamás lo haría realidad. Mi papá no era muy viajero. Siempre priorizó otras cosas. Amaba a Colombia en la época en que recorrerla era simple y crudamente muy peligroso. Por eso, sus viajes eran sobre todo literarios, imaginarios, imposibles. Aún así, nos dejó esa herencia: querer viajar.

En diciembre de 1996, emprendimos nuestro viaje al Sur. Habíamos decidido dejar de estudiar al menos un semestre y viajar en bus, “echando dedo”, en tren o caminando. Nos despedimos llorando en la Terminal y tomamos un bus hasta Ipiales, porque mi mamá, asustada, solo puso esa condición: “el sur de Colombia lo pueden recorrer más adelante”. Nos varamos antes de llegar, pero logramos rezar en el Santuario de Las Lajas y pasamos a Ecuador.

En Ibarra pagamos el hotel más barato: un dólar por cabeza, baño compartido, sandalias absolutamente necesarias. En Quito lo más viable para nuestro presupuesto fue un prostíbulo en el centro: con o sin... y ¡preferimos sin! En la laguna de Cuicocha pasó la prueba nuestra carpa, con un nombre profético impreso en su costado: Big Sur. En Cuenca pasamos una Navidad triste, en un hotel malo con una comida peor. En Huaquillas nos comieron los zancudos más voraces que hayamos visto. En la frontera entre Ecuador y Perú nos pidieron pasar unos bultos de comida como si fuera nuestra. Luego, en el bus, una familia de Suyana nos convenció de conocer su hogar y cambiamos la ruta. De esa ciudad solo recordamos las sonrisas y el hospedaje en una casa limpia y humilde. Ellos nos presentaron a unos primos, poseedores de una casa antigua en el tradicional centro de Trujillo. Allí pasamos el mejor año nuevo, fiesta, comida y mucho amor. En Huaraz nos echaron de un hotel por bañarnos diario y luego conocimos la nieve: íbamos en una camioneta que

aceptó sacarnos de las ruinas de Chavín de Huantar, la nieve nos sorprendió primero y nos congeló más tarde.

En la playa de Huanchaco nos hicimos amigos de una pareja de hombres gais. Un profesor universitario de la San Marcos y el otro, estudiante suyo de otras épocas. Se amaban con dulzura: Ernesto y “Monstrito”. La memoria me dejó solo el apodo. Nos recibieron en su casa en Lima. Un dibujo colgado en el cuarto parecía familiar: era de Picasso. Su abuelo había sido amigo de Picasso y de Vallejo. De tal manera que leímos a Vallejo, y también el Julius de Echenique. En Arequipa nos entrevistaron de la radio matutina por ser los únicos seres capaces de hablar en la plaza principal a las 5 de la mañana. Nos trataron de robar las mochilas cuando el bus paró en algún pueblo perdido, pero pudimos alcanzar a los ladrones que no pudieron con el peso de tres vidas. En cada bus donde hubiera alguien con rostro indígena, Eduardo practicaba quechua. Hicimos el camino Inca sin un peso, bajo la lluvia. Al llegar a Machu Picchu, todo estaba nublado... Esperamos un rato y nos saludó la ciudad sagrada.

En el Colca vimos por primera vez los cóndores de nuestro Escudo y conocimos a tres chilenas que nos acompañarían un buen rato. Fuimos con ellas al Titicaca, acampamos en la isla del sol y nadamos en sus aguas. Más tarde nos darían posada en Santiago.

En Bolivia nos emborrachamos con vino chileno barato, bailamos un kilómetro largo en el carnaval de Puno, donde tocó dormir en un bar abandonado. En Potosí fuimos a las minas, taco de dinamita incluido, y nos hicimos amigos de los eslovenos Primoz y Jurij. En Uyuni el invierno había cubierto el Salar, y el presupuesto solo alcanzaba para que uno de nosotros hiciera el tour y tomara las fotos (no gané). Allá estuvimos atrapados por una semana, sin buses ni trenes disponibles por la lluvia. Jamás olvidaré la noche pasada con unos palestinos e israelíes discutiendo frente a nosotros su compleja historia. Logramos tomar un tren que nos dejó en la frontera, pero llegó tarde al transbordo con el muy cumplido tren austral y ahí dormimos, en nuestras bolsas, helados.

En Atacama fuimos a los géiseres del Tatio, paraíso de las cumbres andinas. Emilio se enamoró de Cuqui. Compramos una cámara en la zona franca de Iquique. Seguimos para el sur. Acampamos en Temuco al lado de una Araucaria de 4.400 años. Santiago fue mágico. Eduardo coqueteó con “la Bea” y yo con su amiga Andrea, estudiante de arte de la de Chile. En Chiloé buscamos a Darwin. En los canales australes nos mareamos porque nos tocó un camarote de última clase, debajo de un camión de ovejas. Nos metimos a la fiesta de primera y unas rubias de origen alemán se emocionaron al pensar que éramos españoles, por el acento. Orgullosos, las desilusionamos con un marcado: “¡Somos colombianos!”. Conocimos a una artista colombiana y su novio suizoitaliano que luego nos invitarían a una fiesta en Santiago.

Bajamos hasta las Torres del Paine y caminamos por el paisaje más bello del continente, bajamos a Magallanes, que estaba esa mañana sereno y magnífico al amanecer, antes de cruzar a Argentina, rumbo a la capital. Ahí nos tocó tomar un largo viaje en bus porque el tiempo y el dinero escaseaban. Además, faltaba la gran ciudad. Fuimos a teatro a ver una obra de Arlt en el Cervantes, compramos libros, leímos a Cortázar y a Borges, fuimos al parque Lezama a buscar la banca de Martín. Emilio y Eduardo salieron de fiesta mientras yo leía a Eduardo Galeano y sus "Venas abiertas". Logramos boleta para un concierto de Charlie García. Él llegó a las 2 a. m.; yo no aguanté y me quedé dormido al final. Desperté cuando una desconocida me empujó diciendo: "¿Cómo te le dormís a Charlie?". Volviendo a casa, al amanecer se montó al bus un músico que nos acompañó con varios tangos que Eduardo entonó con ese compromiso que identifica a los malos cantantes.

Luego regresamos. En Santiago disfrutamos el parque forestal, el museo de Bellas Artes y tuvimos una fiesta de despedida en la que mi timidez se diluyó por unas horas. De nuevo Lima, Baños, Quito, Medellín. Al final, cerramos el círculo y nos bañamos en la Terminal del Sur para no parecer tan flacos ni tan pobres. Las caras felices no quitaban con nada. Casi seis meses; mil años para nosotros. Ninguno de los que se fueron volvió. Lo de menos fueron los monumentos, los paisajes, los lugares, todos magníficos. Lo realmente importante fue lo sentido, lo vivido, lo escrito, los miles de kilómetros de las botas, las personas, los amigos, los amores. Al escribir esto pienso con certeza que vivir y viajar son la misma cosa: experimentar, aprender, conocer gente nueva.

El viaje a Suramérica con mis amigos del alma fue mi primer viaje verdadero. Un rito de paso: de niños a hombres. No puedo describir en este espacio todo lo que aprendí, especialmente de mí mismo; cuánto gocé la vida. Aquellos recuerdos vuelven muchas veces a enseñarme cosas nuevas. Fuimos viajeros: descubríamos universos en un restaurante de pueblo, intuíamos culturas enteras detrás de cada rostro, caminábamos como si la tierra fuera para nosotros, sentíamos con alegría el sol, la lluvia, la nieve, conversábamos de la vida, como jóvenes filósofos. Más de 20 años después, no concibo la vida sin viajar. Sea por trabajo o por placer, siempre habrá placer. Viajar limpia la mente, abre caminos, invita al asombro, permite tener distancia para ver y vernos con alguna perspectiva.

Por todo esto, en Comfama queremos que las familias de Antioquia viajen para sentir, aprender y para descubrir el mundo. Queremos que las empresas promuevan la idea de que cada viaje, incluso al municipio más pequeño, es una oportunidad de aprendizaje. Por eso admiramos y apoyamos a las familias que ahoran para cumplir un sueño de viaje, y a las organizaciones que motivan que la gente tenga pasaporte y lo use, o las que alargan los viajes laborales un par de días, para que el panorama de sus empleados se amplíe "conociendo".

Sabemos que hoy en día se viaja más, con más conciencia; se viaja con los ojos abiertos y los oídos atentos. Por eso, proponemos esta edición de nuestra

revista, sobre los viajes, para que exploremos juntos los pueblos, la ciudad que nos rodea, esa Colombia que nos esperó tantos años y el mundo, que está ahí, para todo el que lo quiera descubrir.

Oct 2018

Venezolano rima con hermano

No comparto acento con los lugareños, pero siento que el mío produce respeto y cariño. El taxista me dice que Medellín es su ciudad preferida, que admira a los paisas, que lo único que no le gusta es el Nacional. No me alcanzo a molestar por esa reafirmación de la diferencia. Tener gustos distintos o pertenecer a otro equipo no tiene nada que ver con ser enemigos. En Cali me siento en casa. Llego a mi hotel, tarde, cansado, pensando que no tengo una sola historia de mi vida en Venezuela. Nunca he ido. Mis viajes de juventud jamás la incluyeron y cuando me invitaron a dictar una conferencia, no me cuadraron las agendas. Tal vez tenga algo que ver con esa vieja rivalidad, infundada, pero enraizada. De niños nos burlábamos de los vecinos con coplas odiosas, nos daba rabia que se hubieran retirado de la Gran Colombia, nos generaba algún placer que los derrotaran en un partido de fútbol, sentíamos esa envidia de país pobre que linda con país rico. No tengo muchas historias personales con personas y tierras venezolanas.

Al entrar al hotel, me saludó Javier, desde la recepción, con un acento inconfundible. “Señor Escobar, ¡bienvenido a Cali!” Un venezolano me da la bienvenida. ¿Será una señal? Hago el trámite, y le pregunto: “¿cómo lo ha tratado Colombia?, ¿hace cuánto llegó?”. Me cuenta en pocos minutos que lleva cinco años, que lo han acogido muy bien, que trabaja duro, que es feliz. “Soy colombiano también”, sonríe. Me cuenta que su abuela había migrado a Venezuela hace décadas y que su mayor sorpresa cuando llegó fue que muchas cosas que siempre pensó que eran auténticamente venezolanas, resultaron ser colombianas. “Pensaba que el ajiaco era un plato típico de mi país, y resulta que no. Los tamales de mi mamá eran más parecidos a los del Tolima que a los de allá”. Ríe al enseñarme con naturalidad que nuestros límites culturales son, por decir lo menos, difusos. Pienso que esta identidad se evidencia en casi cualquier lugar del mundo, al acercarnos desde lo humano a las personas. Cuando observamos de lejos, somos distintos, pero al oír y sentir nuestras historias, somos todos Homo Sapiens. Con Venezuela, incluso, el vínculo es más profundo. Somos tan parecidos que podríamos ser del mismo barrio o haber nacido en la misma casa. Por eso, nuestra relación es de otra naturaleza. Como dice Rodrigo Botero, nuestro exministro de Hacienda, no solo somos hermanos, sino hermanos siameses: una metáfora simple, con complejas y poderosas implicaciones. Me despido de Javier para ir a descansar. Le agradezco su servicio, su amabilidad y su historia.

Cuando en Comfama conocimos a Leoluca Orlando, el alcalde de Palermo, definimos una posición más clara sobre la migración. Este hombre, que habla del derecho a la movilidad humana y de los beneficios de la migración, nos enseñó que el propio país es ese lugar donde podemos y escogemos vivir sin miedo, hayamos o no nacido en él. Justo nos visitó en plena discusión sobre el “problema venezolano” y la “crisis migratoria”. Pensamos que, sin negar la problemática económica, institucional y política, como sociedad estamos frente a una hermosa posibilidad de demostrar que somos capaces de dar al mundo lo opuesto a lo que recibimos por décadas. Si en los 80 y 90, los colombianos fuimos segregados, insultados y criminalizados, este sería un buen momento para incluir, acoger y valorar a estos nuevos compañeros de viaje. Por otro lado, Leoluca resaltaba las posibilidades que trae un migrante. “Nos recuerdan el mérito”, están dispuestos a trabajar más duro, a dar ejemplo, a cumplir las normas con más diligencia. No caigamos en la trampa cuando un medio de comunicación hable de “un grupo de ladrones venezolanos”. Pensemos que es lo mismo que cuando decían “un grupo de narcotraficantes colombianos”. Las generalizaciones son indefectiblemente injustas. Aprovechemos que esta es la mayor migración en la historia de Antioquia. Cien mil, doscientas mil personas, que suenan diferente, en un español de América, nos traen unas riquezas musicales, gastronómicas, intelectuales, económicas y culturales inmensurables.

Por eso, desde Comfama hacemos, basados en múltiples razones, esta invitación desde nuestra revista. Por un lado, reiteramos el deber moral que tenemos todas las personas de acoger al migrante, que se incrementa en el caso colombiano, en virtud de nuestra historia. Por otro, señalamos la grandiosa oportunidad para el crecimiento económico de largo plazo que tenemos si acogemos a los nuevos vecinos. Adicionalmente, resaltamos la bella posibilidad que aparece al encontrarnos con otro mundo, parecido, diferente y nuevo. Por estas razones y por muchas más, en la Caja proponemos, a empresas y familias, abrazar con generosidad esta nueva realidad. Que la mezquindad y la coyuntura no nos asusten. Debemos aspirar a que el mal gobierno, y las razones políticas y económicas que producen este fenómeno desaparezcan pronto y Venezuela pueda retomar su rumbo de país libre y autónomo. Mientras tanto, demos la mejor bienvenida a los venezolanos migrantes y trabajemos para que Colombia sea un refugio amable y digno para todo aquel que nos quiera como su país. Si es una decisión temporal, a su regreso tendremos más familia, mejores amigos y más sólidos aliados. Si es definitiva, y muchos se enamoran para siempre de nuestra tierra y nuestra gente, veremos cómo nos convertimos en la Colombia del futuro, más venezolana, más amplia, más global, más colorida.

Nov 2018

Regala amor

Fue en la casa de Daniel Lalinde, en el parqueadero del edificio. Daba vueltas en círculos, me caía, sudaba, comenzaba de nuevo, me caía otra vez, mis codos y rodillas comenzaban a arder, intentaba otra vuelta, caía. Sentía los ojos llorosos, me cegaba el polvo que había tragado. Creo que fueron miles y miles de golpes, de levantadas. Cerca, mi hermano y Daniel que ya sabían, jugaban, montaban. Sentía algo de vergüenza, me dolía algo, tal vez el ego y un tobillo. Logré aprender a montar en bicicleta a los quince años.

Fue en parte por eso que en esa Navidad decidimos, Santiago y yo, que queríamos bicicletas. Una para cada uno, de marca Mongoose. De cross o BMX, para poder salir por el barrio, competir con los amigos, llevarlas a la finca de la abuela. Queríamos un par de vehículos para la aventura. Pero la plata no alcanzaba para eso. Recuerdo cuando mi papá nos explicó que íbamos a compartir, que una de las bicis sería la Monareta modelo 1972 "heredada" de la prima Mónica, que necesitaba unas reparaciones, pero funcionaría bien. Sentí un leve vértigo porque era una bicicleta de esas de manubrio amplio, como los cachos de una vaca, difíciles de maniobrar, con silla alargada, muy incómoda. Pensé que seguro me iba a terminar tocando a mí, como hermano mayor. "Para tu hermano es más difícil esa porque es más grande". Unos días después, fuimos con mi papá y mi mamá a la fábrica de Laramo, en San Juan, antes de llegar a la glorieta de la América. Fue muy bonito ver el lugar. El olor de la pintura, la idea de que en Medellín podríamos hacer lo que fuera, la amabilidad del señor del almacén, la cara de emoción de Juan Gabriel, todo conspiró a favor de un momento inolvidable. Fue así como en esa Navidad nos enseñaron un poco más sobre el valor del dinero, nos explicaron la importancia de arreglar algo que no funciona sin tener que comprarlo de nuevo. Aprendimos de la urgencia de apoyar la industria nacional y, finalmente, hoy lo veo con toda claridad, descubrimos que el valor de un regalo no depende para nada de su precio.

"La Laramo hecha en Colombia", por la que tanto trabajó mi papá, y el tiempo y esfuerzo dedicado a arreglar la vieja Monark con sus propias manos, sumadas a esa conversación en familia sobre lo que se puede o no comprar, conforman el sentido profundo de un regalo para mí. Siempre que doy objetos pienso en el trabajo que subyace tras él y en el amor que contiene. Por supuesto, esa Navidad gozamos, nos turnamos las bicis, hicimos ejercicio, disfrutamos las vacaciones con el mejor regalo del mundo, que recibimos por amor y con amor.

Las temporadas decembrinas se han vuelto factor de estrés y desequilibrio económico de las familias. Nada de malo tiene dar un regalo, dentro de las posibilidades de cada uno, siempre y cuando se dé con amor, no para buscar amor. Esta vez dedicamos nuestra revista a los riesgos de comprar cuando no tenemos con qué, por quedar bien, por aparentar, por gustar a otros.

Debemos romper la ecuación amar = comprar = gastar. No tiene sentido adquirir lo que no podemos pagar y pasar el año entero saltando entre deudas. También nos gustaría proponer una conversación sobre algo más profundo, si se quiere. "La medida del amor, es amar sin medida", dijo San Agustín. Los objetos no enriquecen el amor, no lo mejoran, no lo amplían. Algo que sí logran

otras acciones, como escribir una carta, dar un libro, invitar a un paseo por el campo, cocinar la comida, dedicar una canción, invitar a bailar.

Esto lo saben los padres que guardan las cartas y dibujos de sus hijos, que les recuerdan verdades esenciales y absolutas como que ¡son los mejores papás o mamás del mundo! Esas cartas les recuerdan que son amados incondicionalmente, que es tanto ese amor, que da para dibujarlos de memoria. ¿Acaso del amor filial, o del romántico, o cualquier otro, nos queda algo diferente a los buenos recuerdos, a las mejores cartas, a las dichas compartidas?

Es bueno ayudar a mover la economía y que las empresas den empleo. Todo esto enmarcado en la sostenibilidad familiar y ambiental. Nos gusta que las empresas crezcan y vendan, generen desarrollo. Por eso, por el desarrollo sostenible, amamos aquellas que invitan a sus clientes a ahorrar, que saben que los mejores productos son los que cargan sentido y saben que en estas épocas, cae bien aportar a una buena causa. Se vale regalar algo que pensamos y buscamos por meses. Las familias se deben dar regalos, los amigos también, cualquiera al que le nazca dar, sobre todo cuando se es consciente de que el mejor regalo posible, el único que tiene valor al final de todas las historias, es disfrutar y compartir la vida.

Feb 2019

Somos también nuestros fantasmas

“Le voy a mandar estas pastillas”, me miró y escribió. “¿Qué es eso?”, le pregunté. “¡Yo no estoy deprimido!”. Dejó la libreta a un lado y dijo: “La depresión puede ser sutil”. “Estoy cansado, he tenido muchas cosas en estos días, solo es eso”, le dije. “Usted ha sido un hombre reconocido acá en Medellín, es normal que no sea fácil aceptar esta situación”.

La semana anterior había renunciado a un cargo público, con dolor y frustración. Sabía que, además, venía de una relación sentimental compleja que, finalmente, había terminado en la peor de las formas. Mi empleo estatal era abrumador: decenas de horas de más a la semana, enemigos en todo lado, un salario que no cubría los gastos y, sobre todo, una inmensa incapacidad mía para comprender el contexto. Estaba triste y desgastado, física, mental y emocionalmente. Casi nadie lo notaba y yo no lo quería reconocer. Acepté tomar los medicamentos. Los pedí por internet para no tener que mencionarlos por teléfono y menos personalmente en una droguería. Apenas llegaron, lloré, creo que con un sentimiento de rabia conmigo mismo “por no ser capaz solo” y de tristeza por una realidad que me superaba de lejos. No estaba nada bien, pero en mi generación, “los hombres no lloran”, y, si hay algún problema, se puede resolver “con un amigo y unos aguardientes con naranjada”. ¡Ambas ideas estaban completamente equivocadas! Agradezco haber pedido ayuda y haber madurado lo suficiente como para contar esta historia.

A las dos semanas de seguir la prescripción, estaba más calmado. Al mismo tiempo me abrumaba cierto efecto secundario de embotamiento, de lejanía, me faltaba mi “acelere natural”. Una mañana me sentí aún peor que antes, porque me di cuenta de que mis palabras no reflejaban mi propia voz. Decidí intentarlo por otro camino, sin ayuda química, con otro tipo de apoyo. No estaba en un momento para la soledad o el heroísmo. Volví a donde Alejandro, mi sicólogo.

De él había sabido por una amiga que fue su paciente y alumna. Me hablaba de él como un sicólogo inteligente, culto y buen conversador. Cuando me divorcié, en la parte más dura del proceso, en la que sabía que era lo correcto para ambos, pero las emociones, los sentimientos y los recuerdos se agolpaban en mi pecho, busqué su celular y lo llamé. Durante un par de años, nuestros encuentros me ayudaron a comprender los miedos y desafíos en mis relaciones sentimentales. A su lado, reconocí también lo mejor de mi personalidad, hice reflexiones sobre mis búsquedas y mis rasgos más particulares. Con él, pude darme permiso para seguir adelante y buscar de nuevo el amor. Dejé de ir en algún momento en que me sentí mejor. Por eso, cuando el “antidepresivo” me empezó a caer mal (o eso pensé yo 1), lo busqué de nuevo.

Desde esa época, no he dejado de visitarlo una o dos veces por mes. Habla poco, no me da la razón, me discute poco. Me hace preguntas simples y alguna vez me compartió unos bellos textos sobre el amor. Pocos consejos me ha dado, pero cuando los da, es con toda la delicadeza y respeto. Siento que acepta que el chi kung y la meditación complementen mi proceso. Una expresión suya significa mucho para mí: “¡A disfrutar!”. Tal vez porque esa no es mi especialidad. Nunca me ha diagnosticado. Sé cómo me ve dependiendo de la frecuencia de las citas: “¿Nos vemos en dos semanas?”, es la más común. A veces es una semana, a veces son tres, a veces me pregunta que cuándo puedo volver... Gracias a mi sicoterapeuta, siento que no estoy solo en mis preguntas, que alguien profesional, sin conflictos de interés y con imparcialidad me conoce y está ahí para escuchar y ayudar.

En Comfama los queremos invitar a conversar sobre salud mental. Queremos que cada uno se haga cargo de su salud integral que incluye, por supuesto, la mental, inseparable de la emocional y la física. Antioquia ha sido un territorio de poca apertura cultural para los asuntos íntimos del ser humano. Acudir a profesionales de la salud mental, pedir ayuda cuando nos sentimos desequilibrados, no es ningún pecado ni signo de debilidad, mucho menos se trata de una falla moral. Las enfermedades mentales, los desequilibrios emocionales, los pensamientos negativos, las preocupaciones, y las tristezas, hacen parte de nuestra más auténtica y frágil humanidad. No debemos temer al miedo, ni negar que somos vulnerables. Les proponemos que aprendamos a respirar, a escuchar nuestro cuerpo, a relajarnos. Los invitamos a hacer yoga, a practicar diferentes formas de mindfulness, a caminar por el bosque, a escuchar música o a bailar desconectados del mundo. Igualmente, seguiremos promoviendo el acceso a profesionales de la sicología y de la medicina entrenados para comprender y aconsejarnos, a nosotros y nuestras familias, en la búsqueda del equilibrio.

Queremos que las empresas no juzguen con dureza a quienes visitan a estos profesionales, que reconozcan que la depresión no es un defecto, que las enfermedades o desequilibrios mentales y emocionales no necesariamente inhabilitan para trabajar y vivir plenamente. A las familias las invitamos a abrazar con amor, plenamente su humanidad, a caminar unidas ante estos desafíos. A empresas y familias, les proponemos un compromiso por la salud mental, con una combinación sana de prácticas y saberes, de ciencia y sentido común, que nos permitan reconocer y manejar nuestras sombras, que son parte inescindible de nuestra humanidad.

1 Esta es mi historia personal, no una recomendación médica. Solo cuento lo que viví, sin más intención que explicar la importancia de pedir ayuda profesional en momentos difíciles, sin miedo al juicio o al qué dirán. Creo en la ciencia y en la medicina. Simplemente, busqué otros medios, sin juzgar los anteriores, ni demeritarlos. Somos humanos, complejos, diferentes. Cada uno encuentra su camino, lo importante es buscarlo.

Ene 2019

A viva voz

Beatriz soltaba las palabras lentamente para invocar el misterio. Le gustaba leernos antes de dormir. “¡Léenos los Cuentos de los hermanos Grimm!”, decíamos. Ella buscaba el libro, mientras jugaba por un momento a haberlo perdido “¡Sí, aquí está!”. Y comenzaban las historias.

Esta historia hablaba de una campesina que quería ser reina. Un hombrecito mágico que le podía cumplir el deseo a cambio de su primer hijo. Ella acepta la propuesta. Se vuelve reina y poco después nace el príncipe. El hombrecito llega a reclamar lo suyo. ¡Horror...! Sin embargo, es juguetón y le ofrece una salida: si ella logra adivinar su nombre, tarea casi imposible, la liberará de la penosa obligación. Al final de la larga e infructuosa búsqueda, por suerte, un sirviente vio al hombrecito en una montaña cantando una canción en la que se delataba.

[...] Sonrió la reina y le dijo:

—Pues... ¿quizás te llamas... Rumpelstikin?

—¡Te lo dijó una bruja! ¡Te lo dijó una bruja! gritó el hombrecito, y, furioso, dio en el suelo una patada tan fuerte, que se hundió hasta la cintura.

Luego, sujetándose al otro pie con ambas manos, tiró y tiró hasta que pudo salir; y entonces, sin dejar de protestar, se marchó corriendo y saltando sobre una sola pierna, mientras en el palacio todos se reían de él por haber pasado en vano tantos trabajos”.

Las lecturas que nos llegan a través de la voz de quienes amamos se alojan en un lugar especialmente profundo de nuestro corazón. Tal vez por eso, Rumpelstikin es, para mí, el sello de la infancia y su imaginación todopoderosa. Pero, además, uno de los más bonitos recuerdos con mi mamá.

En un lugar cercano en mi corazón, guardo, por ejemplo, la imagen de Juan Gabriel sentado en un sofá leyéndome ese poema de León de Greiff con que le gustaba enamorar a Beatriz:

“Esta rosa fue testigo
de ése, que si amor no fue,
ninguno otro amor sería [...]”.

Quizá por eso, Ritornelo es el poema del amor por excelencia y también, gracias a mi padre y sus poemas, amar sin leer poesía es un imposible y una falta de decoro.

Otro recuerdo que atesoro es el de aquella tarde en la playa con mi enamorada, leyendo El amor en los tiempos del cólera. Cuánto disfrutamos el episodio de la muerte de Juvenal Urbino persiguiendo un loro:

“—Sinvergüenza — le gritó.
El loro replicó con una voz idéntica:
—Más sinvergüenza serás tú, doctor.

[...] El doctor Urbino agarró el loro por el cuello con un suspiro de triunfo: qa y est. Pero lo soltó de inmediato, porque la escalera resbaló bajo sus pies y él se quedó un instante suspendido en el aire, y entonces alcanzó a darse cuenta de que se había muerto sin comunión, sin tiempo para arrepentirse de nada ni despedirse de nadie, a las cuatro y siete minutos de la tarde del domingo de Pentecostés”.

Cuando me preguntan por el mejor libro de Gabo, vuelvo de inmediato al recuerdo de esa lectura en voz alta, porque cada página es una delicia de amor compartido.

Hace poco, estudiando en Comfama sobre libros y lectura, analizábamos el crecimiento del audiolibro. Mientras el libro tradicional apenas se sostiene en ventas, el audiolibro se multiplicó en pocos años. Crece el número de aplicaciones que sirven para reproducirlos y aparecen los profesionales de la lectura en voz alta. Nos llenamos de voces de personajes famosos, unas femeninas y otras masculinas que nos leen los textos más hermosos y los más prácticos, los largos y los cortos, en todos los idiomas. La gente los escucha mientras va al trabajo, prepara el desayuno o hace ejercicio. En la era de la prisa, de los teléfonos que contienen todo, hasta nuestros libros, nos está gustando mucho, cada vez más, que nos lean en voz alta. ¿Será una remembranza de esos días dulces y tibios de la infancia? ¿Será solo la búsqueda de la eficiencia? No importa, si nos ayuda a leer más, bien vale la pena explorar esta nueva posibilidad.

El audiolibro es una nueva experiencia, diferente a la que nos enseñan en el colegio, una forma más de lectura que inspira igualmente la curiosidad e invita a la exploración de otros lugares, seres, ideas y posibilidades. Para celebrar su

auge global y el gusto por la lectura en voz alta, hemos publicado esta edición de nuestra Revista. Con ella, queremos proponer a amigos, empresas y familias juntarse para leer, leerse en la mitad del día, enamorarse leyendo poemas, dedicarse cartas enteras en voz alta, enviarse mensajes de audio con lecturas cortas y disfrutar de los audiolibros. **¡Los invitamos, en este nuevo año, a leer, a leernos y a disfrutar de las palabras “a viva voz”!**

Mar 2019

Oír la voz de los niños, comprender sus ideas y seguir su ejemplo

Pertenezco a una generación en la que, de niño, mi mamá y mi papá tomaban la mayoría de las decisiones de mi vida, desde la ropa que me ponía hasta el colegio en el que estudié. Miro, por ejemplo, las fotos “oficiales” de mi infancia y creo que yo no hubiera aprobado ese peinado hecho “con totuma” del que tanto se burlaban mis compañeros. Yendo más allá, no es solo que tomaran mis decisiones, sino que, además, aunque crecí en un hogar moderno y cariñoso, tampoco es que hicieran mucho caso a mis ideas y opiniones. No me imagino qué hubiera pasado en mi casa ante una propuesta de cambiarme de colegio o, peor, de modificar algo del colegio, como las evaluaciones o a un mal profesor. Los niños de mi generación para atrás no teníamos voz, ni se diga voto, sobre lo que pasaba en nuestra vida y nuestro entorno.

Algo está cambiando, sin embargo. Hoy en día los niños, desde pequeños, tienen más autonomía. En los presecolares y colegios hay personeros estudiantiles elegidos popularmente. La posibilidad de decidir sobre los asuntos de la vida diaria, como la ropa o el peinado, ya no se pone en duda. Es un avance inmenso que hayamos creado estos espacios y que les hayamos permitido participar y hacerse cargo de las cosas simples de su vida. Quizá es hora de que estas cosas simples le abran paso a otras, no solo de su vida, o en el colegio, sino de la familia y la sociedad.

En otro momento hablaremos de los derechos de los niños, algo fundamental. Esta vez queremos hablar de su voz, de su sabiduría profunda, de lo imprescindible de su mirada para los tiempos que corren. A los niños no les “paramos bolas”, simplemente “porque son niños”. ¿Qué tal si fuera justamente, al contrario, que los escuchamos precisamente porque son niños? Ellos ven el mundo sin prejuicios, juegan como deberíamos jugar todos, son espontáneos como deberíamos aprender a ser los demás, son creadores naturales, sin pena al qué dirán, conviven fácilmente con otros niños y no reconocen estratos o razas, tienen claro que somos parte de la naturaleza. Tantas cosas tienen para enseñarnos y no las vemos “¡porque son niños!”.

En Comfama queremos invitar a empresas y familias, a cada uno, a ver a los niños, no como seres casi invisibles o humanos inmaduros, sino como ciudadanos plenos, como sabios filósofos. ¿Será que nuestros niños y niñas

nos ayudarían a elegir mejor a nuestros gobernantes? Quizás al observarlos mejor y escucharlos con atención nos ayuden a conectar mejor con nuestra propia infancia, con ese niño interior que se resiste a morir, que tiene tanto para decir.

María Antonia Echeverri, co-editora de esta edición

Es estudiante, tiene 6 años y vive en la vereda Alto Grande de El Carmen de Viboral. Ella fue nuestra co-editora por un día y este es su mensaje de apertura para esta edición.

Abr 2019

El origen del perdón

“**¿A uno le tienen que pedir perdón para poder perdonar?**”, pregunté en medio del diálogo con la voz temblorosa. “**El perdón es un proceso individual, psicológico, no necesariamente social**”, respondió el hombre sentado frente a mí. Lenta y suavemente sentí que las lágrimas contenidas por más de dos décadas estaban a punto de abrirse paso hasta mis ojos. “A veces uno se da cuenta de que ha perdonado y ese momento es una especie de liberación”, dijo. “Quien perdoná, gana en el sentido en que se vuelve lo mejor de sí mismo, encuentra al ángel que tiene adentro”. Cuando terminó esa frase, yo estaba inundado. Quería llorar delante de un completo desconocido, pero como era una reunión de trabajo, convertí ese llanto mudo en una sonrisa que debió salir como una mueca torpe. Agradecí sus palabras, susurré que describió perfectamente lo que sentía con referencia a los asesinos de mi padre. “Este país necesita muchas personas como usted”, dije mientras le apretaba la mano con fuerza, para calmarme a mí mismo.

Así fue, más o menos, el día que conocí al Padre Leonel, el director de la Fundación para la Reconciliación. Digo más o menos porque cuando uno siente algo fuerte, la memoria funciona distinto, quedan unas cosas y se van otras. En esa reunión supe que había dejado atrás la ira y había aprendido a vivir sin la verdad completa, que **el perdón había sido, para mí, una especie de autorreparación**. Esa tarde bogotana descubrí que había perdonado lo aparentemente imperdonable, que no había en mí espacio para los pensamientos de venganza. Leonel me describió en menos de una hora el proceso que había vivido gradual e imperceptiblemente luego de la muerte de Juan Gabriel en 1992. Del dolor a la rabia, a la frustración, al compromiso (¡que nadie viva lo que yo viví!), para terminar en la compasión amplia y tranquila, que no necesita de nada más, frente al otro, al que hizo el daño.

No sé cómo lo logré, pero con los años comprendí que tuve suerte, porque esto es algo más complejo de lo que algunos piensan. También me sorprendí, porque **luego de perdonar el asesinato sin justicia ni reparación, había pensado que nada más podría ofenderme**. Pero me fui dando cuenta de que tenía pendientes, descubrí que la jerarquía de las ofensas es extraña, que a veces perdonamos lo más aterrador, pero no un dinero que nos deben o una ofensa laboral. Esa es la paradoja del perdón, porque no es una ciencia, no tiene fórmulas, sus caminos son misteriosos y aprender a perdonar es un arte que, como todas las artes, se aprende mediante práctica y paciencia.

En estos tiempos nos hablan del perdón desde lo político y social, debido a la violencia colombiana, pero poco nos enseñan de este asunto fundamental para nuestra vida en comunidad. No nos enseñan a sobreponernos a esas acciones cotidianas que duelen y enfurecen, como la música a alto volumen del vecino, o el ceño fruncido de nuestro jefe o la frase descolgante de aquel familiar. Por eso en Comfama hemos decidido reflexionar sobre el perdón desde la perspectiva humana, psicológica y de salud mental, desde las vivencias. Pensamos que nuestro rol es entrar en los hogares, mirar a los ojos a las familias, y proponer, de vez en cuando, temas para las reuniones empresariales. Pensamos que el perdón nos incumbe a todos y comienza en el corazón de cada uno.

La sanación colectiva que necesitamos los colombianos difícilmente ocurrirá sino conversamos antes de estos temas desde lo más íntimo y cotidiano. Quizás debamos buscar las fuentes del perdón en lo espiritual, en la profundidad de la conciencia humana y debamos observar primero nuestras sombras para lograr sentir compasión por las de los otros, tan humanos como nosotros. Perdonarnos es clave para perdonar.

Proponemos, además, que es crucial aprender a transitar del perdón a la reconciliación, el más necesario de sus efectos y el más aventajado de sus hijos. Sugerimos, igualmente, que se puede convivir con los otros sin perdonar, que es mejor vivir sin hacer daño que vengarse, algo que trae poca satisfacción y mucha desgracia. **Estos que viven en paz sin retaliar tienen pendiente algo, sobre todo con ellos mismos, pero merecen todo nuestro aplauso.**

Soñamos con que, gracias a esta publicación, algunas familias lleguen a casa y sean capaces de preguntarse: “¿Qué tendremos pendiente nosotros?”. Invitamos igualmente a las empresas a proponer esta conversación, a que se ocupen, como ya hemos dicho, de la salud mental de sus trabajadores. Esto les traerá no solo más productividad sino que les permitirá “aportar a su contexto”, como dice Leonel, “a ayudarle a las personas y a sus familias a ser mejores”.

May 2019

La revolución de las pequeñas cosas

Hace más de cinco años Medellín generó una serie de conversaciones ciudadanas que debían conducir a la actualización de la política pública de juventud. Desde entonces decidí convertirme en líder juvenil y empecé a construir un proyecto de vida colectivo que pensara con responsabilidad en el bien común. Gracias a esta iniciativa he participado en varios procesos con jóvenes y juntos hemos demostrado que podemos combatir prejuicios, etiquetas y estereotipos y motivar las transformaciones que la ciudad necesita.

Hoy Comfama, Proantioquia, Eafit y la Alcaldía de Medellín deciden apostarle a los jóvenes desde una plataforma que fortalece nuestras habilidades en el liderazgo público. Jóvenes 2020, es una experiencia que sin duda será inolvidable para quienes hacemos parte de ella. Este proyecto significa la oportunidad de conectarnos y unirnos con otros jóvenes talentosos, ser un puente para impulsar y oxigenar el liderazgo público en la ciudad y demostrar que somos más los jóvenes que queremos una realidad diferente.

En esta edición de la Revista Comfama podrán leer historias y pensamientos de jóvenes promotores de una profunda transformación, conscientes y orgullosos de su diversidad, respetuosos de la justicia, emprendedores sin temor. Encontrarán testimonios que inspiran y representan esperanza para las nuevas generaciones.

Queremos que las familias y las empresas nos escuchen y nos acompañen. Les proponemos que se pongan en nuestros zapatos y sientan las realidades que vivimos. Y a los jóvenes les decimos que es el momento de la energía y la experimentación, es el tiempo de equivocarse, de participar, alzar la voz y seguir soñando. La juventud es la oportunidad de construir, crecer, amar libremente y provocar la revolución de las pequeñas cosas. ¡Sí es posible!

Por: Sebastián Arenas, codirector Revista Comfama en su edición Desafío Joven.

Lee también: [La voz y la fuerza de la juventud](#), editorial David Escobar Arango.

Jun 2019

La legítima y verdadera red social

Emilio, Eduardo y yo, los exviajeros en Sudamérica, creamos un chat como celebración de los 20 años del viaje iniciático que sellaría nuestra amistad para siempre. Lo llamamos 1996 – 2016 y lo usamos para acompañarnos. Cada uno desde su mundo escribe, de vez en cuando, una reflexión, una noticia. Emilio puede decir: “Me hacen falta mis libros”, desde su nueva casa en Buenos Aires, y nosotros comprendemos todo lo que esa frase implica de desarraigamiento, de posibilidad, de tristeza y, al mismo tiempo, de conexión entre nosotros.

Uno no tiene que decir mucho para que lo comprendan, y siempre lo comprenden. Por chat también se puede abrazar, cuando no hay más. Cada año nos vemos en un asado, nos tomamos unos vinos, nos regalamos algún libro si nos acordamos de comprarlo. Hablamos de lecturas, de películas, del país, le metemos una buena dosis de nostalgia a la cosa y nos abrazamos, casi seguros de volver a encontrarnos en un año.

Nos vemos poco, apenas en este ritual que celebra el viaje, la lectura y la conversación. En los últimos 25 años nunca los he sentido lejos, aunque en buenos períodos hemos vivido a miles de kilómetros de distancia. Son mis amigos, lejanos y cercanos, paradoja de las amistades, cada uno en su vida, compartiendo la vida. Si nos llamamos mañana con una urgencia, un sueño o una noticia, contamos con esta pequeña tribu como cuando teníamos 20 años.

Mi mamá tiene una tribu con la que juega cartas dos veces por semana: la Nena y Juan, su amiga del alma y el marido, y otras amigas. Se la pasan largas tardes jugando, sonriendo, contando historias de sus hijos, reviviendo nuestros éxitos y derrotas. Cuando no logra ir, se le nota la ausencia de la tribu en los ojos porque le brillan menos. “No pude ir a donde la Nena Uribe...”. **Cuando alguien se enferma, las energías y los buenos deseos para que ‘se alivie’ abarcán hasta dos generaciones.** Cuando sea grande quiero tener con quien jugar cartas, hablar de libros y compartir el lento e implacable paso de los años, con sus privilegios y dolores.

He sido poco gregario, hasta el punto de confesar que no me he puesto más de un día la escarapela de las empresas donde he trabajado, en una especie de acto de rebeldía. Pienso que las personas no le pertenecemos a una marca, que no nos pueden reducir a un apellido, que no seremos jamás parte de un “ismo” político ni artístico. Sé que soy un poco ermitaño, solitario y regular conversador telefónico. Tanto que mi madre, por años, se despedía de mí con una especie de apodo, que era la frase que digo apenas termino lo esencial de una llamada: “¡Bueno-chao!”.

Sin embargo, siendo consciente de ello, quiero aprovechar a mi familia, apreciar hasta las cantaletas de mi hermano que son su forma simple de querer, cuidar a mis amigos mentores que me escuchan para luego dejarme hacer, conectar con mi tribu de Sudamérica, celebrar a los otros compañeros de vida a los que uno puede llamar, luego de meses y, por ejemplo, pasar por su casa a jugar con sus hijas, a comer algo, como si hubiéramos desayunado juntos el día anterior.

Cuido esta red, estas tribus, lo mejor que puedo y, al escribir esto, veo todo lo que me falta, cuánto cariño me queda pendiente por dar: llamadas que no hago, tardes en las que no he llegado, los fines de semana que me desaparezco, y me recuerdo a mí mismo que la vida vale mucho más en compañía, para las dichas y las penas, para los días negros, los grises y los de colores, que son la mayoría. **Somos sociales, emocionales y ante todo relacionales.**

Por eso, en Comfama nos gustan las empresas que reconocen que todos dependemos de todos y de todo. A mí me gusta la filosofía de mi enamorada, que propone una “autonomía con interdependencia”, en la que cada uno vive su vida, sabiendo que hay otras vidas cerca, necesarias y gustosamente nuestras.

Proponemos esta Revista para recordarnos que sin tribu no existimos plenamente; sin red de apoyo, la caída es infinita; sin amigos algunos días se vuelven demasiado largos y fríos; sin familia estamos solos en el ancho mundo. Pensamos que nada de eso cae del cielo, como las buenas huertas, se cultivan, se abonan, se conversa, se crea cada minuto de la vida.

En esta edición invitamos a las empresas a fomentar los encuentros, a celebrar la amistad, a dar ejemplo para que nadie llegue tarde y menos que deje de llegar a un momento familiar. Proponemos a las familias recordar que en el barrio hay vecinos, a permitirse el encuentro con desconocidos como nuevas aventuras de la vida, a preguntarse de cuando en cuando con sinceridad: ¿cuál es mi tribu?, ¿cómo la cuido?

Jul 2019

Más y mejores desacuerdos

“¡Si va a discutir, prepárese mejor!”. En ese momento me di cuenta de que no tenía un solo argumento. Recorrió con la mirada, avergonzado, la larga mesa del consejo directivo de la Universidad. Los demás me miraban con lo que a mí me pareció una profunda lástima. Sentí que mi silla era, en ese instante, mucho más baja que las del rector Juan Felipe Gaviria y de su secretario general, Juan Diego Vélez. Estábamos hablando del aumento de matrículas que, como representante estudiantil, juzgaba demasiado alto. Pensaba en mi mamá y sus dificultades para pagarla cada semestre. Pero no tenía idea del desempleo, de la inflación, de los costos, ni de los planes de la Universidad. Tampoco fui capaz de contar la historia de mi mamá. Al final, pasé una tarde terrible, entre la vergüenza intelectual y la frustración. No pude sino asentir en silencio y votar a favor, muerto de la vergüenza. ¡No estuve a la altura de mi responsabilidad en una de mis primeras reuniones!

Luego, cuando comenzaba la construcción de la Biblioteca de Eafit, hoy uno de los centros culturales más importantes de la ciudad, escribí una columna en el periódico de la Universidad en contra de la obra. Mi propuesta era que, en lugar de un edificio, se usara ese dinero para becas de doctorado de los profesores, pero no fui capaz de dejar ahí y decidí criticar a Juan Felipe diciendo que a ese faraón bien le podría servir una pirámide. En el siguiente consejo esperaba un choque, una mirada, algo en mi contra. ¡Nada! Me ignoró... y eso me hizo sentir, de nuevo, como un liliputiense. Alguien me explicó luego de los años: “Él solamente le puso bolas a las ideas”. Le recordé la columna el día de la inauguración de la biblioteca, ofreciendo disculpas y reconociendo la

importancia del proyecto. Solo me miró con algo de arrogancia y humor y me dijo: "Hombre, ¿y no se podrían hacer las dos cosas?".

A veces se aprende con la fricción, con la competencia. Hay un viejo proverbio que dice "El hierro afila el hierro". **El desacuerdo, que se podría explicar como la competencia de las ideas, promueve la excelencia.** Fue así como, en la discusión universitaria sobre las humanidades y la flexibilización de los currículos, convocamos una reunión con los inolvidables representantes estudiantiles del año 1996 y pasamos toda la tarde de un domingo pensando en cómo aportar, en qué rechazar, en cómo explicar, en comprender mejor a nuestros interlocutores. La imagen que tengo en la memoria es la de Carlos Zafrané, el representante de Ingeniería mecánica, entrando al edificio de la rectoría para el consejo académico, lleno de papeles, firme y sonriente, con el diccionario de la RAE en la mano para definir correctamente "flexibilización" antes de comenzar su discurso. Ese día sentí que habíamos aprendido a discutir con argumentos, con ideas, con respeto, sin miedo.

Siempre agradeceré a Eafit, a Juan Felipe y a Juan Diego por enseñarme a no temer los desacuerdos, a disfrutarlos, a prepararme y a respirar profundo para que las emociones no me tomaran ventaja (correr, gritar o llorar no son muy útiles en la mesa de una junta). Me hacía falta porque en mi familia, como en muchas casas antioqueñas, no éramos muy buenos para encontrar ese lugar poderoso entre el silencio y el conflicto, donde viven el debate, el diálogo y la discusión.

Por esta razón, en Comfama decidimos hacer esta revista. Porque en el contexto de lo que los medios y la gente llaman "polarización" y conflicto, se nos ocurre que el camino para un país más pacífico y desarrollado no pasa por tener menos, sino más desacuerdos públicos, explícitos y mucho mejor manejados. El mundo entero está preocupado porque las democracias liberales enfrentan grandes desafíos, el diálogo público se ha deteriorado, nos encerramos en los extremos. Incluso las discusiones empresariales y familiares se bloquean por partidismos, por ideologías, por valores religiosos o por posiciones irreconciliables sobre los temas más diversos.

Queremos invitar a empresas, familias y a la sociedad a no temer a la diferencia, a abrazar el desacuerdo como fuente de progreso y aprendizaje. Esto es algo que aplica para las organizaciones, la ciencia, la política, la familia y el amor. Pensamos, como escribió recientemente Arthur C. Brooks en su libro Ama a tus enemigos, que necesitamos ciudadanos que no desprecien a los otros, porque esa cultura de despreciar, ignorar o acallar la perspectiva de quienes piensan diferente nos arrebata el valor de la diversidad, nos limita el aprendizaje y es la fuente de muchos de nuestros conflictos. En lugar de esto, compartimos la idea de Brooks de partir siempre de un marco de valores comunes. Para que haya una buena calidad de discusión y debate debemos reconocer que hay una moral básica compartida, que el otro es digno, que puede tener algo de razón, o mucha. ¿No creemos todos (derecha e izquierda, jóvenes y adultos, de todas las razas) en la justicia, la compasión y en la dignidad de las personas?

Para eso, es clave respetar e incluso amar, en un sentido amplio y humanista, al que tenga ideas diferentes, o las exprese de una manera que nos disguste. ¿Qué tal si en la empresa los gerentes comenzamos por contratar gente con la que sabemos que tendremos diferencias?, ¿qué tal ir a esa reunión social o familiar donde sabemos que somos minoría?, ¿por qué no escuchar el discurso completo del político por el que no hemos votado nunca?, ¿qué tal sacar un rato esta semana para buscar a alguien con quien tengamos un desacuerdo, escucharlo con atención, tratarlo con respeto y mirarlo con amor?

Ago 2019

La voz y la fuerza de la juventud

Tres meses antes habíamos perdido a mi papá. Por eso, entendí el mensaje como un llamado a la adultez. La nueva situación familiar no permitiría que yo viviera todas las locuras y aventuras de la juventud. Como hijo mayor, debía tomarme la vida en serio y asumir responsabilidades. Supongo que cuando lea este texto mi mamá dirá: “¡Qué tal que no hubiera sido así!”, y soltará una carcajada.

El caso es que asumí ese papel de hombre responsable. Tal vez por eso algunos de mis amigos dicen que “me tragué un viejito”. Ahora puedo reconocer que he mezclado ese temprano arribo a la vida adulta con unas dosis homeopáticas de locura, exploración y equivocaciones de todos los tamaños. Celebro haber sido serio, responsable y “juicioso”, así como, más adelante, disfruté vivir una existencia poco convencional frente a los estándares profesionales y familiares de la tradición antioqueña. Somos lo que somos gracias al impulso de nuestra juventud, a nuestros miedos y a la manera como los superamos, a la calidad de nuestros errores y a la profundidad de nuestras búsquedas. Quizá mi respuesta a ese fuerte y poderoso mensaje de mi mamá es que tuve que ahorrar la juventud, que luego he podido liberar de a poquitos, con la aspiración de que me dure para siempre.

¿Han pensado que tal vez todos seamos como los jóvenes millennials y centennials, en el sentido en que perseguimos un propósito más que un trabajo?, ¿en que cada vez privilegiamos más las experiencias sobre las cosas materiales y que vivimos en una búsqueda existencial permanente? A lo mejor el gran regalo de nuestra juventud actual para el mundo, el mismo de las juventudes de todas las épocas, es que llegan como maestros, que no son personas inmaduras, sin voz ni voto, sino mensajeros que vinieron a contarnos cómo será el futuro, a crearlo con nosotros.

Por eso, hacemos esta revista no para jóvenes ni sobre jóvenes, sino con jóvenes. Gracias al programa Jóvenes 2020, que desarrollamos con la Alcaldía de Medellín, Proantioquia y Eafit conocimos a los autores de esta edición, con

la que buscamos, primero, que desde las empresas escuchemos y observemos con atención a la juventud. ¿Cuándo fue la última vez que conversaron largo y tendido con alguien menor de 25? Segundo, repetirles a ellos, a los jóvenes, que como dice Juan Felipe Gaviria: "Ser joven no es una cualidad". La voz la tienen, la fuerza también, pero estas, como todos los dones, vienen con la posibilidad de usarlos o desperdiciarlos, he ahí su gran desafío, nuestro desafío común.

¿Qué tal si despertamos esas voces de esperanza que no pertenecen exclusivamente a una edad? ¿Qué tal si unimos los ideales, siempre jóvenes, de todas las generaciones, su fuerza con la nuestra, para dar el siguiente paso juntos?

Lee: La revolución de las pequeñas cosas, editorial del codirector de esta edición, Sebastián Arenas.

Sep 2019

Aprender a morir, aprender a vivir

La muerte de los nuestros sucede dentro una burbuja que uno no comprende sino muchos años después. Empiezo a escribir este texto y de pronto es 2 de abril de 1992, suena el teléfono mientras duermo en un sofá de la casa de Eduardo, contestan, se oyen unos murmullos, la sensación de que algo horrible pasó inunda el espacio mientras el sueño se resiste a abandonarme. Me levanto, me dicen que vinieron a recogerme, nada es normal, la gente llora y no comprendo nada, pero entiendo todo. Atravieso la ciudad en un suspiro que es como una eternidad. En el centro de salud del 20 de julio veo el carro, el vidrio roto, la sangre comenzando a secarse, mi hermano no se sostiene y mi mamá llora parada en media calle. Más tarde salen con el cuerpo de mi padre para montarlo a una camioneta de Medicina Legal. En mi memoria quedaría para siempre grabado el texto de la necropsia, en letras de máquina, en mayúsculas:

SHOCK HIPOVOLÉMICO

HERIDAS EN CORAZÓN Y VASOS MAYORES

En palabras más comprensibles: una bala le atravesó el corazón.

El velorio fue tradicional, en una sala de El Poblado, con tinto y aromática, entre silencios y sollozos. Ahora pienso que no fue lo suficientemente bello para él, amante de la naturaleza y la poesía. Siento que le quedé debiendo un homenaje diferente, como unos versos de León de Greiff, o un texto de Nietzsche en Zaratustra, o unas fotos de la selva y la finca de sus ilusiones, pero era tan difícil en medio de tanto miedo y tristeza que creo que él hubiera comprendido.

En nuestra casa la muerte se asentó en silencio. El duelo, que podríamos haber manejado mejor, duró más de una década, y creo que aún no nos abandona del todo. Por años su clóset estuvo ahí como si mañana llegara de viaje, incluso cuando nos trasteamos, su ropa permaneció al lado de la de mi mamá por un buen tiempo, hasta que logramos convencerla de regalarla. Mi papá murió cuando ella tenía 40, mi hermano 14 y yo 16. Nuestra vida cambió de rumbo. En un cruce de caminos, nos empujaron para tomar el más difícil que, al final, hizo toda la diferencia, como dice el poema de Robert Frost. Hoy puedo decir que ese evento imprevisto nos hizo más fuertes, nos unió, y nos dejó claro que somos insignificantes en el amplio paisaje de la vida. Hemos avanzado, pero aún nos falta. Los Escobar Arango tenemos pendiente aprender a celebrar un poco más, conscientes de la brevedad de la existencia. “En vida”, como dice mi mamá.

La muerte de los nuestros nos recuerda la nuestra, segura, inevitable. Este mes cumplí los años que tenía mi papá cuando murió. Sé que mi vida podría acabar mañana, incluso estoy listo para morir en cualquier momento, aunque no deseoso, porque trato de seguir el consejo de Pessoa: “Para ser grande sé entero: nada / tuyo exageres ni excluyas. / Sé todo en cada cosa. Pon cuanto eres / en lo mínimo que hagas / Así la luna entera en cada lago / brilla porque alta vive.”

Quizá, como me dijo un amigo, de esta certeza de lo corto de la vida viene mi afán, un tanto ingenuo, por cambiar el mundo, aunque sé bien que a duras penas uno se cambia a sí mismo. Podría decir que mis formas de disfrutar la vida son, de alguna manera, consecuencia de estos hechos. Su herencia más grande puede ser eso de trabajar con una pasión absoluta, leer todo lo que puedo, viajar mucho, amar con ternura casi infantil, abrazar a mis amigos, decirte quiero a cada rato. Ese espíritu demasiado entusiasta que es totalmente opuesto al carácter del niño tímido que alguna vez fui. Amo la vida y la aprovecho con toda mi energía, posiblemente porque conocí muy temprano el peor de sus finales y no quise dejar que me asfixiara ni me volviera un sujeto del odio.

Hablar de la muerte en Medellín, Antioquia y Colombia siempre evocará los dolores de la violencia y los temores del conflicto. Claramente, y de eso podremos hablar en otra oportunidad, no podemos naturalizar el homicidio, pero tampoco debemos huir de la muerte, temerla, ni banalizarla. En Comfama pensamos que a nuestra cultura antioqueña le vendría bien reflexionar sobre esta parte inherente a la vida y, tal vez, buscar nuevas formas de convivir con ella. Por eso esta revista busca aportar preguntas, más que certidumbres: no queremos dar consejos, solo pretendemos sembrar reflexiones.

Nos gustaría que en las familias, en los barrios y en las empresas tuviéramos una conversación al respecto. ¿Cómo podemos hacer para convivir con la idea de la muerte y que esto nos enriquezca la vida?, ¿cómo podríamos pensar en ella sin miedo?, ¿cómo hacemos para saber cuándo llegó la hora de desapegarnos y permitir que la naturaleza siga su rumbo?, ¿cómo podríamos transformar nuestros rituales de entierros, velorios y duelos?

Los invitamos a motivar, juntos, estas conversaciones, precisamente porque son difíciles y porque nos incomodan. Sobre todo, para que la muerte sea vista como parte natural de la vida y la certidumbre de su ocurrencia la enriquezca, su llegada se acepte y hasta se celebre, y su legado sea más vida, mejor vivida.

Oct 2019

Humor con amor

Tendría 13 años. Con Ricardo y sus padres, en su casa o su finca, me sentía seguro. Ricky era un buen chico que luego se convertiría en un buen hombre. Además, como era amiguero y vivía en una urbanización, me abría un poco mi mundo de niño tímido. Ese fin de semana llegamos de visita a la finca de una gente que en mi vida había visto, asunto de alta tensión para mí. Cuando nos íbamos acercando en el carro, me puse a pensar en “ocurrencias” y chistes que veía en mis tíos Arango o en mi papá. Me sorprendía la habilidad de los adultos para improvisar respuestas, inventar “chascarrillos” y bromear. Esas técnicas parecían ser clave para la socialización en el mundo, así que yo, que apenas era capaz de decir “mucho gusto”, me armé con una pequeña munición para poder afrontar una tarde entera en la terra incógnita de una familia y unos niños desconocidos.

La tarde comenzó bien, llegamos, saludamos, los adultos se sentaron, los niños nos fuimos a jugar. Al principio, hablamos -hablaron ellos- de todo, de nada. De pronto, a alguien se le ocurrió jugar un “picaito”. El hijo del señor dueño de la finca, un pelado que me pareció triste cuando me dio la mano, dijo: “déjenme ver si tengo un balón”. Salió a los minutos con la mala noticia: “¡Está desinflado!”. Yo, que no había pronunciado una palabra en todo ese rato, no sé de qué lugar oscuro de mi subconsciente saqué una respuesta, que quería ser chistosa: “...Lo mismo que tener la mamá, pero muerta”. Él se puso pálido, me miró y salió llorando... Me desorienté y en esas Ricky se me acercó y me dijo: “Deivid, qué pena, no te dije que a ellos se les murió la mamá la semana pasada.” Pasé una tarde pésima. Conseguimos un balón y los niños, incluido el recién huérfano, parecieron olvidar rápidamente el asunto. Menos yo, que me acuerdo tres décadas después, todavía con vergüenza y con dolor, por haber dicho una bobada tratando de ser gracioso. “Muy charrito”, diría mi mamá. Aunque dije algo sin mala intención y con toda la inocencia, generé un dolor a todas luces innecesario.

Obviamente, con los años no me convertí en un cómico de la televisión. Ahora, sin embargo, tengo amigos que admiro, hombres y mujeres inteligentes, de otras generaciones, de quienes he aprendido sus chistes. Eso tampoco ayuda mucho, porque sus cuentos vienen de otro siglo y los valores cambian con las épocas. Apenas estoy aprendiendo a no decir tonterías por quererme hacer el chistoso. Por ejemplo, creo que a nadie en mis trabajos anteriores le

gustaba mi vieja respuesta a la pregunta de que cuánta gente trabaja en su empresa: "Por ahí la mitad", decía, recordando a un viejo amigo. Obvio que no era cierto. Hería cuando, hablando de alguien que no era, digamos, el más rápido, me decían que era muy bueno para tal cosa y mi respuesta, siguiendo otro referente, era: "Si es tan bueno, por qué lo disimula...". Me autocensuro cada que me doy cuenta porque he aprendido que el humor, sin conciencia ni respeto, destruye más de lo que construye. He sido dañino con mi humor, en la oficina y con mis amigos; y lo siento mucho.

Crecí en una casa donde mi papá era, en palabras de mi abuela, burletero, buen imitador y muy "triscón". Leí desde muy chiquito El Testamento del Paisa, como si fuera una fuente de infinita sabiduría. Y, aunque aclaro que hoy lo leo y me gustan mucho las coplas y algunos cuentos, los chistes machistas, los regionalistas, y otras cosas las veo como reliquias de un museo. Si alguien pusiera de nuevo, por ejemplo, uno de esos cassettes de chistes verdes que escuché en alguna tarde navideña de los años 80, me darían ganas de cambiar de plan. Hoy pienso que el humor con el que crecí, desde los "cuentos", hasta los chistes y las famosas "ocurrencias", la mayoría de esas cosas están mandadas a recoger. ¿Qué tal si evolucionamos el humor de nuestros ancestros? Ese que se burlaba de las mujeres, del diferente, del débil, del otro. Me siento incómodo con esa parte de mi cultura. A veces las viejas malas costumbres me ganan, cometo errores, y siento el mismo vacío en el estómago de ese día en la finca desconocida, en la que por ponerme de gracioso le agregué más tristeza a la tristeza, y me hice daño sin querer.

Sin embargo, confieso que cuando un buen amigo me describe como "enfermo de solemnidad", me pone a pensar. La vida moderna, en particular la de los colombianos, nunca ha necesitado más del humor. Necesitamos de la risa liberadora. Se hace difícil superar los acontecimientos más complicados de nuestra existencia sin un poco de buen humor. Ante la muerte, bien viene una buena historia cómica de nuestro ser querido. Ante la política incomprendible y que desilusiona, nada mejor que la caricatura. Ante la ira, sirve mucho un comentario que relaje sin herir. Freud, en su libro de El chiste y su relación con el inconsciente, narra algunas historias muy buenas, que ya no se deben contar. Un señor estaba muy preocupado por la salud de su mujer, luego de muchos años de vida en común. El médico la visita, la examina y le dice: "no me gusta cómo la veo...". El señor, liberando su estrés, responde: "¡A mí hace años no me gusta tampoco cómo la veo!". Este es otro que tampoco se debe usar ya por muchas razones, cuenta de alguien, dice que tal persona es vanidosa... y el otro responde que sí, ¡que ese es "uno de sus cuatro talones de Aquiles!" . "El que lo entendió lo entendió" como dice un amigo. Estos cuentos ya no aplican porque los valores cambian, los estándares también. ¿Habrá otros, igual de chistosos, para nuestros tiempos?

Sin duda, en cualquier caso, la corrección política y la afortunada modernización de nuestros valores, donde respetamos ahora como nunca a las mujeres, la diversidad, a la gente de otras regiones y a las personas con discapacidades, no nos pueden quitar la fisiológica risa que nos conecta con

los demás. El humor negro, tan fundamental para alivianar el dolor, es fundamental, pero es un territorio riesgoso, para expertos. Necesitamos el absurdo para soltar los amarres sociales y ser más creativos. Es clave sanar, gracias al buen humor. Sin las paradojas, dejamos de ser humanos. También son fundamentales, ahora más que nunca, el desafío al poder del humor político y la posibilidad de reírnos de nuestra humilde y falible humanidad. El humor es uno de los rasgos más peculiares y fascinantes de la especie humana y por eso lo hace aún más crucial. Por eso hacemos esta revista, para promover algunas reflexiones sobre qué y cómo nos hacemos reír.

Queremos hablar sobre la importancia de aprender a reír con la gente y no de la gente o contra ellos. Ojalá que aprendamos cada vez más a bromear inteligentemente, a jugar con las ideas, a usar los chistes para develar lo ignorado, al humor como fuente de alegría y no como una forma de violencia. Nuestra invitación, a familias y empresas, es a no tomarnos la vida tan en serio y, al mismo tiempo, a no dañar a los demás con nuestro humor. A usar el humor como liberador, a buscar su mejor expresión, a dejar atrás la idea de que uno tiene que romper el hielo con: “Estaban un paisa, un bogotano y un costeño...” ¿Será posible un humor colombiano, sin obscenidad facilista, sin cinismo, sin agresión y sin humillaciones? ¿Será posible hacer humor con amor, elevando nuestra conciencia sobre el impacto de las palabras que pronunciamos? ¡Que comience la conversación!

Nov 2019

Oda al esfuerzo

En julio de 1993 comenzaba mi segundo semestre de ingeniería. El primero había sido estelar. Matrícula de honor con casi todas las materias en 5.0, en medio de una vida social intensa y en realidad muy poco esfuerzo. Ser un buen estudiante de un buen colegio me libró de sufrir con las primeras materias de matemáticas y física. Eso me relajó, en exceso. Salíamos mucho, y tomábamos más.

Me hice amigo de los más ruidosos y fiesteros. En cálculo integral decidí sentarme atrás, en la última fila, para poder hablar con ellos y para, cuando me aburría, poder sacar un libro de poesía o una novela sin que el profesor se diera cuenta. Me gané todos los regaños que nunca había tenido. Por hablar, por comer en clase, por llegar tarde.

Un día el profesor, que tenía una discapacidad leve que le hacía cojear un poco cuando se movía por el salón, estaba escribiendo en el tablero, perdió el equilibrio y cayó estrepitosamente. Estaba leyendo, pero cuando sentí el ruido, alcé la cabeza y lo vi en el suelo. El sudor de su mano había dejado una huella vertical en el tablero verde, en un infructuoso esfuerzo por evitar la caída. Alguien de adelante se rio un poco, nadie fue capaz de ayudarlo. “Los de atrás”

estallamos en una carcajada. El profesor, apenado, seguramente lastimado y furioso, nos echó de clase por irrespetuosos. El día del primer parcial, a los pocos días, entre mi falta de atención y una dificultad inusitada, luché con cada pregunta. “No estuvo fácil, pero lo hice bien”, pensé al salir. El resultado fue contundente: 1.2. Primer examen perdido en la universidad, quizá en la vida.

Al llegar a casa, mi mamá me preguntó cómo me había ido. Respondí pálido de pena e ira, pero ella no prestó atención a mis acusaciones de que el profesor nos había tendido una trampa, en venganza a nuestra burla. “Para el próximo vas a tener que estudiar más”, dijo sin aspavientos.

La siguiente semana volví al salón, me senté con mis amigos, y evidencié al ver el tablero que se me había agotado mi “reserva” del bachillerato. El profesor hablaba en una lengua desconocida. “Tocó poner atención”, pensé. Me moví para la primera fila y comencé a tomar nota. Le bajé a la rumba y para el segundo parcial estudié con juicio y dedicación, con algunos de los damnificados de la prueba anterior. Resultado: 3.6. Nada increíble, pero esperanzador.

Para no alargar la historia, ese examen de cálculo perdido y la frase de mi mamá me obligaron a cambiar mis hábitos de estudio. Nada de rumba los días antes del examen, estudiar mucho para no llegar con lagunas, en grupo para poder hacernos preguntas. Al final logré ganar la materia “raspado” como lo definió mi propia madre.

Mi vida ha estado plagada de dificultades. Problemas tuve con otras materias en los estudios. Pero esas dificultades han mutado, el “examen” es cotidiano y, trabajo, brega, como diría mi abuela, me dan muchas cosas: el malgenio que la meditación apacigua, pero a veces me puede; el afán por hacer todo bien, pronto.

Me expreso el cerebro aprendiendo francés y luego veo cómo algunas cosas se borran cuando paso unos días sin practicar. En fin, creo que, como todos los seres humanos, vivo en medio de dificultades y las agradezco, me inspiran. En mi oficina tengo una calcomanía, regalo de una agencia de publicidad que dice: “Los problemas nos inspiran”. Me sirve como referente cuando hay un asunto que amerita ir al tablero a pensar, a rayar ideas con mi equipo, digo: “toma el marcador que está al lado del letrero de ‘los problemas nos inspiran’”. La gente sonríe y enfrentamos el problema, la dificultad, juntos, con más energía.

En Comfama decidimos hacer esta revista porque el trabajo, el esfuerzo y no amedrentarnos ante las dificultades parece ser un sello de la cultura de nuestra región. Tanto que el ensayo de Estanislao Zuleta que acompaña esta edición es, para algunos, un emblema del modo de ser antioqueño. Sin embargo, como la cultura del dinero fácil nos tomó por asalto hace apenas pocas décadas y justo estamos reconstruyéndonos, quisimos contribuir a la conversación de empresas y familias de Antioquia con un cariñoso recordatorio de que las cosas

más valiosas de nuestra vida están tras un obstáculo, que no se trata de sufrir, pero sí de esforzarnos para lograr, para ser mejores.

Cuando vemos que algunos, al enfrentarse a las cruciales dificultades, se rinden sin esforzarse al máximo, recordamos que “el mundo nos está probando constantemente”, como dice Ryan Holiday en su libro El obstáculo es el camino. Nunca han sido tan ciertas estas palabras ni tan importante estar a la altura del desafío. Por eso, proponemos una conversación que nos permita celebrar la dificultad, abrazarla, usarla como alimento, como el viento para el velero; como dice la vieja historia Zen, para hacer que “el obstáculo en el camino se vuelva el camino”. Así, una derrota nunca será definitiva y siempre podremos decir: “para el próximo estudias más”. Comprenderemos que la dificultad no es solamente un obstáculo, y que muchas veces puede convertirse en una plataforma de lanzamiento hacia mundos desconocidos y aventuras maravillosas.

Dic 2019

Espiritualidad y religión

Dos recuerdos surgen en mi mente y en mi cuerpo cuando pienso en estas dos palabras. El primero, personal, íntimo podría decirse, es el sentimiento de estar flotando a unos centímetros del suelo en el ala central de la Catedral Metropolitana, bañado por la frescura que produce entrar a ese antiguo edificio de ladrillo. Mis sentidos aletargados, mi mente libre, mi alma limpia. Solo la mano de mi abuela, que reza, me retiene cerca del suelo. Paz, separación de lo irrelevante, de ese examen del colegio o del regaño de mi padre; conexión con lo que importa: el silencio, el todo. La misa se acaba de pronto y “atterizo” con ayuda de Lety y de mis tenis de domingo. No podría responder ni una pregunta sobre el sermón, pero supe de inmediato que el deseo de volver a vivir esto me haría decir, la próxima vez: “Abuela, ¿me llevas a misa?”.

El segundo es más familiar, incluso social, grabado como con buril, como ocurre con los recuerdos de los días más tristes. “Y brille para él la luz perpetua...” — rezaba mi madre, arrodillada en medio del cementerio Jardines Montesacro. — Comenzamos ese día solos, solísimos, abatidos. Luego, recuerdo que, en medio de una tarde soleada, con la presencia de cientos en la iglesia y las oraciones compartidas, me sacudió una frase del sacerdote, que repito cada vez que la muerte se me acerca de nuevo: “La vida es indestructible”. Aún en medio de la tristeza, y descreyendo de ese Dios que era injusto por quitarnos antes de tiempo a mi papá, me sentí acompañado, confortado, recibí el abrazo de la comunidad de la fe de mis abuelos.

En mi vida, la espiritualidad y la religión han sido como caminos que se cruzan, a veces se separan, luego se encuentran. He comprendido con los años que no son la misma cosa, pero ambas tienen un profundo sentido personal y colectivo. También he aprendido que cada persona es libre de buscar, primero,

su espiritualidad, su camino hacia el silencio, hacia sí misma, con medios laicos, religiosos o sincréticos. Segundo, que la religión tiene un valor individual y colectivo inmenso para muchos, pero que no importa tanto qué religión se profese o incluso si se escoge no tenerla, mientras seamos buenas personas y excelentes ciudadanos.

A lo largo de los años tuve experiencias espirituales como la de la catedral en lugares y compañías completamente diferentes. La sensación de estar desnudo bajo el sol, junto a la quebrada, en medio del bosque tropical seco de Altair, la tierra de mi abuela en las montañas de la cordillera Central. La duermevela, en una hamaca junto al mar Caribe, sin leer, abrazando un libro. El éxtasis, doble, de hacer el amor y luego sentir las dos conexiones profundas, con el cielo y con ella. En Kioto (Japón), al otro lado del mundo, me sentí de nuevo en un templo, porque todo a nuestro alrededor lo era: los templos mismos, las calles, los jardines. Allí sentí que era sintoísta, taoísta, confuciano, budista, cristiano, musulmán e incluso ateo místico. Hoy en día, cuando me siento alejado de mí mismo, me busco en la más simple meditación. Pero si la situación lo requiere, voy a un “templo”, a uno de mis dos favoritos. El paisaje natural, geológicamente antiguo y amplio, del suroeste antioqueño al amanecer, o, si puedo, me paro frente a una catedral y respiro un segundo, cierro los ojos, miro la torre e, invariablemente, siento de nuevo en mi mano la mano de mi abuela y su voz que me dice: “¡Vamos, chenche!”.

Por otro lado, esa religión que nos consoló cuando murió mi padre, que valoro en su contexto cultural y social, dejó de ser la única aceptada, en buena hora. Mi colegio, aunque no fuera manejado por religiosos, promovía las prácticas católicas, que eran centrales en nuestra vida personal y comunitaria. Se rezaba el rosario en mayo, la misa era obligatoria, se hacían la primera comunión y la confirmación. Aunque, como todo niño, a veces les tenía pereza; con cierta perspectiva, comprendo que los rituales crean comunidad, dan sensación de pertenencia, nos recuerdan que hay una red de apoyo, un espacio para desahogarnos, para la reflexión. Incluso la confesión, que tanto miedo me dio en la adolescencia, fue un bálsamo en mi infancia. Con un sacerdote amable pude compartir y comprender muchas cuitas y dudas de mi más temprana edad.

Afortunadamente, en ese mismo colegio enseñó Iván, el profesor hereje, el maestro que decidió contarnos la historia de todas las religiones y compararlas desde la geografía, la sociología, la mitología y el arte. En décimo, gracias a él, y a míster William Files, el profesor de literatura inglesa, descubrí que había muchos dioses, infinitos, amorosos, terribles, reflexivos, humanos, variopintos como el universo. Files, al preguntarle por el tema, dijo: “I’m a pantheist! god is everywhere, even inside these adolescent beings” (soy panteísta, dios está en todos lados, incluso dentro de estos seres adolescentes), y rio a carcajadas.

En ese colegio me educaron para abrazar las maravillas de cada religión, me enseñaron que católico quería decir “universal” y que eso mismo era arrogante e irrespetuoso con los que creen en cosas diferentes, o en nada. Gracias a ese colegio, entre mis grandes amigos de hoy hay ateos, budistas, musulmanes,

cristianos diversos e indígenas colombianos con sus mitologías, sus cuentos, su literaria y magnífica mirada del universo y de la naturaleza.

Por todo esto, y porque creemos que en Colombia nos haría bien más espiritualidad y, al mismo tiempo, una actitud valoradora, amplia e incluyente frente a las religiones, es por lo que Comfama emprende el proyecto de esta revista. Espiritualidad, según su etimología, es esencia, soplo de vida. Religión quiere decir re ligare, “buscar una conexión”. ¡Más vida y más conexión! ¿No serán ambas fundamentales en este momento de la historia humana? Soñamos con que esta sencilla revista genere curiosidad, conversaciones en empresas, en familias o en los espacios públicos. ¿Qué es espiritualidad?, ¿qué es religión?, ¿es tan buena la religiosidad llevada al extremo?, ¿cómo tener una vida espiritual sin necesidad de religión?, ¿podemos creer en lo que queramos y, además, abrazar todas las otras religiones? ¿Qué hay en ese rincón de silencio en nuestro pecho?

Ene 2020

Un largo viaje

«Los defectos naturales se combaten con las virtudes adquiridas». Marquesa de Montpensier

Esa noche, en una cabaña de madera, alejada de todo, unos temibles hombres lobo devoraban a la gente en medio de aullidos, gruñidos de placer salvaje y sangre por todos lados. ¡Venían por mí! La escena era insoportable, mucho más para un niño. Grité con todas mis fuerzas... y mis papás vinieron a auxiliarme, a sacarme de esa pesadilla que mezclaba una película de terror, vista sin permiso esa tarde, con el monte cercano a la finca de mi abuela.

Despierto ya, con ayuda de mi papá que me abrazaba, esas imágenes se negaban a apartarse de mis ojos. Recuerdo que tomó una revista de cómics, que entonces apenas comenzaba a hojear, y me la puso en las manos. «Toma, las imágenes y las palabras de estas aventuras ocuparán el espacio de la pesadilla». Así fue como la lectura, en la que me inicié leyendo cómics, me salvó de la peor pesadilla de mi niñez. Pronto pedí más, y llegaron Defoe, Stevenson, y luego muchos otros. Aún hoy, como dijo Borges, siento la lectura como «una de las formas de la felicidad». Ese momento que me introdujo a los libros fue reforzado con una biblioteca en casa y un papá que se sentaba a leer al llegar del trabajo. Los hábitos se construyen con ayuda y desde el ejemplo. A mi papá, Juan Gabriel, le debo mi afición por la lectura.

Menos lejano, otro recuerdo me hace sonreír mientras escribo. En mi primera visita a la casa extranjera de mi enamorada, una tarde fría, sin mucho que

hacer, me dice: «¡Voy a hacer ejercicio!». Observo con atención a esa mujer que, intuyo, adoraré con el alma. Estoy muy enamorado, pero ¿hacer ejercicio?, ¡eso es de otro nivel!

Me cuenta que ella usa unos videos de internet. «Es práctico, me gusta bailar, me divierto y hago ejercicio. ¡Busca algo que te guste!» El nerd que hay en mí busca en internet «Best exercise apps» (mejores aplicaciones para hacer ejercicio). Hago clic, una, dos, tres veces. Encuentro una que me gusta. Propone un plan de 12 semanas, con una encuesta y una prueba como línea de base. Anuncia inteligencia artificial y personalización, así que me suscribo, hago la prueba y termino rendido con esos primeros 15 minutos que me evalúan como: «sedentario». Sigo de una vez con la primera rutina y algo se activa dentro de mí, me gusta esa energía.

Llevo tres años feliz haciendo ejercicio cuatro veces a la semana, progresando poco a poco, sobre una colchoneta o una toalla, en casa, en un hotel, donde esté. Los hábitos se construyen cuando vivimos momentos emocionales de cambio. A mi amada le debo el empujón que me llevó a la disciplina del ejercicio.

Pero no todo es color de rosa. Este mes leí el libro: Why we sleep?, (¿Por qué dormimos?), de Matthew Walker. Supe algo que ya intuía, pero no quería reconocer, y es que duermo menos de lo que debería. Están el trabajo, los compromisos, el tiempo para leer y mil disculpas más, pero en los últimos tres años apenas he logrado pasar de unas cinco horas a un poco más de seis, algo inadmisible desde cualquier estándar médico y psicológico. Por más que trato, no lo logro, siempre tengo algo en el celular, una comida, un libro. Miento, además diciendo que «con seis horas tengo». Este científico, que lleva 30 años estudiando el tema, afirma que debemos dormir entre siete y nueve horas. Mi meta de este año es llegar a ocho, en promedio, con regularidad. ¿Seré capaz o me voy a seguir perdiendo mis sueños?

En Comfama hemos reflexionado, leído y, por supuesto, conversado sobre el desarrollo humano y el bienestar. Estas reflexiones nos llevan siempre a la idea de que no hay avance si no hay acciones, individuales y colectivas, que se conviertan en hábitos; es decir, que se repitan continuamente. Como hemos compartido en este espacio, no existe la felicidad por encargo, empacada para llevar. La construimos cada día con lo que hacemos o dejamos de hacer.

Ni el Estado ni la organización donde trabajamos, ningún tercero, ni siquiera una maravillosa Caja de Compensación como esta pueden ayudarnos si no nos queremos ayudar nosotros mismos. Lo dijo Aristóteles en Ética nicomáquea: «Somos lo que hacemos repetidamente. La excelencia, entonces, no es un acto, es un hábito». Si alguien nos da libros, ¿los puede leer por nosotros? ¿Si nos dan una beca?, ¿estudiarán en nuestro lugar? ¿Existe cantaleta que nos obligue a hacer ejercicio o dejar el alcohol? Hay cosas que nadie puede hacer en nuestro lugar.

Hicimos esta revista para motivar, primero, la reflexión sobre nuestros hábitos, con actitud de cambio y no de víctimas. ¿Cómo dormimos, comemos, consumimos o nos movemos?, ¿estudiamos o no?, ¿qué sustancias dañinas ponemos en nuestro cuerpo?, ¿cuidamos nuestra alma, nuestra mente, nuestras relaciones y nuestro planeta?, ¿qué hábitos queremos cambiar de nuestra vida?, ¿qué podemos hacer para lograr esta transformación?

También queremos introducir algo de ciencias, neurociencia y sicología, en esta discusión, para comprender que los seres humanos necesitamos ayuda para cambiar y lograr transformaciones, y esta bien puede venir de nuestro contexto social: de la empresa, la familia, los amigos y los aliados que escogemos.

La vida es una larga travesía, en cada jornada creamos la mejor persona que queremos y podemos ser. ¿Y qué es lo más importante para un viaje? La compañía. Así que miremos nuestro barrio, nuestra familia, amigos y empresa y, al observar a la gente tendremos muy buenas pistas de cómo será nuestro futuro. Si escogemos bien, ellos nos ayudan, nos empujan, nos acompañan, nos inspiran, nos enseñan a ser mejores. Por eso, los invitamos a pensar muy bien esas compañías, clave para los nuevos hábitos. ¿Queremos a nuestro alrededor gente que nos enriquezca, nos fortalezca, nos haga mejores o preferimos lo contrario? Dan Buettner, autor de Las Zonas Azules, lo explica muy bien con esta frase, aludiendo a que nuestras relaciones humanas definen mucho de nuestra vida: «Muéstrame a tus amigos y te diré cómo será tu futuro».

Feb 2020

Ejercer el derecho a la belleza

“La poesía, la necesidad de imaginar, de crear es tan fundamental como lo es respirar. Respirar es vivir y no evadir la vida”
Eugène Ionesco

Mi papá trabajaba en un banco. Atendía clientes corporativos, viajaba un poco y tenía una bonita oficina en el Parque de Berrío. Sus problemas, tal vez, eran casi todos comerciales o financieros. Las metas, la presión, los clientes, la Medellín de los 80. Sin embargo, hoy lo recuerdo como un papá-poeta, como un papá-naturalista, un venerador de la vida. Puedo verlo caminando hacia el carro donde lo esperábamos después del trabajo, al lado de la «Gorda de Botero». Su figura flacuchenta y sonriente con un paraguas inmenso, a la hora exacta. En esa época las citas había que cumplirlas porque no se podía mandar un WhatsApp para decir que uno iba tarde. Al llegar a casa se sentaba en el sofá, bajo la luz parda de nuestra lámpara con pantalla de pergamino. A veces escribía textos que nunca pude recuperar pero que alguna noche en un

abrazo que le di de sorpresa identifiqué de reojo como una mezcla de poemas truncos con cuentas de la finca. Muchas veces leía, y cuando estaba de buen humor, lo hacía en voz alta.

«¿Quieres que te lea el poema que más le gustaba a tu mamá cuando éramos novios? —y comenzaba—: Esta rosa fue testigo /de ese, que si amor no fue, / ningún otro amor sería...». De Greiff le encantaba, me contaba que era ingeniero y poeta, que participó en la construcción del ferrocarril de Amagá y de ahí los poemas del Suroeste. «Oh Bolombolo...» leía sonriendo.

Los sábados nos «empacaba» para la finca de mi abuela, Altair, el mismo nombre de la estrella. «Ir alto», decía mientras combinaba con Séneca: «Piensa en grande y lograrás en grande, piensa en pequeño...». Tomábamos los caballitos criollos para recorrer la tierra de Papá Roberto, donde tumbó monte para hacer potreros y sembrar piña, como sus ancestros devastadores, pero dejó la tercera parte en bosque primitivo. Un lugar lleno de aguas, animales, plantas inauditas, caminos de selva, las aves más brillantes y coloridas. Un día, en medio de la cabalgata, apenas llegando al límite del monte, se detuvo de golpe y nos alertó. «¡Miren!», susurra desde su caballo, y señala un pequeño zorro plateado y marrón que mordisquea una piña. Nos quedamos contemplando por un instante infinito los ojos, el hocico, el lomo perfecto, el sol en su piel, antes de que se deslizara silencioso, como un espíritu, hacia el interior del bosque. «Nunca maten un animal, disfrútenlo y celébrenlo. Dejamos el monte para las aves, los zorros, los armadillos, los osos hormigueros, los micos, las iguanas, las culebras... ¡la vida!».

Solo lo alcancé a conocer hasta donde un adolescente conoce a su padre. Como esa mezcla de héroe mitológico con villano de película detrás del velo de los ojos del niño. Sé, sin embargo, y abrazo esa herencia, que su vida no fue aburrida. Bailaba, se iba de fiesta, conversaba apasionado, disfrutaba de la naturaleza, sus ojos le brillaban con la poesía y amaba a mi mamá con un amor de otros tiempos. Ese es su gran legado: el amor, el idealismo, y las poesías que nos rodean: la de la naturaleza, la más obvia de los libros y la sutil pero abarcadora, de la existencia humana.

Cuentan que Einstein dijo que «hay dos formas de ver la vida, una es creer que no existen milagros, y la otra es creer que todo es un milagro». Más allá de la autenticidad de la cita, es una idea poderosa que hemos decidido compartir con ustedes en esta edición de la Revista Comfama. Lo hermoso, lo maravilloso, lo inverosímil, lo excepcional, nos acompañan en los asuntos y lugares más comunes y cotidianos. No es necesario ir muy lejos para encontrarlo. Está por ahí, rondándonos, o al dar la vuelta a aquella esquina. Además, como si fuera poco, somos, en el sentido vital y natural, milagrosos.

Los humanos, como naturaleza que somos, encarnamos la belleza y el misterio en cada uno de nuestros actos. Hasta en los lugares más sórdidos y en los momentos más terribles, brota por allá desde un rincón impensado, se revela el milagro de la vida y la posibilidad. Siempre habrá una sonrisa, un gesto de amabilidad, un acto heroico, una flor sorpresiva, una nube que se mueve e

insinúa la forma de un león, un árbol lleno de colores, una ardilla que corre por la calle, un abrazo del amigo, una mirada cariñosa de alguien con quien trabajamos, una persona que supera sus límites, un texto que nos commueve, una pintura que nos eleva. Siempre habrá, en lo cotidiano, motivos para celebrar la vida y la belleza.

Invitamos, además, no solo a ver y celebrar esta maravilla, sino a crearla. Empresas y familias, cualquier persona, todos tenemos la opción de ver la belleza como un regalo, como parte de nuestra posibilidad creadora y como un derecho humano. ¿Hacemos las empresas solo publicidad o buscamos asombrar y educar con nuestros mensajes? ¿Damos trabajo o inspiramos propósitos? ¿Y nosotros, saludamos cada noche con un «holá» frío o llevamos al hogar las historias del día, como los campesinos de antes? Esa es la propuesta, crear y resaltar lo bello, regalarlo a dos manos, abandonar el piloto automático y no perdernos ninguna de las maravillas que nos esperan a cada paso, cada minuto. Recordando a Marie Curie, nuestra ilusión es que nos paremos frente al mundo «como niños que se impresionan con un cuento de hadas».

Mar 2020

Reimaginar: un regalo para el futuro que se construye en el presente

Este mes la revista Comfama es diferente. No llegará hasta sus casas impresa; pero, seguirá siendo compañera. No podrá tocarse; pero, sí compartirse. Desde la virtualidad nos conectará con conversaciones y con preguntas. Con reflexiones que comenzarán en nuestra página web, correos electrónicos y redes sociales, y que queremos que lleguen hasta sus casas, hasta sus mesas, hasta sus familias.

Conversemos sobre el cuidado, la compasión, la solidaridad y las escalas de valores que nos unen como humanos. Dialoguemos en familia, con amigos y compañeros de trabajo sobre la esperanza y el regalo que hoy nos da la vida: la posibilidad, única, de reimaginar nuestro futuro. De reinventarlo desde el presente.

Además de invitarlos a ver nuestra entrevista editorial, como hemos decidido llamarla, también compartimos con ustedes algunas reflexiones de esta conversación entre David Escobar Arango, director de Comfama, Claudia Restrepo Montoya, responsable de capacidades y Perla Toro, responsable de comunicaciones.

Primero, el cuidado

Perla:

«Durante estos días, tal vez, nos ha quedado una reflexión enorme y es la importancia del autocuidado, también la de cuidar a las personas que están cerca de nosotros desde diferentes escenarios, desde la solidaridad y desde los “círculos” que nos rodean.

¿Cuál es el papel del cuidado en esa escala de valores que estamos proponiendo para esta editorial de la revista?».

David:

«Cuando comenzó la crisis generada por la COVID-19, una de las primeras preguntas que nos hicimos en Comfama fue cómo nuestro propósito superior – el de consolidar, expandir y cualificar la clase media– podía acompañar y se iba a expresar en un momento tan especial de la historia del planeta, de nuestro país y de la región.

Una de las primeras intuiciones que tuvimos fue que la palabra cuidado era esencial para poder seguir alineados y continuar caminando esa ruta infinita del propósito. Teníamos que cuidar a esa clase media y a las organizaciones empleadoras socialmente conscientes. Lo primero que se nos ocurrió, entonces, fue comenzar a ejercer el cuidado en nuestro primer círculo de influencia: nuestra gente, quienes trabajan para y con Comfama. Entre ellos hay un grupo muy especial de quienes hoy en día se habla como héroes, yo diría que, además de héroes, son un símbolo de la resiliencia de la humanidad en un tiempo como este. Me refiero a las personas que trabajan en el sector salud.

Así empezamos un ejercicio al que me refería y refiero como unos círculos concéntricos, donde en el centro están las personas que trabajan con nosotros y, a renglón seguido, están las personas afiliadas, las organizaciones que nos sirven como proveedoras o aliadas, las empresas y empleadores afiliados y, por supuesto, la responsabilidad que Comfama tiene con la comunidad y con la sociedad en general.

Esos fueron entonces nuestros círculos de cuidado, a los que pusimos al lado de lo que yo llamo de una manera muy simple una escala de valores. Ante un problema tan delicado como este, un desafío como el que tenemos al frente, lo primero que debemos tener claro es ¿qué es lo más importante? Para nosotros: la vida, la vida humana, la salud y después, por supuesto, lo socioeconómico y lo empresarial. Todo es importante, todo forma parte de un sistema, pero fue clave acordar que, al encontrarnos con algún dilema, siempre elegiríamos la vida y la salud.

Así fue como nos movimos estos días, en nuestras gestiones, en nuestras tareas, en nuestros mensajes».

Claudia:

«Una de las conversaciones que hemos tenido como equipo, alrededor de estos círculos de cuidado, es que están atravesados por una cadena de valor, un ecosistema cercano, “lo próximo”. Y es que, si nosotros somos capaces de cuidar lo que tenemos cerca, nuestros grupos familiares, las personas que nos rodean, vamos generando un halo creciente de solidaridad y de compasión.

Si entendemos la compasión no como la piedad de ayudar y de donar, que es muy importante y valioso en estos días, pero más bien se trata de evitar el sufrimiento de quienes nos rodean y ser empático, con ese estado de vulnerabilidad en el que podemos, en algún momento, estar todos. Tú me decías en estos días algo que me pareció precioso: “**La brújula moral, aquello que está en el corazón de nosotros y rige nuestras actuaciones**”. Eso es vital porque cuando hay dilemas como estos frente a una crisis, frente a momentos donde hay que tomar decisiones, finalmente lo que sale de nosotros es lo que nos rige, y en ese sistema de valores hemos encontrado que el próximo no solo se trata de nuestro hijo, hermano o mamá, sino que es una cadena que se extiende de tal manera que toda la sociedad termina “aproximándose” en una situación como estas. Aproximándonos con amor, cuidado y compasión. Eso es lo que uno espera, que estos retos saquen lo mejor de cada uno de nosotros, que saquen a la luz a nuestros ángeles.

En uno de nuestros diálogos yo te escribía que Sartre había dicho que “lo peor de las epidemias no era la muerte de los cuerpos, sino la desnudez de las almas”. Por eso creo que esta es una gran oportunidad para que al desnudarse, nuestras almas nos convoquen a ser próximos, a ser compasivos con quienes nos rodean para poder generar una red solidaria de acompañamiento y cuidado entre todos».

David:

«A mí me gusta mucho la etimología de la palabra compasión, en estos días la recordábamos y es “ser capaz de sentir la pena, el dolor y digamos, incluso, con ternura, lo que el otro está sintiendo”. Solo cuando somos capaces de ponernos en los zapatos del otro podemos actuar en consecuencia. Yo creo que eso también es lo que hemos dicho: la compasión como guía de las acciones de los líderes políticos y empresariales. Pero todos podemos ser líderes. Los indígenas del Amazonas dicen “desde nuestro banquito”, esto también aplica para los líderes del hogar o los líderes de la propia vida.

Y la expresión que tú señalas de la brújula moral va a ser muy importante porque estamos en una época donde es normal tener miedo, no es pecado, no es problema, no es inhumano, es lo más humano que hay. Y como conversábamos esta semana, que se nos juntaron todos los miedos o muchos de los miedos más grandes que puede tener un ser humano, el miedo a perder a las personas que amamos, por ejemplo, el miedo a morirnos o el miedo a no

tener suficiente dinero para responder por nuestras responsabilidades y por el sostenimiento nuestro y de nuestros familiares.

En este momento de miedo sí que necesitamos brújula, porque es muy fácil perderse con las cosas que nos dicen, con los gritos que profieren algunos o con las preocupaciones de otros. Yo creo, que ese sería el primer tema en esta revista, esa ética de la compasión, esa ética del cuidado, esa ventana que se nos abre y que nos permite reflexionar sobre lo humano. David Brooks decía, en el periódico norteamericano The New York Times, que en las pandemias la gente tiende a volverse dura, más cruel, más xenófoba o discriminatoria, porque el mundo empieza a dividirse entre los que se han enfermado y los que no se han enfermado, los inmunes y los no inmunes. Por ejemplo, hemos visto cómo en algunos países, incluso en Medellín, hubo un caso en el que personas que parecían ser del continente asiático comenzaron a ser discriminadas. También han sido discriminadas personas que trabajan en el sector salud porque han estado más expuestas.

Si uno no tiene clara esa brújula moral y esa escala de valores, va a ser muy difícil entender que esa no es la manera como debemos responder, sino lo peor que podemos hacer. En la pandemia tenemos la oportunidad de sacar lo mejor que tenemos adentro».

Claudia:

«Además, hay una cosa muy bonita sobre la suma de los miedos de la que hablabas. Una de las cosas que uno aprende, si trabaja sus emociones, es que el miedo cuando se transmuta en algo bueno se convierte en cuidado y en protección. Es decir, si nosotros somos capaces de transmutar el miedo, no en lo negativo, que es lo que nos hace huir o atacar y nos damos la oportunidad de transmutarlo en cuidado y en ser más cautos, eso hace que empecemos a actuar. No se trata de evitar la emoción, porque la emoción es natural en todos nosotros, sino de aprovechar lo mejor que esa emoción nos puede ofrecer, en este caso, cuidado y atención para los que nos rodean y para nosotros mismos».

Segundo, el futuro reimaginado

David:

«Creo que también podemos empezar a hablar un poquito de preguntas, porque más que respuestas tenemos preguntas sobre cómo va a quedar el mundo o sobre cómo lo vamos a reinventar. Yo siempre me acuerdo de esa frase que aprendimos con Aldo Cívico y qué nos recordaba que “las emociones son información”, y que los seres humanos tenemos emociones porque fueron importantes y son importantes en nuestro proceso evolutivo y de vida. Entonces, lo que debemos hacer, en vez de reaccionar, es escuchar ese mensaje, y el mensaje del miedo es “cuídese”. Me parece un buen círculo: si siente miedo, cuídese y cuide a los demás.

Perla:

«Cuando llevamos este tema desde lo que hemos hecho en Comfama hasta una reflexión más filosófica, dentro del tema del cuidado y la compasión, hay una palabra que se repite y que sigue estando en el centro y es la vida.

En este momento cada que leemos las redes sociales encontramos muchas preguntas y unas reflexiones muy bellas alrededor del día en el que nos dimos cuenta de lo que en realidad era importante. Entonces empezamos a preguntarnos por las personas, por lo colectivo y a poner la vida en el centro, nos preguntamos también por la naturaleza y empiezan a existir reflexiones que se vuelven importantes cuando hablamos de construir el futuro, de reimaginarnos gracias a la gran oportunidad que nos está dando este momento.

¿Qué tal si nos preguntamos acerca de qué es lo importante ahora? y, adicional a eso, ¿cómo van a cambiar las cosas?, ¿cómo evaluamos nosotros lo que estamos aprendiendo hoy?, ¿cómo imaginamos que podemos tomar ese capital para construir un mundo diferente?».

Claudia:

«Siempre he pensado algo, filosóficamente hablando, y es que el futuro se construye en el presente. Y siento que, en la medida en la que hoy seamos capaces de responder transmutando nuestras emociones de miedo en cuidado, que seamos capaces de empezar a reinventarnos en nuestro día a día, porque nuestros comportamientos empiezan a variar, muchos de nosotros estaremos resignificando un montón de tareas que usualmente no hacemos. Entonces creo que para poder imaginarnos un futuro distinto y empezar a construirlo, una de las primeras tareas es ver cómo lo construimos desde nuestra presencia, nuestro presente, de cómo vivimos esta realidad hoy, porque en últimas, lo que viene no es algo que se construye solo, es algo que se construye desde el actuar, desde una conciencia del presente muy marcada, en la medida en que no huyamos a esta realidad que nos permite resignificarnos hoy... ¿cuántos de nosotros estamos llamando más a nuestros papás en estos tiempos?, ¿cuántos, ante el extrañar al otro, estamos conversando con amigos con los que no conversábamos antes? Esto nos ha puesto un sentido de urgencia, de que hay un momento en el que uno no puede volver, no es tan fácil volver a encontrarse con otro. Si somos capaces de que eso, en plena conciencia, nos genere unos cimientos profundos, nos va a permitir proyectarnos y reinventarnos mucho más».

David:

«Lo que nosotros, básicamente, estamos diciendo es: hoy en día es normal sentir incertidumbre porque estamos en un momento de cambio tan rápido y tenemos tantas preguntas, algunas tan profundas como ¿cómo será nuestra relación con la naturaleza?, ¿cómo se transformarán nuestras relaciones

sociales y familiares?, o ¿cómo se transformará el mundo del trabajo? También es normal, por ejemplo, en un momento de aislamiento, donde todo el mundo lo vive distinto, hay quienes lo viven solos, hay otros que viven en unas condiciones socioeconómicas bastante extremas, mientras otros lo viven con algo más de comodidad. Sin embargo, todos compartimos el silencio, todos compartimos cierta dosis de soledad, de eso surgirá una pregunta de ¿cómo será nuestra vida espiritual en una sociedad occidental como la colombiana después de esto? Y en la vida que nosotros tenemos como organización también nos estamos preguntando cómo será el viaje, cómo será el ocio o será la educación, nos preguntamos cómo será el hábitat, incluso, porque si las casas tienen que estar preparadas para pandemias y para aislamientos, pues tenemos que pensar, incluso, que su diseño es diferente.

Hay muchas preguntas, una muy importante que apenas empieza a surgir es, por ejemplo, ¿cómo van a ser nuestras relaciones o nuestro sistema socioeconómico y político?, ¿cuál es el rol del Estado? Ahora los Estados están viéndose ante un desafío inmenso de controlar un problema de salud pública que no veían desde la gripe española, a principios del siglo xx, y eso solo fue en Europa, pero tuvieron que transformarse.

Leía ayer, por ejemplo, que los sistemas de salud europeos, de los que somos todos un poco herederos en nuestros países, se diseñaron y se construyeron después de esa durísima experiencia en donde murieron, entiendo yo, más de 50 millones de personas. Entonces, nosotros lo que decimos es, no nos asustemos ante la incertidumbre, que es normal sentirla, pero la única actitud que podemos proponer en Comfama la aprendimos el año pasado cuando celebramos nuestros 65 años, la llamamos posibilismo, la aprendimos del profesor Steven Pinker. Donde decíamos que el pesimismo tiene algo de irracional porque no nos ayuda a entender que los seres humanos y la sociedades tenemos agencia, tenemos margen de acción sobre nuestra propia existencia, no la manejamos al ciento por ciento; pero claramente algo podemos hacer.

El pesimismo desconoce que organizaciones y personas enfocadas, coordinadas y cooperando solidariamente, han podido resolver problemas impresionantemente grandes y desafiantes en el pasado, ¿por qué no hoy? Entonces nos ponemos en ese punto medio que es el posibilismo.

Nosotros sí creemos que vale la pena hacerse preguntas alrededor de la imaginación y la reinención. Obviamente, para uno poder reinventar, primero debe imaginar. Y esa es la invitación que estamos haciendo en esta edición, a partir de preguntas... y es que, a partir de historias humanas, trabajemos y conversemos sobre ese futuro.

A nivel social y político esta es una gran oportunidad para hacernos la pregunta de cómo tienen que ser estas democracias o cómo tiene que ser el sistema de salud, de cómo tiene que ser la movilidad en las ciudades. Cada uno tendrá las suyas, las que le apasionan más o las que le duelen más, pero de esas preguntas queremos que empiecen a surgir conversaciones. No para generar

más ansiedad sobre el futuro, sino porque nosotros hemos encontrado que su visualización, con un nivel de estructura y a partir de conversaciones y de lecturas, permite que uno mismo vaya creándolo. Yo soy fan de Abraham Lincoln que siempre dijo: “El futuro lo creamos nosotros”, y creo que ese es el mensaje que queremos dar. Por supuesto, desde el presente.

A nivel organizacional en Comfama, alguien dijo en una reunión “no, después cuando salgamos de la crisis hablamos del futuro”» y la respuesta de muchos de nosotros fue “no, es que del futuro estamos hablando todos los días”. Cada que tomamos una decisión ética, como organización, por ejemplo: no despedir a nadie o ayudarle a nuestros proveedores, o cuidar con elementos de protección y suplementos vitamínicos, con llamadas y con mucho amor a quienes trabajan en salud, ya estamos creando ese futuro. Cuando decidimos, entonces, relacionarnos con la naturaleza de otra manera en estos días de aislamiento, ya estamos creando ese futuro».

Perla:

«Hace días conversábamos en el equipo de comunicaciones y uno de los integrantes que se llama Carlos Julio decía que la mejor forma de empezar a reimaginar ese futuro era haciéndonos la pregunta de ¿qué bueno hemos aprendido hoy? Creo que esa es una reflexión supremamente importante que no podemos olvidar porque es la base de esa conciencia, de esa posibilidad de reimaginar».

Tercero, los ángeles que nos habitan. La esperanza

Perla:

«A mi la palabra ángeles en particular me parece bella. Creo que todos hemos visto algún caso de solidaridad o de ayuda, sea desde la familia o desde las empresas. Yo empezaría por el empresariado, donde muchas compañías en este momento están sosteniendo sus estructuras para que sus trabajadores estén bien. De esas acciones parte un agradecimiento enorme que hace tiempo no veía alrededor del tema del trabajo como ese escenario que nos significa. Esa es una conversación frecuente por estos días, la de levantarse con la tranquilidad de tener algo en qué trabajar.

Hay otros casos fantásticos, por ejemplo, en Comfama, hay una personera del preescolar de Caldas de cinco años de edad que se llama Ana Belén. En estos días nos llegó su historia a través de WhatsApp. Ella estaba un poco angustiada, por la separación física porque no quería que se tradujera en separación emocional, esto en palabras de adulto. El caso es que Ana Belén les propuso a todos sus compañeros que hicieran un arcoíris y lo pusieran en las ventanas o en las puertas de sus casas como una muestra de esperanza. Ya hemos recibido más de 250 arcoíris, 250 fotos, incluso la propuesta de Ana Belén llegó hasta Estados Unidos con la ayuda de su profesora y de sus papás

que están ejerciendo, no solo el rol de padres, sino también el de maestros en casa.

Esas pequeñas acciones lo llenan a uno de esperanza y es de lo que uno debería aprender en este momento».

David:

«Están saliendo a la luz esos ángeles que todos llevamos adentro. Todas esas empresas que cuidan a sus trabajadores y a sus proveedores, cuando una persona vive en una urbanización o en un edificio, y una persona le ayuda a un adulto mayor para que pueda tener su fórmula médica o le hacen un almuerzo a la persona que vive sola».

Claudia:

«Sí. A mí, por ejemplo, me ha encantado la transformación en lo cotidiano y los ángeles que han aparecido en ese ejercicio de vecindad. Yo vivo sorprendida con el caso de la vecina que va y les hace las vueltas a las personas en el edificio, los papás que han tenido que hacer de profesores, y no creo que haya un momento en el cual valoremos más el trabajo de un profesor que hoy, cuando todos hemos tenido que, de alguna manera, hacer las veces de estos. Entonces hay una reivindicación de los oficios en nuestro día a día, porque empezamos cada uno a sacar nuestro ángel».

David:

«Por ejemplo, no sé si has visto la celebración del trabajo de los agricultores, cómo estamos celebrando algo tan simple como un tomate, una lechuga, una zanahoria y el delicado proceso natural humano que lo genera, y yo creo que ahí también estamos valorando unas cosas, unas personas y unos procesos que antes no».

Claudia:

«Sí, lo ve uno en los ángeles que son el equipo de salud, los agricultores que permiten que las cosas lleguen a la casa. A mí una de las cosas que me ha parecido más preciosa de este estado, es que antes cada cosa que se nos hacía ordinaria, que no la veíamos, empezamos a identificarla, a ver lo extraordinario que es que llegue el alimento a la casa, lo extraordinario que es el ejercicio de cuidar, lo extraordinario que es la educación de nuestros hijos y el ejercicio que eso significa. Entonces me parece que este ha sido un momento donde de alguna manera, así como han salido miedos han salido unos espíritus, esos ángeles que nos habitan.

Cada uno de nosotros ha hecho un gesto solidario en este tiempo. Porque de alguna manera volvemos a la primera parte, eso desprende esa brújula, el

futuro se teje, o se construye, desde esa construcción que es la manera cómo hemos elegido vivir este presente, y de la manera cómo han salido esos ángeles, se ha permitido que estemos llenos de historias y las vamos a ver en esta revista de alguna manera. Vamos a leer y a disfrutar historias extraordinarias de personas en lo cotidiano, desde empresas, regiones y familias, construyendo, reimaginándose un futuro, haciendo acciones presentes muy valiosas».

David:

«Eso es de alguna manera lo que nos inspira a hacer esta revista, que ya se ha vuelto parte de la vida mensual de los antioqueños. No quisimos dejar de sacarla, aunque físicamente no puede salir, también por protección de la misma salud, pero básicamente es porque el mensaje nuestro es el de la esperanza. Miedo hay, duda hay, preocupaciones hay. Indudablemente hay empresas que desafortunadamente no van a poder atravesar este torrente. Habrá personas y familias que estarán en una situación económica más difícil en dos meses o tres meses y ahí la solidaridad va a ser fundamental, pero al mismo tiempo nosotros vemos emerger a nivel organizacional, a nivel social y a nivel individual, de este aislamiento, de este silencio, de esta quietud, una esperanza posibilista y eso es lo que vinimos a celebrar en Comfama, es lo que debemos un poco incentivar. Para decirlo de otra manera, con la mentalidad correcta y con el corazón generoso y abierto, nosotros pensamos que podemos empezar a construir, desde el nivel familiar y desde el nivel organizacional ese nuevo mundo, ese mundo más generoso, mejor conectado con la naturaleza, más cuidador, más solidario, donde las organizaciones sean como hemos dicho por ahí: sanadoras, y donde a pesar de las dificultades seamos una humanidad más unida en unos meses.

Ese es el tono que le estamos poniendo a esta edición sin desconocer los problemas, sin negar la realidad, pero sí diciendo, mire que en esos problemas emergen un montón de posibilidades y vamos a trabajar con ellas para que florezcan.

Perla:

«En El Carmen de Viboral, por ejemplo, cuando uno sale, en cada supermercado hay afuera una mesa con mercado y un letrero que dice “si no tienes toma y si tienes deja algo”. Yo creo que ese son el tipo de actitudes con las que debemos transitar al paso que sigue, entregar lo que podemos y tomar lo justo, así también empezamos a hablar acerca de sostenibilidad que es diferente a riqueza.

¿Qué tal si cerramos esta conversación con una reflexión que queramos hacer?».

David:

«Un amigo me decía en estos días que aprovecháramos la quietud para esperar a que el futuro emergiera, y yo le dije, hagamos más bien una cosa: creemos el futuro desde esa quietud para que garanticemos que ese futuro sea generoso, compasivo y humano. No esperemos a que nos llegue un futuro creado por otros, creémoslo a la medida de nuestros sueños y posibilidades».

Claudia:

«Dejaría sobre la mesa la pregunta sobre ¿qué nos va a transformar o qué está transformando todo este proceso? Y que esa pregunta sea parte de la mesa cotidiana de nuestros lectores, que es de alguna manera lo que queremos dejar con la revista, y que, al generarse la pregunta, esto contribuya a esa reinención a la que nos invita esta circunstancia universal».

David:

«Algo como... ¿cómo podemos ser después de? ¿Qué es lo mejor que podremos ser?».

Abr 2020

Nuestro camino hacia el silencio

«Silencio. ¡Cuán bello el silencio! Pero hay que aquietar este mundo interior. Hay muchos que gritan ahí dentro. El silencio es una conquista. No es el ruido externo lo que nos aturde; es el grito de las pasiones. No es aislarse; es desprenderse; el silencio no es un don sino un fruto difícil. Este silencio físico es apenas un medio para acallar la propia algarabía».

Fernando González O.

¿Qué está haciendo, David Escobar?, dijo la profesora de Sociales. Se acercó a mi puesto en una actitud amenazante, levantó el saco verde oscuro que cubría la tabla superior de mi pupitre de niño de segundo de primaria con un gesto casi teatral. ¿Qué es esto?, subió la voz. ¡Si ustedes lo hubieran visto!, era una obra de arte. Me había pasado casi dos meses tallando la madera de la mesa con la cuchilla del sacapuntas y con una navaja que saqué a escondidas de un cajón del clóset de mi papá. Figuritas humanas, arabescos y formas geométricas, edificios, casas, bosques y animales. Había logrado componer un pequeño mundo, para mí, una buena obra artística de talla en madera y la única forma conocida para pasar sentado cuatro horas sin poner problema, sin inventarme una ida al baño, sin leer a escondidas un libro de Julio Verne, sin pararme y recostarme en la pared o sentarme en el suelo hasta que una voz autoritaria me regañara.

Mi corta carrera en el arte de darle vida a la madera fue una huida de mí mismo, tal vez por eso no duró. Comenzó porque no era capaz de quedarme quieto, ni de «guardar silencio» más de 15 minutos, para mí era insoportable encontrarme conmigo mismo. Hasta que comencé a rayar la tabla con un Kilométrico y sus fibras empezaron a ceder y permitirme darle forma. Rápidamente improvisé un destornillador para sacarle la cuchilla al sacapuntas y ahí comenzó todo... Pero el arte o el juego no logran por sí solos llenar los vacíos y los miedos más profundos. Esos debemos trabajarlos nosotros mismos. El niño que fui no podía estar solo, no podía estar quieto, y tampoco sabía de las maravillas y secretos que lo esperaban más allá del ruido.

Aunque en la infancia me salvó la capacidad educadora de mi mamá, que me hizo un adulto funcional (relativamente, dirían algunos de mis amigos) y permitió que avanzara en mis estudios y mi vida profesional, debo confesar que apenas hace un par de años, gracias a mi enamorada, una mujer espiritual, exploradora y maestra nata, he comenzado un viaje, un proceso lento y simple, por el mundo de la meditación, de la respiración consciente, del silencio y la quietud. Hasta hace poco me parecía intolerable estar solo a no ser que fuera leyendo, el silencio se me hacía una carga. La televisión o la música clásica a alto volumen llenaban cualquier intento de vacío. Apenas ahora, después de cumplir 40 años, he comenzado a disfrutar la soledad.

No soy un meditador, solo sé que me siento y respiro pausadamente. A veces me dejo guiar por grabaciones que encuentro por ahí, otros días repito el misterioso mantra om o, eventualmente, solo inspiro contando 1, 2, 3, 4, 5... luego exhalo contando de nuevo 1, 2, 3, 4, 5. El silencio y la quietud cada día me duelen menos, hoy me sacuden con menor frecuencia mis pensamientos en esos 15 o 20 minutos de silencio y soledad absoluta de cada mañana. Siento que ese oasis gratuito, personal, me fortalece. Como lo escribió el sacerdote católico español Pablo d'Ors, «Para fortalecer mi convicción y apuntalar mi voluntad, me centré en lo que estimé que era más determinante: el silencio».

Estamos pasando unos tiempos difíciles para todos, en diferentes medidas y dimensiones. Nadie vive hoy igual que hace tres meses. Las medidas de aislamiento han traído consecuencias extremas económicas y sociales en familias, barrios y ciudades enteras. Todos hemos sido obligados a alguna forma de soledad y nos hemos encontrado de sopetón con el silencio. Los hogares unipersonales, por ejemplo, han tenido una soledad casi absoluta desde lo físico. El resto, aun compartiendo espacios, ha tenido más silencios y vacíos que nunca, ante la ausencia de la vida social habitual. La soledad, o más bien el dolor que esta genera en las personas, ha afectado la salud mental y emocional de millones en el mundo. Pero ¿será que la única solución a la soledad son las aglomeraciones de gente y el ruido?, ¿será que la respuesta al vacío son las compras compulsivas, el alcohol y la rumba? ¿Habrá algo más allá, o, mejor dicho, más acá, adentro?

Ustedes se preguntarán qué tiene que ver esta reflexión con la historia personal que comparto al comienzo de este editorial. ¿Qué tiene que ver un niño hiperactivo al que regañan en la casa y en el colegio con una sociedad confinada para poder proteger la salud y la vida de miles de personas? Mi hipótesis es que los antioqueños precovid-19 nos parecemos a ese niño. Más vida exterior que interior, miedo al silencio, imposibilidad de quedarnos quietos, dificultad de estar solos, la capacidad de concentración de Dori (el personaje de buscando a Nemo), el deseo de experiencias sensoriales permanentes, el afán de los que no saben para dónde van, el mismo de los hombres grises de Momo, aquel bellísimo libro de Michael Ende.

Estamos ante un reto grandísimo. Con tantos cambios de vida y tanta incertidumbre, el miedo puede llegar a poseernos. ¿Pero qué medicamento hay contra el miedo, qué vacuna contra el vacío del alma? ¿Habrá una bendición oculta detrás del aislamiento? Con esta pregunta queremos propiciar la reflexión y el diálogo sobre el silencio, ese regalo de la más pura soledad, el de la meditación que llena, como antídoto a la sensación de abandono que drena, deprime y enferma.

Por eso los invitamos a leer esta Revista dedicada al silencio, que cuenta historias de empresas y familias, en la ciudad y en el campo, de esa experiencia humana única que es la soledad, sin importar si es escogida, impuesta o encontrada a la vuelta de una esquina de la vida. Explorarla puede ser el mayor regalo que una persona se da a sí misma, como escribió Simone Weil: «El deseo de luz produce luz».

Si somos capaces de no caer en los abismos de nuestras sombras, de no ceder ante el pesimismo, encontraremos que primero hay que aceptarnos para poder aceptar al mundo en su contradicción y en sus tragedias. Primero hay que aprender a estar solo para poder ir al mundo con toda la fuerza. En la más simple meditación, llámenla como quieran, en la oración, el silencio, la respiración que nos mece y nos aquietan, quizá allí encontremos ese bálsamo que fue aquel hermoso aguacero de verano de nuestra infancia, esa sensación de cuando el papá nos ponía encima las sábanas frescas de la cama, ese suspiro sonriente luego del abrazo de la mamá la noche de las pesadillas. Y, por qué no, tal vez una conexión más profunda, espiritual, sorpresiva, cálida y firme, la unidad, el abrazo del universo, la infinita posibilidad.

Abr 2021

Las mejores preguntas

¡Usted me está sacando el corazón con la mano, me lo está mostrando y tiene el descaro de preguntar qué pienso y qué siento!, gritó el hombre de corbata. Si está doliendo, vamos bien, respondió, impasible, el consultor. Las decisiones difíciles son las importantes, remató. En su rostro se insinuaba la sonrisa

maliciosa de quien ve más allá de la emoción y comprende la oportunidad de crecimiento que subyace tras el malestar temporal. Su rostro sonreía sin que su boca se moviera, con ese placer del maestro que sabe que sin emoción no hay aprendizaje.

La conversación de esa tarde fue, sin dudas, un temblor de tierra transformador para aquella organización, un nuevo nacimiento, como los mejores ejercicios de estrategia empresarial. El dolor de ese hombre expresaba la tensión general, solo que él tuvo el valor para ponerlo gráficamente de una manera tan cruda y necesaria. Recuerdo que esa expresión suya me jaló, como un torbellino, a participar de una conversación en la que había estado relativamente pasivo, escuchando sin mucha atención. La pregunta difícil, la identitaria, la que cuestiona el pasado y sacude el presente, es la mejor de todas, porque provoca reflexión, permite escogencias y sugiere renuncias. Tal vez por eso la palabra decisión significa, etimológicamente, separar cortando.

Se me viene a la memoria, para reforzar esta anécdota empresarial, una historia más conocida, la de Saúl de Tarso o San Pablo. Las autoridades judías le habían ordenado perseguir a los cristianos de Damasco y, en el camino, un resplandor proveniente del cielo le hizo caer del caballo dejándolo ciego, mientras él y los que iban con él oían una voz que decía: «Saúl, Saúl, ¿por qué me persigues?». Con todo respeto por la tradición, me atrevo a decir que, más allá del rayo de luz, la ceguera y la caída del caballo, lo importante fue, realmente, la pregunta que cuestionaba su trabajo, su supuesta vocación, su mismísima identidad. Esta pregunta, de hecho, para completar la historia, cambiaría de manera definitiva el rumbo de la vida de San Pablo y de una gran parte de la humanidad.

Personas, organizaciones o sociedades pueden dar virajes extraordinarios, «caerse del caballo» y ver otra realidad gracias a una buena pregunta. El dolor o la incomodidad son un mensaje, no un castigo, así que es mejor escucharlo y no escaparnos, porque, de repente, nos estaríamos escapando del saber. El miedo que producen las buenas preguntas, las más desafiantes, es una emoción productiva, que se da al mirar un nuevo y desconocido camino, al sentir en la piel la sensación del inicio de un gran viaje.

Sin embargo, casi siempre la tradición desalienta las preguntas, muchas veces los sesgos inconscientes no nos dejan verlas y en otros casos, las preguntas que hacemos son destructivas y no productivas. «La pregunta es la más poderosa herramienta de aprendizaje», repetía un profesor de mis años escolares. Por eso es crucial celebrar las preguntas del niño en la casa y del colega en la empresa, jugar con ellas y entender que son las mejores amigas del aprendizaje. Debemos abrazarlas cuando aparecen, tratarlas con cariño y entender que, hasta las más dolorosas, engendran un valor incalculable.

Hay algunas preguntas, además, que son imprescindibles, son normalmente las más difíciles e incómodas, las que nos cuestionan a fondo. «Cambiar de respuesta es evolución. Cambiar de pregunta es revolución», decía Jorge Wagensberg. Si somos capaces de cuestionarnos de tal manera que sintamos

que nuestro corazón está fuera del cuerpo y lo tenemos latiendo frente a nuestros ojos, probablemente estemos afrontando un momento crucial de nuestra vida.

¿Cómo salvamos el planeta de la devastación ambiental? ¿Cómo deben ser las empresas del futuro, las conscientes y compasivas? ¿Cómo afronto un momento como estos? ¿Cómo sería el mundo sin instituciones, sin democracia y sin confianza? ¿Qué tenemos que transformar para prosperar en la era pos-COVID-19? ¿Cómo asumo mi frágil humanidad sin dejarme vencer por la dificultad? ¿Cuáles son las cosas realmente importantes? ¿Cómo hago para cuidar a los demás, si tengo suficientes problemas?

Por eso hacemos nuestra revista de este mes sobre las preguntas más duras, las más necesarias y urgentes. No podemos decir que todo va a estar bien, así, sin más. Mejor sugerimos que las cosas pueden y deben estar mejor si nos sacudimos, nos unimos y construimos juntos. En estos días llenos de desafíos locales, nacionales y globales, en política, pobreza, economía y medio ambiente, rodeados por asuntos urgentes que demandan adaptaciones superiores y transformaciones evolutivas, queremos promover preguntas que abran conversaciones.

Detrás de cada interrogante está, muchas veces, la verdad; al interior de la duda se esconde, invariablemente, la posibilidad. El verso de Neruda que saluda este texto lo dice bellamente. Ese lamento de tener unas palabras débiles, que «clavan apenas como agujas», pero debieran «desgarrar como arados» –olvidemos las espadas–, nos anima e inspira a publicar estos textos. ¿Qué tal si nos empezamos a formular preguntas que desgarren? Preguntas que abran un espacio en nuestro corazón y nuestra mente, un vacío en el que más tarde prosperará la semilla que un día se convertirá en nuestros mejores frutos.

May 2020

El valor del trabajo

“No son las riquezas ni el esplendor, sino la tranquilidad y el trabajo, los que proporcionan la felicidad”.

Thomas Jefferson

Estaba sentado en la sala del pequeño apartamento que tenía alquilado, con unos pocos muebles a mi alrededor que, arrumados en desorden, amenazaban con venírseme encima. Había libros en todas partes y no dejaban ni caminar. Era la mañana de uno de esos días oscuros y lluviosos de Medellín que empeoran la tristeza y se tragan hasta las alegrías. Había dormido largo y estaba embotado, como con guayabo, aún sin haberme tomado un trago. Creo

que casi que me había desmayado al llegar a la cama, por tanta tensión acumulada. Al frente mío tenía un cuaderno con unas cuentas de mis finanzas personales y al final una nota, resaltada dentro de un recuadro: "tengo seis meses".

El día anterior había sido terrible. Casi no logro decidir mi renuncia y el cómo hacerlo. Le tenía aprecio a mi jefe y amaba el lugar en el que trabajaba, pero tenía tantos desacuerdos con los planes y proyectos en ciernes y desavenencias con mis principales compañeros de equipo que la decisión parecía obvia. Cuando hablé con él, sentí que su alivio era casi igual al mío, aunque intentó convencerme: – Se trata de su carrera, su pasión, su futuro, dijo. ¿Qué va a decir?, preguntó, además, preocupado. – ¡Nada!, silencio y respeto, le respondí. Hay cosas que valen más que estos desacuerdos, pero debe saber que hace rato decidí que solo permanezco donde hay alineación en principios y valores. Si no puedo perseguir mis causas, ¿para qué trabajo?, traté de tranquilizarme. Puede que me esté equivocando, reconocí, pero no doy más.

Mi hermano fue de los primeros en llamarme, estaba comenzando con su emprendimiento, pero, generosamente, me dijo de una: "acá sacamos de dónde sea para pagarte alguna cosa, contás conmigo". Alguien me dijo después que yo había renunciado cuando ya hacía rato me habían despedido. El caso es que había quedado en el aire, no solo por lo económico, sino por lo más vital que tiene un ser humano: me había desconectado de mi propósito, me sentía solo y perdido. Me salvaron la visualización del futuro con un mapa mental y la decisión de hacer trabajo voluntario en los temas que me apasionaban. Sin ingresos, me propuse aportar, al menos, el 30% de mi tiempo a la educación, la cultura y el emprendimiento. El impulso final me lo dio mi amigo Juan Diego, el primero que respondió uno de los casi 30 correos enviados contando lo mejor que pude mis intenciones de emprender el camino de la consultoría. Estaré agradecido con él toda la vida, porque con unas pocas palabras simples, "nos interesa, conversemos", sembró esperanza en mí. A las pocas semanas, cuando cerramos un acuerdo para mi primer proyecto, volví a mi cuaderno y anoté: "nueve meses". Paso a paso, con mucho esfuerzo y algo de ayuda, comenzaría a recuperar mi camino profesional, personal y laboral.

La pandemia de la COVID-19 ha desnudado nuestras desigualdades. Aunque nos ha afectado a todos, su impacto socioeconómico ha sido devastador para los más frágiles. El desempleo, que siempre debemos mirar como mucho más que una cifra, contiene millones de historias de sufrimiento, de miedo, de hambre, de sueños aplazados. La mayor parte de las personas que pierden su empleo ganan un salario mínimo. Sin mencionar a los cientos de miles que estaban en la economía informal, más flexible, más resiliente, pero mucho más precaria.

Lo único que nos puede sacar, paulatinamente, de este gran desastre social, minimizando el sufrimiento, es, por supuesto, el amor. El amor organizado, enfocado, intencionado. Primero, necesitamos más compasión y solidaridad. Como esa llamada de mi hermano Santiago, cientos de miles están esperando

a que alguien los llame y les mitigue el miedo, aunque sea en parte. Las instituciones podemos hacer algo, desde luego, y lo estamos haciendo, empezando desde Comfama misma, pero eso no reemplaza la solidaridad ciudadana, la comunidad ni la familia. Segundo, sin dudarlo, ese amor debe tomar la forma del compromiso colectivo con las empresas y demás empleadores que luchan, para que resistan, para que se reactiven, para que puedan crecer y dar frutos de nuevo, retornar los trabajos perdidos y crear riqueza para todos. Es tarea de todos cuidarnos, para que la vida educativa, social y económica pueda regresar.

Por eso hemos hecho esta Revista, porque en Comfama pensamos que el empleo y, de una manera más general el trabajo digno y decente, es, tal vez, el programa social más importante en una sociedad. Queremos hacer una sencilla pero cariñosa oda al trabajo que genera progreso y dignidad al reafirmar nuestro infinito potencial. La conexión entre la economía y el bienestar de todos está en la labor que hacemos millones de personas diariamente, en empresas, colegios, entidades culturales, comercios y trabajos independientes, para crear el universo que nos rodea. En esta publicación celebramos a las empresas y a los emprendedores que resisten y cuidan, a las personas, trabajadores y familias, que nos recuerdan la importancia del esfuerzo, la resiliencia, la búsqueda incansable de caminos.

Invitamos a empleadores de todos los tamaños a que hagan lo posible, y ojalá lo que creían imposible, para cuidar a su gente. Cada empleo perdido es un sueño que se trunca. Proponemos a las familias que mantienen sus ingresos que recuerden que la solidaridad es contagiosa, cuiden a sus cercanos, familiares, proveedores de siempre, a los emprendedores del barrio.

A quienes hoy no tienen ingresos económicos, queremos decirles que compartimos su dolor, sentimos lo que sienten, trabajamos cada día para mitigar el sufrimiento y recuperar el empleo. Les pedimos, aunque sabemos que no es fácil, que no pierdan la esperanza, que sepan que no están solos. Que no dejen de buscar ayuda y empleo, que emprendan, que acudan a las comunidades y familias, que exijan siempre más al Estado y a las instituciones, y también que se hagan cargo y no dejen de luchar. Como sea, estaremos ahí para ayudar, este es el año para servir, pero su compromiso y perseverancia son fundamentales.

A los trabajadores de toda naturaleza y forma legal, les recordamos que la responsabilidad de cuidar y recuperar el trabajo no es solo de las autoridades políticas o de las instituciones sanitarias. Tampoco depende únicamente de los administradores y dueños de las empresas. Es crucial que todos trabajemos en cultura ciudadana y cambiemos nuestros hábitos, entendamos que nuestra cultura expansiva y latina deberá expresarse a través de los tapabocas, debemos guardar la distancia en el Metro, aunque implique llegar un poco tarde, tendremos que aplazar un tiempo los abrazos y los apretones de mano, dejar atrás el ego y reconocer cuando tengamos algún síntoma, lavarnos las manos como si en ello nos jugáramos la vida, porque así es. Adaptarnos para sobrevivir y florecer: nadie hará esto por nosotros.

La pandemia nos ha recordado que las empresas y el trabajo mueven el mundo. Podrán mejorar, desde luego, y no es mal momento para que nos preguntemos hacia dónde lo mueven y aprovechar para ajustar el rumbo, pero, dejemos esto claro: sin trabajo la vida sería mucho menos colorida, algo más triste y bastante más solitaria. Nunca ha sido tan importante recordar, como escribió magistralmente Khalil Gibran en *El Profeta*, que “el trabajo es amor hecho visible”. Cuidar el amor que vive dentro de cada oficio y que emerge cada que se crea una empresa es, quizás, nuestra misión más urgente, nuestro mayor desafío.

Jun 2020

El vuelo del colibrí

El coraje nos hace andar, a pesar del miedo y la duda, por la senda que lleva hacia la justicia. El coraje no es heroico sino tan necesario como son las alas de las aves para volar. El coraje no se fundamenta en la razón sino que viene del divino propósito de hacer lo correcto.

John Lewis

OBE: ¿Cómo viste esa reunión? La gente está cansada, pero estar vivos y trabajando en estos tiempos es una oportunidad muy bonita. Hacer parte de una organización que sirve al mundo, y yo pienso que todas lo hacen, es un privilegio.

PP: Me sentí raro, no sé, algo no está bien. Es difícil saber cómo está la gente en este tipo de encuentros por videoconferencia.

OBE: ¿Y cómo estás?, te siento desanimado.

PP: ¡Obvio!, hay mucha gente que tiene compañeros o familiares infectados y, aunque la tasa de letalidad es baja, uno nunca sabe... ¿Viste la noticia sobre un niño que murió en Estados Unidos?

OBE: Es cierto que muchos no tenemos riesgo significativo, niños, gente sana y jóvenes. ¿Viste la conferencia del de Sura con el de Argos? Igual, si nos cuidamos, incluso si nos infectamos, se puede salir adelante.

PP: Casi todas las familias tienen a alguien que ha perdido su trabajo. Los meses de confinamiento agotan la energía psíquica. Estoy rendido.

OBE: Yo estoy leyendo un libro increíble y empecé a estudiar inglés por internet, hay que aprovechar el momento.

PP: Mi esposa, ella no trabaja desde la casa y tiene que salir, la tiene más dura. Necesitamos su trabajo, pero nos han dicho tanto que no salgamos, que ahora resulta imposible negar el terror que genera la idea de que le pueda pasar algo.

OBE: Ella está sana y si aplica los cuatro hábitos anti-COVID muy probablemente no le dé. Y si le da, se cuida y la cuidamos.

PP: Mi mamá, que tiene 70 años y vive sola, está deprimida con tantos meses de encierro, tiene miedo porque ha fumado desde joven, ya no sale ni en pico y cédula.

OBE: Yo trato de llamar mucho a la mía, de mandarle mensajes de texto. Es normal el miedo, pero hay formas para que se cuide, más aún ahora que las infecciones aumentan. Debe aprender a vivir con eso, además es una buena oportunidad para que deje de fumar...

PP: ¿Hasta cuándo va la cuarentena? Ya nadie sabe, es difícil saber cuándo volveremos a la normalidad, si vamos a tener trabajo el año entrante y quién puede salir. ¿Viste el meme sobre las excepciones?

OBE: Ve, ¿pero hay algo bueno para contar? ¿Cómo vas? ¿Has visto algo de cine?

PP: Ya no tengo planes, siempre faltan quince días, no sé qué será de nosotros en esta casa, te confieso que tengo miedo.

OBE: Oí esta semana que debemos aprender a convivir con el virus y que pronto habrá una vacuna, la vida sigue, aunque distinta.

Era media mañana, estaba trabajando en la mesa del comedor, la nueva oficina de muchos. Miraba fijamente la pantalla de mi computador para participar de una conversación transmitida en redes sociales sobre el empleo, la clase media, los retos del momento, qué hacemos nosotros, qué creemos que se puede hacer, etcétera y, de pronto, al levantar la mirada lo vi.

Un pequeño colibrí, entre negro y verde esmeralda, flotando sobre la mesa, suspendido frente a mí como solo los colibríes lo saben hacer, ¡a menos de un metro! Me apuntaba con su curvo pico y sus ojos brillantes, que seguramente no alcancé a ver, pero me imagino para completar este recuerdo maravilloso de la cuarentena, parecían sonreír. En un día más de estos que se suceden infinitamente, un poco cansado y algo preocupado, este guiño de la naturaleza me llegó como un recordatorio para la esperanza. Quizá, también, como una alerta sobre la evolución necesaria, la adaptación urgente. El colibrí debe estar

en la lista de los seres más interesantes y bellos que haya producido la naturaleza.

Lo que sabemos es que hace 66 millones de años, cuando cayó un meteorito sobre la tierra, los dinosaurios se extinguieron. Luego, sin embargo, se hicieron populares los resultados de las investigaciones que los vinculaban con las aves. Ciertos parecidos anatómicos, un famoso fósil de un dinosaurio volador emplumado, un protótipo en algunos especímenes. Desde entonces, la ciencia ha comprobado que no solo es que las aves desciendan de los dinosaurios. Las aves son dinosaurios de la clase aviar.

La relación genética entre el famoso T. Rex y el velociraptor de Jurassic Park con las aves modernas es increíblemente alta. De alguna manera, lenta, gradual y creativa, estos seres magníficos se adaptaron y lograron superar el desastre. "Mientras sus hermanos fueron incapaces de sobrevivir al apocalipsis desencadenado por el asteroide de 9 km que colisionó contra la tierra a finales del Cretácico, las aves se encumbraron por encima de la destrucción y tuvieron todo un mundo nuevo que conquistar", escribió Stephen Brusatte en Origen y evolución de las aves, un bonito artículo que me compartieron del Parque Explora.

Darwin escribió sobre la supervivencia del más apto, pero algunos lo confundieron o tradujeron mal, como la supervivencia del más fuerte. Afortunadamente, hoy sabemos que no son necesariamente los más fuertes quienes sobreviven sino los más flexibles y adaptables. También aprendimos que el que compite mejor no es que el que se dedica a hacerle daño a los demás sino el que escoge un espacio en el que puede desarrollar su unicidad, su identidad.

El diálogo al comienzo de este editorial es una síntesis de muchas conversaciones. Todos podríamos ser OBE, optimista basado en la evidencia o PP, pesimista pertinaz. Tal vez tengamos un poco del uno y otro tanto del otro, dependiendo del día, del contexto, de la noche que hayamos pasado, de las noticias en redes. En esta pandemia, cada uno de nosotros ha tenido días de desilusión, pequeñas muertes del ánimo y días de entusiasmo contagioso, resurrecciones de la esperanza. ¿Qué diferencia a uno de otro?, ¿qué hace que, en medio de los inmensos desafíos personales, empresariales y sociales que se nos presentan, haya tantos que no se desaniman y siguen adelante?, ¿cómo nos inspiramos en ellos para imitarlos?

Tal vez el camino consista, primero, en tener claro qué es lo realmente importante. En esta revista Comfama lo queremos proponer de manera simple y directa. Lo más importante es la vida, larga y ancha, luchada, con dolor y dicha, la compleja y maravillosa vida humana. La vida con trabajo, amor, amigos, familia, aprendizajes y encuentros. La vida, por encima de cualquier circunstancia. Por eso en esta edición los invitamos a vivir, a continuar a pesar del miedo, de la soledad, de la coyuntura de perder el empleo, de la incertidumbre. Como decía recientemente Gabriel Mesa, gerente de EPS Sura, «pensamos que el ejercicio de la esperanza es nuestra responsabilidad».

Mucho podemos, además, aprender de esos dinosaurios aviares, hoy llamados con cariño simplemente aves. Ellos superaron desastres y cultivaron su excepcional majestuosidad y belleza en un mundo poscataclismo, evolucionaron. Con ellos, la naturaleza tuvo paciencia y determinación. Si se nos ocurre que esto está muy largo, no olvidemos que la evolución no es una carrera de velocidad, sino una maratón. Cuando pensemos en lo difícil que es ponerse un tapabocas, lavarnos las manos y mantener dos metros de distancia, recordemos que los dinosaurios, para volverse aves, tuvieron que encogerse, alargar sus alas, adaptar sus incipientes plumas, aguzar sus sentidos, acortar sus colas y perder sus dientes.

¿Qué importa tener que adaptarnos si lo esencial sigue con nosotros porque lo llevamos adentro? Las historias de esta edición, para compartir en la casa, en la empresa y en el barrio, son historias de coraje. Historias de personas y empresas que han tenido el valor y la determinación que requiere el cambio, que no pierden de vista lo esencial, a pesar de los obstáculos. En medio de lo difícil que es todo esto que nos tocó vivir, en Comfama insistimos en la importancia del coraje, por eso, invitamos a los antioqueños a decidir la esperanza, a elegir la vida.

Las ilustraciones de esta edición de la revista Comfama hacen parte de S.O.S Creativirus, una convocatoria realizada por Universo Centro para que los artistas pudieran expresarse en época de aislamiento.

Jul 2020

Confiar para sanar

«¿Qué busca el ciego con su bastón? No busca el camino porque para él todo es camino. Busca al otro»

Samuel Vásquez

Recuerdo, cuando estaba en la Universidad, una noche caminando por el centro de Medellín con mi amigo Emilio. Para llegar a la estación del metro debíamos cruzar una zona un poco oscura, bajo el viaducto. Pasamos al lado de un corrillo de personas que conversaban liberando humo. Emilio se volteó a mirarme y dijo: si nos hablan no te asustés, dejame hablar a mí. Efectivamente, nos abordó un hombre alto, con la ropa sucia y los ojos rojos. Emilio le sonrió, lo miró a los ojos: ¡quiuubo parcero!, ¿cómo va todo? ¿Para dónde van?, preguntó el hombre. Venimos de hacerle la visita a mi novia, vamos a coger el metro. ¿Tienen plata?, inquirió. Solo la del pasaje, parcero, somos estudiantes. El tipo me miró, no muy convencido, pero nos dejó seguir.

Ya sentados en el metro, Emilio me explicó que siempre que él pasaba por ese lugar saludaba alegremente y tranquilo, los reconocía. Tienes que mirar a los ojos sonriendo, pausadamente. La gente se da cuenta de lo que uno siente hacia ella. Al miedo responden con miedo, a la rabia con violencia, a la amabilidad, por el contrario, responden con respeto; al cariño, incluso, con más cariño. Estas personas que habitan la calle me cuidan, no son mis enemigos sino mis vecinos. Emilio siempre fue bueno para enseñar las cosas simples con naturalidad y candor. «Confiar es bajar la guardia», leí hace poco.

«El infierno son los otros», escribió Sartre en alguna obra de teatro. Creemos que los demonios son los demás, pero es su mirada lo que nos devela quiénes somos realmente, nos enfrenta con nuestras sombras, que equivocadamente les asignamos. No tememos al otro, nos tememos. Quizá por eso, nuestro desafío supremo como individuos, como sociedad, es aprender a confiar en los demás. En un principio, vemos a los otros como desconocidos, ocultos tras sus rostros, seres humanos que tienen vidas ricas que no nos alcanzamos a imaginar, personas que trabajan con empeño más allá de las marcas o nombres de sus organizaciones e instituciones. Este desafío es aún mayor cuando se trata de completos desconocidos, y mucho más cuando al entendimiento se le atraviesan prejuicios históricos o culturales. El reto es aprender a ver a través de los sesgos.

En ese sentido, los colombianos debemos reflexionar al mirarnos en el espejo de la séptima ola de la Encuesta Mundial de Valores, apoyada por Comfama. Nuestros indicadores de confianza interpersonal muestran que 95 de cada 100 colombianos dicen que hay que ser cuidadosos al tratar con la gente, solo 26 de cada 100 confían en las personas de otra nacionalidad y apenas 45 de cada 100 confían en los vecinos. Solamente 5 de cada 100 personas confían en alguien que ven por primera vez. La confianza en las instituciones privadas y públicas, por otro lado, es un reflejo de lo que sucede en el nivel interpersonal con una calificación de 2.96 sobre 5. Ni la política ni las instituciones sociales ni las empresas parecen inspirar la urgente y necesaria confianza, más importante ahora que nunca.

Por estas razones, porque se trata de algo fundamental y no vamos tan bien como queremos, proponemos esta conversación. Lo hacemos desde historias reales y posibles, buscando sugerir razones para confiar, mostrando las formas en las que fluye la confianza, evidenciarla con ejemplos, en nuestras empresas e instituciones. Queremos invitar a cultivar la confianza que nos sirve para cruzar cuando el semáforo peatonal está en verde, salir tranquilos al parque, hacer empresa y para amar en libertad, esa que es crucial para convivir como sociedad.

¿Cómo se cultiva la esquiva confianza? Hace poco leía sobre la polarización en las redes sociales donde todo indica que, cuando nos exponemos a las opiniones y formas de aquellos que consideramos «los otros», en lugar de acercarnos, nos metemos en nuestra esquina, como en el boxeo. Un empresario me lo explicaba diciendo que cuando veía a un líder político de izquierda con un lenguaje agresivo frente a las empresas, él se radicalizaba

más a la derecha, incluso sin quererlo y sin ser esa su auténtica posición. En contraposición a esto, parece que las relaciones personales entre supuestos oponentes promueven la confianza. Algo cambia cuando experimentamos la empatía y la compasión a través de historias y encuentros, nos damos cuenta de lo obvio, que «todos somos gente». «Es clave escuchar historias, fomentar la colaboración y evidenciar los sesgos», sugiere el investigador Andrés Casas, director de la Encuesta Mundial de Valores para Colombia. Confiar implica aceptar que no tenemos el completo control de lo que hacen los demás ni del futuro. La filósofa francesa Laurence Cornu explica que la confianza es «[...] una hipótesis sobre la conducta futura del otro. Es una actitud que concierne el futuro, en la medida en que este futuro depende de la acción de otro. Es una especie de apuesta que consiste en no inquietarse del no-control del otro y del tiempo». Tal vez sea algo así de simple, no inquietarnos por lo que no podemos controlar, no preocuparnos por lo que se sale de nuestro alcance.

Finalmente, con esta revista pretendemos motivar conversaciones en la casa o en la empresa, en la mañana o al final de la jornada, queremos diálogos que nos inspiren a trabajar por la confianza. Como escribió recientemente Ana Cristina Abad, directora ejecutiva de Filarmed, refiriéndose a este asunto: «[...] es una cualidad propia de los seres humanos y precisamente al hacerse consciente y de manera voluntaria, supone un esfuerzo conseguirla». Poco a poco, a partir de pequeños avances, de ejemplos en principio silenciosos, habrá más personas capaces de poner su humanidad, su futuro, su autonomía o su vulnerabilidad en manos de otros, que percibe dignos de confianza. Así, un día, gracias a esta lenta revolución hecha a muchas manos, quizá Colombia sea un país como el descrito en el inolvidable poema Los Conjurados, de Borges, en el que finalmente, «comencemos a olvidar nuestras diferencias y acentuar nuestras afinidades».

Ago 2020

Voces de mujeres. Sí, voces únicas

Se nos ha dicho que no somos voz autorizada, se nos ha dicho qué decir y cuándo hacerlo, se nos ha dicho cómo actuar y cómo no. Y es que, muchas veces, quien nos lo ha dicho es nuestra voz interior. Esa voz que está presa del miedo, deseosa de aceptación y poco dispuesta a disonar.

Por: Claudia Restrepo, Responsable de personas y familias de Comfama

El texto que encabeza este editorial lo escribo en el lenguaje que mejor conozco, el lenguaje del alma: el lenguaje femenino por excelencia. Y ojalá pudiera expresarlo todo así, en una poesía y ser justa con las voces de mujeres líderes, valientes y arrolladoras.

Así que trataré, de la mejor manera, de representarlas en su diversidad, sus preocupaciones y preguntas; y narrar en este espacio las razones por las que es necesario elevar nuestras voces y contar historias sobre el liderazgo de las mujeres.

Empiezo por confesar que al recorrer mi camino como mujer líder descubrí que necesitaba convertirme en feminista, sobre todo, para emprender la lucha contra mis propios sesgos y limitaciones, los referentes aprendidos y los miedos heredados. Esto me permitió comprender que lo que más compartimos las mujeres es el miedo a desentonar, a ser diferentes y únicas y que, de allí, nuestra principal búsqueda es la de la libertad y la de elevar nuestra voz, sin necesidad de parecernos a otros que, además, muchas veces termina siendo un otro masculino, porque así lo aprendimos.

Es por eso por lo que ser mujeres y líderes es comprender nuestros miedos, hacernos cargo de ellos y reivindicar nuestro género como partícipe de los lugares donde se toman las decisiones y se transforma el mundo. **Se hace necesario que aprendamos de las historias de otras mujeres y de sus búsquedas en diferentes ámbitos; así como fortalecer la libertad de decidir, de influir, de actuar, de aprender entre pares, de tumbar estereotipos y, sobre todo, de romper paradigmas.**

Recientemente, algunas mujeres de Comfama nos encontramos para conversar acerca del libro de Iris Bohnet, Lo que sí funciona, que hace una exploración desde las ciencias del comportamiento sobre qué puede funcionar para acabar con los sesgos cognitivos y culturales alrededor del género. **Esta conversación fue sincera y emocionante, transcurrió entre lágrimas, temores y mucha exposición de cada una de nosotras; nos permitimos la fragilidad, la rabia de sentirnos identificadas con muchas historias, e incluso, un poco ingenuas y fuera de lugar, creyendo que ser líderes nunca nos había exigido tener luchas internas y externas para ganarnos un lugar.**

Entendemos que se requiere la fuerza de cada mujer para hacer escuchar nuestras voces y, a la vez, el conocimiento y la disposición de las organizaciones, empresas y academia para diseñar contextos y entornos que no condicen la actuación de las mujeres y que tomen acciones para promover mayor igualdad de género y ofrecer la libertad requerida para que las mujeres acaben con los estereotipos en los roles que desempeñan y las impulse a romper sus «techos de cristal».

Ser mujer significa un inmenso reto, por eso hacernos conscientes del camino que hemos recorrido hacia los roles que hoy desempeñamos nos enseñó lo importante que es compartir nuestras narraciones y acompañarnos mutuamente, y fue así como en Comfama nos unimos con Proantioquia para desarrollar Mujeres líderes, un programa para promover el liderazgo de las mujeres y contribuir con la urgente

transformación de comportamientos frente a la equidad de género en la sociedad.

La Encuesta Mundial de Valores (emv) nos ha mostrado, por ejemplo, cómo las actitudes machistas han disminuido en casi todos los indicadores a lo largo de las últimas décadas y en particular, los colombianos son cada vez más abiertos a la equidad de género política y laboralmente. Sin embargo, persisten creencias (45 % de los encuestados) según las cuales, si una mujer recibe mayor remuneración que el hombre, habrá problemas en el hogar; son barreras culturales que debemos derrumbar.

Esta edición de la Revista Comfama busca motivar este tipo de conversaciones y preguntas sobre las creencias y limitaciones que tenemos como sociedad, para entender el rol de las mujeres, ofrecer caminos con el fin de romper esos estereotipos y hacernos conscientes de la importancia de visibilizar las historias inspiradoras que nos invitan a creer en el poder femenino transformador. Voces renovadoras, creadoras y emancipadas.

Una serie de historias para decir juntas #SíConMujeres

Soy Claudia Restrepo Montoya, Responsable de personas y familias de Comfama. Represento a un grupo de mujeres líderes de Comfama y a sus conversaciones valiosas, entre ellas:

- **Gloria María Arango Restrepo**, Secretaria general.
- **Paola Andrea Mejía Guerra**, Responsable empeño y emprendimiento.
- **Paula Restrepo Duque**, Responsable contenidos.
- **Katherine Muñoz Monsalve**, Responsable financiera.
- **Patricia Helena Vahos Zuluaga**, Responsable talento humano.
- **Silvia Elena Ochoa Carvajal**, Responsable empresas.
- **María Luisa Zapata Trujillo**, Responsable gerencia social y relaciones internacionales.
- **Laura Victoria Suescún Ramírez**, Profesional gerencia social y relaciones internacionales.
- **Salomé Montoya Jaramillo**, Profesional cultura organizacional.
- **Perla Toro Castaño**, Responsable comunicaciones.

Los hombres como aliados en el poder femenino transformador...

Una propuesta de juramento para hombres feministas

No quisiera con esta propuesta menospreciar décadas de luchas políticas y sociales de mujeres que han elevado la conciencia de Occidente alrededor de la urgente necesidad social, económica y moral que teníamos (y aún tenemos) de ofrecer un reconocimiento pleno a los derechos de las mujeres para ser, hacer y liderar cuanto quieran y cómo quieran.

Por: David Escobar Arango, Director de Comfama

La lucha ha sido de ellas, será siempre suya, pero nadie dice que los hombres no podamos hacer algo, con mucho respeto, desde nuestra presencia en el mundo. Debo decir también que reconozco, sin más intención que ser honesto y motivar a otros a que hagan lo mismo, que luego de muchos años comprendí que soy un machista, hijo y nieto de hombres machistas en una sociedad machista. Sé que a duras penas puedo aspirar a ser exmachista, a apoyar la recuperación de algunos de mis congéneres y a comprometerme con educar a niñas y niños para que sean mujeres y hombres que dejen atrás ese lado oscuro de nuestra cultura.

De estos sesgos y este lado deficiente de mi educación no quiero culpar a mi madre o mi abuela, ambas mujeres libres, adelantadas a su época. Es, tal vez, gracias a ellas y a otras mujeres magníficas que he encontrado en mi vida personal y laboral, que hoy soy capaz de escribir esto.

A manera de un juramento hipocrático, como en medicina, e inspirado en los promotores del capitalismo consciente, quisiera proponer este juramento feminista para los hombres del siglo XXI:

Primero, cuestionarnos permanentemente. Tenemos sesgos, vivimos en ellos. No podemos evitarlos, pero sí podemos estar alertas y desconfiar de nuestros micromachismos, de nuestro lenguaje discriminatorio y de nuestra manera de relacionarnos con las mujeres. Las formas y el lenguaje de nuestros abuelos ya no son aceptables, no los podemos tolerar en nosotros ni en los demás hombres.

Segundo, no estorbar. Los hombres nos oponemos, obstaculizamos e impedimos, sin querer o queriendo, la libertad de las mujeres sobre su cuerpo, su vida, su carrera, en general sobre todas sus decisiones. Si solo hacemos esto, habremos hecho mucho.

Tercero, tengamos relaciones horizontales con las mujeres. Seamos amigos, mentores, colegas, jefes, parejas comprometidos con los principios del feminismo. La sociedad ha perdido demasiado al privarse del talento y la fuerza de millones de mujeres en los últimos siglos. No podemos regresar el tiempo, pero sí podemos garantizar que eso no siga pasando y, aún mejor, que no suceda nunca por culpa nuestra.

Los manifiestos se hacen, dice Jacqueline Novogratz, para sintetizar nuestras intenciones y valores, como declaraciones que señalan un camino, que enmarcan un mundo posible que aún no existe. **La invitación es, por eso, a que los hombres, sin importar edad, origen, cultura, posición u oficio, seamos parte del nuevo mundo, el balanceado e igualitario, un mundo que, al cabo de tantos siglos, esté completo.**

2020

Comenzar el año con gratitud

Muchas gracias al humo, a los microbios, al despertar.
Gratitud, Oliverio Girondo (fragmento)

¿Te acuerdas cuando llamaron de Eafit, aún no había pasado un año de la muerte de tu papá, a confirmar la beca con la que pudimos pagar ese primer semestre inalcanzable?, ¿te acuerdas cuando llamaron del banco en el que trabajó tu papá a decirme que habían decidido darme trabajo como gerente de una pequeña oficina en el centro de la ciudad?, ¿te acuerdas de esos amigos del alma que me acompañaban los fines de semana cuando enviudé, mientras estaba en la casa, llena de miedo, pensando que mis hijos adolescentes podrían morir en cualquier esquina?, ¿te acuerdas también de cuando me quedé sin empleo con la fusión de los bancos y me dieron trabajo en la Clínica Cardiovascular, el trabajo que más disfruté y en el que más aprendí en la vida? Tantos años después de la muerte de tu papá, me siento agradecida y orgullosa de la familia que somos, hemos luchado y trabajado mucho. También es verdad que mucha gente nos ayudó y que solos no hubiéramos podido. ¿Cómo no reconocer, cómo no agradecer?

Han pasado casi tres décadas desde la muerte de mi padre. Estas reflexiones tranquilas de la mujer admirable que es mi mamá, esos aprendizajes que surgen con los años, su agradecimiento a personas y empresas, hacia la vida misma, alimentan mi esperanza. Los años dan perspectiva, fomentan la gratitud y cultivan la humildad. Cuando uno está metido en un problema es fácil perder de vista el contexto, ver solo lo negativo y creer que está afrontándolo solo. Pero cuando miramos al pasado, vemos un montón de pequeñas cosas, que parecen casualidades, empujones del azar y miles de apoyos de terceros que posibilitaron nuestro camino.

A veces dejamos de percibir las maravillas que la vida nos ofrece y no somos conscientes de la situación de otros, cuyas desgracias son muy superiores a las nuestras, no valoramos suficiente el apoyo que recibimos ni las oportunidades que nacen de cada crisis. Perdemos el empleo, pero tenemos energía y salud. La empresa tuvo un mal año, pero sigue su marcha. La pandemia nos encerró, pero también nos unió. Perdimos a alguien querido,

pero los demás continuamos la vida. Podemos ver el vaso medio lleno o medio vacío, siempre tenemos la opción.

Al superar un problema, el que sea, enfermedad o desempleo, carencias o soledades, tendemos a creer que el éxito es producto de nuestra capacidad. En cambio, cuando algo difícil nos llega, pensamos que es mala suerte o culpamos a los demás, al Gobierno, al otro, a quien sea. Nos negamos a reconocer lo frágiles que somos, ignoramos nuestra vulnerabilidad, nuestra interdependencia con los demás, con las empresas, con las instituciones, con nuestros conciudadanos. La vida es una sucesión de hechos improbables que sin embargo suceden gracias a la red humana y social de la que somos parte. ¿Cuánto de lo que somos y hacemos, de lo que hemos vivido y logrado depende de los demás?

Gracias a las tribulaciones evidenciamos que no somos, sino que intersomos, como dice bellamente el monje budista Thich Nhat Hanh. Hacemos y vivimos gracias a una amplia malla de relaciones más o menos visibles. «Ningún hombre es una isla», escribió John Donne. La humanidad es exitosa cuando y porque coopera. No somos más fuertes ni más rápidos ni tenemos mejores sentidos que los demás animales del planeta. Somos buenos para trabajar en equipo, desde las tribus hasta los imperios, desde una huerta hasta las empresas multinacionales, somos el Homo Cooperador. Desde la comida que compramos en el mercado, pasando por los libros que leemos o el cine que vemos, hasta el agua o el internet que llegan a nuestras casas, son producto del trabajo y la creatividad de millones. Tenemos mucho por agradecer, a mucha gente.

Le escuché a un empresario decir que «los momentos importantes deben comenzar siempre con la gratitud», y este sí que es un año importante, porque debemos afrontar la pandemia, que no terminó en diciembre como muchos quisieran ni se acaba tampoco con la llegada de las vacunas. Debemos adaptarnos a lo inevitable, aprender del año pasado y seguir caminando. Este es el año para reactivar la economía, el empleo, las relaciones, la educación, la cultura y la vida entera.

Por eso, en Comfama proponemos comenzar el 2021 con gratitud profunda, no con fe ciega, sin decirnos mentiras, asumiendo la dificultad y la realidad. Necesitamos ahora una gratitud que ilumine, pero no obnubile, que nos aliente sin quitarnos la agencia sobre nuestra vida. Sugerimos un ejercicio sencillo para familias, empresas y grupos de amigos. Hagámonos esta pregunta para abrir el corazón y predisponer los espíritus: ¿qué tenemos para agradecer? Siempre, hasta en las situaciones más extremas y dolorosas, habrá motivos para la gratitud.

Aunque el año no comienza con la esperanza en su punto más alto, no nos podemos desanimar. Las instituciones, gobiernos, hospitales, empresas y organizaciones sociales no nos rendiremos. La vida siempre se abre paso; ahí están la familia que abraza de lejos, los amigos que nunca fallan, el arte que

nos ayuda a resistir la tormenta, nos tenemos unos a nosotros, estamos vivos: tenemos la responsabilidad de la esperanza.

Agradecemos juntos para que de allí emerja el futuro. Agradecemos para que la compasión y la solidaridad ganen ímpetu. Agradecemos para reconocer nuestros privilegios con humildad y alentar la solidaridad. Agradecemos para ver la luz en medio de las sombras, para encontrar en nuestro interior la fuerza y la inteligencia, la paciencia y la sabiduría necesarias para seguir sirviendo, para seguir creando, para no dejar de luchar.

2020

Atención, atención, atención

Un día, un hombre se aproximó a Ikkyu y le preguntó:

Maestro, ¿podría por favor escribir para mí acerca de las máximas de la más elevada sabiduría?

Ikkyu tomó su pincel y escribió: "Atención"

¿Solo eso?", preguntó el hombre.

Ikkyu escribió de nuevo: Atención, atención

Bueno, dijo el hombre, realmente no veo profundidad en eso que ha escrito

Entonces Ikkyu escribió la misma palabra tres veces: Atención, atención, atención.

Algo molesto, el hombre exigió: ¿Qué significa la palabra atención, en todo caso?

Ikkyu, amablemente, respondió: Atención significa atención.

David Schiller, The Little Zen Companion

Había muerto, estaba seco y arrugado, no había en él un solo signo de vida. Todo ocurrió con una rapidez increíble. En medio de mi angustia lo acaricié. Se sentía frío y mustio al tacto. Hace apenas unas semanas que lo visité parecía estar sano, sin embargo, unas manchitas me alarmaron. Me asusté, quise hacer algo, quizá más de lo debido.

Pero ahora mi rosal estaba muerto. Como no soy un jardinero experto, me limité a improvisar. Vi unas hojas secas, observé lo que tal vez fuera un hongo en el tallo y, actuando demasiado gerencial quizás, lo aboné mucho, lo podé en exceso y lo regué intensamente. Cuando uno está educado en la idea, tan occidental, de dominar la naturaleza, desconoce su fuerza infinita y la capacidad de los seres vivos de regenerarse con las condiciones adecuadas.

Le conté al jardinero y respondió ¡eso fue!, ¿qué?, pregunté, todo eso junto.

¿Nunca le dijeron, cuando era niño y tenía mascota, que no la sobrara tanto que

se le apestaba? ¿Usted es papá?, me preguntó, mirando mi apartamento con cierta desconfianza.

No, no soy papá... le respondí. Uno no abandona a los hijos, pero tampoco puede sobreprotegerlos. Es igual con las plantas. Lo miré, todo buen jardinero es un filósofo, y como filósofo genera algún recelo en los demás. ¿Qué diría El Principito si me pudiera ver?

Cuando comenzamos a preparar la edición de esta revista sobre la atención y su poder, no teníamos idea de lo que íbamos a descubrir. Pensamos que sería cuestión de contar historias de esperanza, de personas y organizaciones que se esfuerzan, se enfocan, se comprometen y logran lo que se proponen. Supusimos que sería tan fácil como decir que «aquellos a lo que le prestamos atención crece».

Cuando leímos la primera versión nos sentimos vacíos. Entendimos que comenzábamos la exploración de un mundo desconocido para nosotros. Pronto ratificamos que el manejo de la atención es absolutamente necesario para la vida personal, familiar, organizacional y social, pero estudiamos un poco más y nos encontramos con que es bastante más compleja de lo que inicialmente pensábamos.

Prestar atención no es lo mismo que aferrarse a ideas, personas, valores o deseos. Descubrimos que hay una diferencia muy grande entre la atención y la obsesión. Referenciamos desde la sicología y buscamos un poco de sabiduría japonesa. Le dimos vueltas desde la fotografía y el arte, por aquello del encuadre, del foco. Luego de este corto viaje, tenemos esta hipótesis: la atención es un asunto de punto medio.

Sin atención, nada sucede, nos perdemos, nuestra energía se dispersa. Con demasiada atención, por otro lado, nos aferramos, nos volvemos adictos. Así lo dice Stephen Gilligan en su bello libro *The Courage to Love* (El coraje de amar), la idea es usar la atención «ni muy apretada ni muy suelta».

Como en la historia del aprendiz de jardinero, en la que fue evidente que el amor y la atención tienen un punto medio, donde la solución no es presionar a la naturaleza ni tampoco desentenderse; no acosar, pero tampoco huir. El fenómeno se da en muchas de las dimensiones de nuestra vida personal y laboral. Sin atención, no avanzamos, con demasiada atención, por otro lado, perdemos el panorama. Es como cuando manejamos un carro, hay que observar el camino, sin perder la visión periférica.

Si nos aferramos, nos volvemos rígidos, perdemos oportunidades, no vemos lo emergente. Por ejemplo, debemos cuidar nuestra salud, pero un exceso de atención a ella genera hipocondrías o manías. También sucede en el trabajo, queremos avanzar hacia un propósito superior, tener estrategia es fundamental, pero los planes detallados y la microgerencia se convierten en una camisa de fuerza.

Vivimos en tiempos en los que la atención es escasa y esquiva. Por eso los invitamos a reflexionar y conversar sobre ella. Aspiramos a que, con esta publicación, muchas familias y amigos suelten su celular y se dediquen una noche plena, cada vez con más frecuencia. Nos imaginamos que las empresas ganen conciencia de que ese bombardeo de chats, correos y mensajes por todos lados y a todas horas drena la preciada atención de sus trabajadores. Necesitamos en nuestras organizaciones más silencios, un poco de vacío para que surja la creatividad, más conversaciones tranquilas, hacer nuestro trabajo conectados, presentes, no pensando en esos mensajes sin responder ni en la reunión que sigue a continuación.

Ante el descubrimiento, gracias a la pandemia, de nuestro desafío histórico de salud mental, aportamos estas historias con la ilusión de que alguien las lea, se vea reflejado y comprenda que el manejo adecuado del encuadre y el enfoque de nuestra atención, en la vida como en la fotografía, aclara el camino, nos moviliza y crea el mundo, nuestro mundo.

2020

¿Cómo despolarizarnos?

“Tal vez necesitamos de más benevolencia (benevolencia suena a santidad, aunque no debería ser así), o mejor, de menos severidad con las personas, sin perder el vigor de la argumentación”.

Mauricio García Villegas, El país de las emociones tristes.

«¿Cómo vamos a dialogar con un Estado asesino?», me escribió alguien, luego de haber hecho una tranquila invitación a la conversación, a dejar de aferrarnos a nuestras ideologías y a ciertos modos de pensar, en la que citaba al biólogo chileno Humberto Maturana, quien había muerto un par de días antes.

«Los jóvenes no pueden definir la agenda del país y menos a la fuerza», me dijo un empresario afectado por los bloqueos, como respuesta a otra invitación a escuchar la voz de esta población, a reconocer sus dolores y a abrazar la urgencia que tienen de paz, empleo, emprendimiento, inclusión, cuidado del medio ambiente y educación.

Me quedé pensando, dolido y asustado, confieso que sentí, incluso, algo de angustia. Si así hablan los más razonables, las personas de buen corazón, ¿qué dirán los otros, los extremos que admiten la violencia? ¿Cómo unir estos extremos, estos polos opuestos?, ¿cómo sentarlos a conversar? Siempre, la pregunta en Comfama es ¿cómo podemos servir? Hacernos los locos, «pasar de agache», etcétera, no era una opción...

Muchos fenómenos convergen; marchas ciudadanas no violentas, dificultad para lograr acuerdos políticos mínimos, estallidos callejeros, violencia verbal y armada, oportunismo político, aprovechamiento de parte de actores ilegales y,

a pesar de los esfuerzos de muchas personas bienintencionadas, grandes limitaciones del Gobierno y de las instituciones para responder adecuadamente ante tan monumental desafío.

En las últimas semanas Colombia se ha sacudido. En una especie de tormenta perfecta confluyeron problemas que envejecieron mal, heridas recientes que habían sanado en falso, expectativas y promesas no cumplidas, con el cansancio, la pobreza y el hambre derivados de la pandemia. Estamos frente a hechos inéditos, que parecen estar a punto de superar nuestras capacidades y recursos. Se trata, tal vez, de un cambio de época, una transición de valores, un mundo que emerge y que no tiene vuelta atrás si no llegamos a unos nuevos acuerdos sociales, acerca del país que queremos y podemos ser.

Una salida fácil y obvia es mirar hacia los gobernantes. Criticarlos por todo lo que hacen o dejan de hacer y sentarnos a esperar a alguien que nos salve. Sin embargo, el ejercicio ciudadano implica la responsabilidad de preguntarnos qué podemos hacer. En el siglo XX esta pregunta se respondería invitando a esperar las elecciones y a votar a conciencia. Sin embargo, ese paradigma está superado desde hace rato. Claro que debemos votar y, como le escuché a una joven líder hace unos días, debemos también ser veedores y exigir permanentemente a nuestros gobernantes. Los mejores gobiernos están limitados por la calidad de las instituciones y por la cultura política de las sociedades. Sin embargo, la pregunta ahora es más precisa y el reto, tal vez, mayor. ¿Qué podemos hacer desde nuestro lugar en el mundo, reconociendo que todos podemos ayudar?

La propuesta de Comfama, que no es más que otra hipótesis para seguir conversando, es que todos podemos construir paz desde nuestro espacio. Cada uno puede y debe ser mediador en este momento histórico.

Tal vez estamos frente a un fenómeno de descontento que va más allá de lo que pasa en las calles. Nadie debería criminalizar las marchas, así haya algunos criminales pescando en río revuelto, hacerlo sería pretender tapar el sol con un dedo. Quizá las marchas sean apenas un reflejo de lo que se vive, silenciosamente, en el corazón de muchos que callan en hogares y empresas. Hay otros que no marchan, pero sienten igual, y quizás estén dentro de su organización, querido empresario, o en su casa, apreciada madre de familia. ¿Ya indagamos acerca del paro con los jóvenes más cercanos, empleados, hijos, familiares o vecinos?

Los conflictos más complejos surgen y persisten debido a la poca comprensión que el ser humano alcanza a tener de las emociones propias y ajenas, de lo limitado de nuestras percepciones. La precaria empatía de la que somos biológicamente capaces es una herramienta imprecisa para la complejidad de los problemas de las familias y organizaciones modernas, y de sociedades democráticas compuestas por millones de personas que nunca se conocerán entre sí, y que conforman lo que llamamos ciudades y naciones.

A pesar de este inmenso desafío y sus dificultades, en Comfama queremos promover la comprensión de esta complejidad. La respuesta, si no está en la biología, podría muy bien estar en la cultura. Es necesario dialogar, toca escuchar, porque los colombianos nos debemos y le debemos a las nuevas generaciones la paz y la concordia social.

Por esto queremos invitar a un ejercicio de escucha comprensiva y compasiva del otro, de los otros. Despolarizar es de las cosas más difíciles en la era de las redes y de la cultura de la cancelación. Escuchar es un reto mayúsculo cuando pensamos que el interlocutor es inmoral o tonto, o que en el mejor de los casos está mal informado. Sin embargo, casi todos, excepto algunos sociópatas, tenemos un núcleo de valores comunes y buscamos, por lo menos, la justicia y la compasión. En cada historia de vida hay, además, experiencias y emociones que nos unen. Todos tenemos sueños, hemos sido heridos, hemos sentido miedo; todos tenemos por allí, en el fondo, la esperanza de no tener que pelear para ser lo que queremos ser.

Ante este escenario, hoy en Comfama tenemos más claro que nunca que somos puente y territorio de paz, que nos corresponde generar encuentros improbables y promover conversaciones difíciles. A la seguridad material que proviene de subsidios, becas y empleos, debemos agregar la búsqueda de seguridad existencial, para sentirnos todos reconocidos, respetados y tratados con dignidad. Por eso estamos listos para dialogar y escuchar todas las voces con cariño, así vengan envueltas en ira o llenas de miedo. Esta Revista busca alentar discusiones en familias, grupos de amigos y empresas, para que en lugar de negar o quejarnos de lo que estamos viviendo, nos volvamos parte de la solución.

Las Cajas nacimos del diálogo social y seguiremos comprometidos con él, queremos estar presentes en estas épocas grises como hemos estado siempre, en los auges y en las crisis. Por eso, los invitamos a leer estas entrevistas, estas historias, estos consejos sobre cómo escuchar, cómo dialogar, cómo comprender sin juzgar y cómo buscar lo que nos une en vez de concentrarnos en lo que nos separa.

Hicimos este trabajo con amor y estamos comprometidos con múltiples iniciativas de construcción de paz, tanto en lo nacional como en lo regional, porque tenemos la aspiración realista de que, en esta tierra de Antioquia, donde tanta violencia ha habido en las pasadas décadas, haya cada día más personas que unan en lugar de dividir, que medien en lugar de insultar, que negocien no para vencer sino para engendrar victorias colectivas, que construyan futuros posibles, utopías ambiciosas hacia las que podamos, al fin, caminar juntos.

Es el año 2021 y Colombia vive días de protesta. Miles de personas salen a las calles a reclamar por la igualdad, en el marco del denominado paro nacional.

Por eso, esta edición de la revista Comfama es un compendio de puntos de vista distintos que confluyen ante las mismas preguntas. Algunas de esas miradas son comunes, otras no, pero todas son valiosas y complementarias. Se trata de un ejercicio de escucha y conocimiento del otro, una invitación a tomarse el tiempo necesario para calzar sus zapatos y ver que dialogar es posible. Para argumentar esta premisa, en cada una de las páginas de esta edición tendremos lecciones tomadas de John Paul Lederach, experto internacional en negociación y resolución de conflictos.

Siempre es #TiempoParaDialogar

Peregrinos del propósito

¿Amas tu trabajo? Lo amo. ¿Es lo que te soñabas cuando eras niño? Obvio no, cuando estaba en primaria quise ser escritor, luego pensé en construir puentes y, al final del bachillerato, no sabía si quería ser médico, ingeniero, agricultor o profesor de literatura. ¿Entonces lo que haces hoy es lo que añorabas como estudiante universitario? No, realmente no. En esa época no tenía idea de nada. ¿Qué tan lejos está lo que haces hoy de tu primer trabajo? Son dos mundos opuestos. Ah, bueno, ¿pero ahora estás 100% dedicado a esto tan bonito que haces? Por nada del mundo, trabajo duro, pero también viajo, leo, escribo, amo, duermo... tengo varios voluntariados y algunos hobbies. ¿Y te vas a pensionar acá? Mira, te respondo como dijo el ciclista Rigoberto Urán alguna vez, ante una de esas preguntas imposibles de un periodista deportivo, «yo qué voy a saber...».

Esa fue una de esas conversaciones que le hacen sentir a uno algo de vergüenza. Un joven universitario me vio por ahí en alguna charla en línea y me escribió por Twitter. Le di mi correo, me sorprendió la energía de sus palabras y nos conectamos para hablar por Teams. Antes habría sido en un café. Quería saber de mi vida, intuía, tal vez, algún reflejo de sí mismo, un futuro posible al verme por ahí contando historias. Tenía las preguntas de siempre, las de todos, aquellas que duelen particularmente a los 20 años: ¿quién soy?, ¿qué haré con mi vida?, ¿cómo encuentro eso que llaman el propósito?

Supongo que esperaba una historia de vida tradicional, lineal. «Toda la vida quiso ser presidente», como dicen de algunos políticos. «Desde chiquito escribía historias para entretenér a las tías», se comenta del gran escritor. «Vendía un hueco cuando estaba en el colegio», aplica para algunos empresarios. En mi caso le conté de mis accidentados caminos, de mis preguntas, prevalentes a lo largo de décadas, de mis caídas y mis golpes de suerte, de mi gratitud con la vida, de mi alegría (aprendida) por haberme equivocado mucho. Confesé también cierto escepticismo y una curiosidad vigente sobre la tarea que me corresponde en el universo. Al final, hablamos hasta de salud y espiritualidad. Sorprendido y medio desanimado, me dijo: «tantas dudas a una edad en la que se supone que uno debe tenerlo todo claro».

Pensando en innumerables jóvenes como él, hombres y mujeres con sueños e ilusiones que buscan su propósito y un buen trabajo, que piden a gritos ayuda, norte, luz, oportunidades, en Comfama decidimos hacer esta Revista. En ella contamos historias de estudiantes, emprendedores, empleados, jóvenes y personas maduras, que han dudado y luego encontrado, que han construido y elegido sus tareas o, como dicen algunos, sus vocaciones.

Hay gente a la que le cae el propósito como un rayo, «se dan cuenta qué son», como sugirió García Márquez, o como le sucedió a San Pablo, según los textos antiguos. A mí me gusta pensar que ellos son excepciones, que la regla general es que nadie sabe del todo para dónde va. Improvisamos la vida con algo de racionalidad y cierta preparación, bajo supuestos heredados y con información incompleta. Hacemos lo mejor posible con lo que tenemos y lo que encontramos.

En Comfama nos ilusiona ver a la juventud en la búsqueda de su propósito. Presentimos que, detrás de esto, hay compromiso social, ilusión de ser útiles, ambición de ser buenos. Sabemos, sin embargo, que pululan las falsas promesas y los mensajes pobres de superación sin fondo suficiente. Se ignora, primero, el difícil contexto de la mayoría de los jóvenes en Colombia, algo que esta institución trabaja cada día para cambiar.

Segundo, y a esto dedicamos esta publicación, falta explicar algo fundamental: los propósitos no vienen empacados en cajas en el supermercado ni los despachan a domicilio, no están allí esperándonos. Es necesario crearlos, surgen de la vida misma, de la acción, los encuentros y los desencuentros, de la fricción del ser humano con la existencia. Esta palabra propósito, un tanto manoseada, tiene el riesgo de volverse el objetivo oscuro de una nueva y peligrosa religión.

Existe el peligro de que muchos se depriman porque no encuentran un trabajo «para su propósito» o que se sienten a esperar a que este brote espontáneamente de la tierra.

En Comfama pensamos que las personas, como artistas de nuestra vida, recibimos una materia prima y hacemos con ella lo mejor que podemos. Viajamos por la vida degustando, aprendiendo qué nos gusta, qué no, para qué somos buenos, practicando diferentes oficios con mente y corazón abiertos, porque allí pueden estar los amigos, la fuerza o la habilidad que más adelante vamos a necesitar y celebrar.

En esta publicación hablaremos de autodescubrimiento, de resiliencia, de adaptación, de incertidumbre, de exploración. Nos gusta la imagen del peregrino, los peregrinos son seres especiales porque observan el camino, lo viven, no lo objetan, lo reciben, aprenden, se adaptan y comprenden íntimamente que, al final, se trate de la vida o del trabajo, el viaje de la vida es, ante todo (siempre lo será) un viaje por nuestro mundo interior, el territorio más amplio y rico que tenemos la oportunidad de conocer.

Con esta Revista nos gustaría inspirar conversaciones, sembrar preguntas en los jóvenes y en sus familias, en sus mentores y sus maestros. La hacemos, no porque creamos que el avance o progreso, la realización humana, dependan únicamente del esfuerzo individual; en Comfama conocemos la importancia de la solidaridad, de las oportunidades que la sociedad debe dar cada vez con mayor contundencia a través del Estado, las empresas y las demás instituciones. Desde luego, tampoco estamos proponiendo que «quien quiere, logra», así de simplón, y de falso. Sí creemos, sin embargo, que cada uno tiene la libertad y, si se quiere, la responsabilidad consigo mismo, de navegar la vida, aprovechar las oportunidades, moldearse, leer el contexto, superar los malos ratos y, desde luego, no dejarse abatir, seguir buscando. El esfuerzo individual, la persistencia del peregrino que da un paso a la vez, afronta un día tras otro, sonríe a la lluvia y saluda al sol, es fundamental para aprovechar y disfrutar de este, nuestro propio y único camino.

¿Qué tal si pensamos que no tenemos un propósito, sino que lo vamos construyendo lentamente, a pulso, mediante el antiguo método del ensayo y el error?

2020

Del tabú al reconocimiento y la celebración

La vida salió del mar. Venus chorreando agua.
Por eso la sangre es salada como el océano
y la proporción de sal es la misma.
Y como el sodio, el potasio, en nuestras venas
son el océano primigenio.
Chorreando lágrimas y sangre.
Ernesto Cardenal, en Cántico cósmico.

Como muchos hombres de mi generación, crecí prácticamente aislado de los ciclos de la naturaleza. Urbanita desconectado de la luna y del sol, de los equinoccios y los solsticios, alejado del sentido sagrado y mágico de la lluvia. Igualmente, como hombre en una sociedad machista, fui educado bajo el tabú del ciclo femenino; aprendí un montón de palabras para enmascarar la menstruación. Me enseñaron a no mencionarla, a no verla, a no querer verla.

Fueron los años y las mujeres más sabias las que fueron, poco a poco, mostrándome que, así como la lluvia limpia y nutre la tierra, la sangre de la

menstruación es parte de la inauditamente perfecta biología humana. Aprendí que la menstruación contiene la misma magia de las mareas, de los ciclos lunares y de las estaciones. Comprendí que no hay nada malo ni feo ni sucio, sino pura y sublime belleza tras ella y que, no solo no hay nada que temer, sino mucho que celebrar con su existencia.

Gracias a Juana Botero, colega acá en Comfama, codirectora de esta edición y mentora de muchos en la causa de la cual emerge esta revista, aprendí también que el mundo, al desconocer esta realidad, al ocultarla, al volverla injustamente vergonzosa y pretender ensuciar su belleza, creó injusticias que desnivelan, ¡aún más!, el camino del progreso y el cuidado para niñas, adolescentes y demás personas menstruantes alrededor del mundo.

La exclusión menstrual existe, la pobreza menstrual aleja a niñas de la educación y amplía una brecha ya de por sí inaceptable. Los derechos menstruales, como la incapacidad menstrual pagada, el acceso a productos de gestión menstrual sostenibles o contar con agua potable para facilitar la higiene, deberían ser temas de discusión en el planeta entero, al menos para ver cuándo sí y cuándo no, cómo sí y cómo no asumirla.

Por eso hacemos esta revista, para elevar la conciencia de empresas, comunidades y actores públicos. Queremos hablar de menstruación para que otros hablen. Lanzamos nuestro programa de subsidio y de educación sobre el tema no solo para apoyar a miles de personas que, en lugar de celebrar su ciclo menstrual, encuentran en este un factor de vergüenza y discriminación.

Nuestra intención es ambiciosa; queremos que Colombia asuma este asunto con quienes lideran organizaciones, empresas y gobiernos. Con esta revista queremos proponer una conversación amplia sobre menstruación en nuestra sociedad, para derrumbar el tabú, eliminar la muralla y celebrar, finalmente, la vida que fluye y cicla, que cada día se transforma.

2020

La necesidad de las fiestas

¿Por qué nos atrae el ritmo, la música, la danza, sino porque ello une nuestros átomos y moléculas?

Ernesto Cardenal, en Cántico Cósmico.

Los salones sociales de las urbanizaciones de Medellín son cualquier cosa, menos sociales. Con sus paredes blancas y piso desnudo, son lugares tan desabridos que en ellos se siente frío en medio de una ciudad que casi todo el año disfruta de un clima entre templado y caliente. Cuando se usan para

fiestas, la situación no mejora. Una mesa con un mantel de plástico y alguna decoración no alcanzan a llenar el vacío que produce el espacio. Al menos así lo recuerdo, producto de decenas de fiestas frustradas en mi adolescencia. Prefería cuando eran en un garaje o en una casa porque, como no cabía todo el mundo, uno podía estar afuera conversando, sin que se notara lo mal bailarín que era. Para decir la verdad, no me gustaban las fiestas, nunca me han terminado de gustar y no me siento orgulloso por ello. Me preocupa estar, como dice un amigo, «enfermo de solemnidad».

Recuerdo la primera. Tendría 14 años y eran unos quince de la hermana de un vecino. La primera parte fue fácil, porque era casi infantil, entre fiesta y piñata vespertina, sin música, con juegos y actividades en el parque. Al caer la tarde, la cosa se complicó. Entramos al salón, organizado con sillas recostadas contra la pared que formaban una pista de baile. Empezaron a dar ron y aguardiente, con esa precoz generosidad etílica tan común en Antioquia.

Permanecí aterrorizado toda la noche, como amarrado a mi silla, viendo bailar. Era raro, porque mis papás eran muy buenos bailarines. Pero esa tarde caí en cuenta de que, por alguna razón desconocida, no había pasado por esa alfabetización básica, ni la del baile ni la del goce. Creo que estuve cerca de un ataque de pánico cuando una niña, más o menos de mi edad, me estiró la mano para sacarme a bailar. Aún me la encuentro en la calle y siento pena por mi negativa adolescente, de la que ella, obviamente, ni se acuerda. ¿Será que, así como existen las artes de vivir y de amar, podríamos pensar también en el arte de gozar y celebrar la vida? Si fuese así, seguramente podríamos aprenderlo en el contexto y con los maestros adecuados.

Décadas después, cuando fui por primera vez al Carnaval de Barranquilla, sentí envidia de la buena, tanto en la calle como en las fiestas. «Desconfíe de la gente que no baile y no se ría», me dijo un amigo en una conversación, mientras nos acercábamos a la Vía 40. Desde entonces, he hecho lo posible, con algunas limitaciones, por no merecer jamás la desconfianza de los hermanos caribeños. Aún hoy, miro hacia atrás y me pregunto ¿por qué en mi casa y mi colegio no me enseñaron a disfrutar las fiestas?

Hasta la muerte de mi padre, la timidez ganó la partida por nocaut. Luego, en la universidad, usé el licor como medio para llegar a la esquina fiesta. Pero pronto descubrí que se trataba de rumbas sin magia, sin conexión humana, cultural ni espiritual; eran, de alguna manera, espacios vacíos. Mientras comienzo a escribir esto, busco el texto de Juan Luis Mejía, Nostalgia de Carnaval, una de las fuentes que inspiró esta edición, lo encuentro en Universo Centro y subrayo: «[...] la alegría colectiva, la risa, la charada, se suprinen y nos refugiamos en el rincón de una cantina». ¿Por qué será que por acá hay tantos que piensan que fiesta es solamente licor en exceso?, ¿será que es nuestra forma de huir del verdadero carnaval, ese “donde la sociedad se pone de cabeza”, donde todos somos iguales, ese que nos conecta con lo sublime y con lo eterno, que permite a nuestra alma celebrar los sentidos, la vida y el universo?

Confieso que escribo este editorial con esa misma nostalgia y, podría decirse, casi con urgencia de carnaval. Yo también me siento, a ratos, como un monje, retomando el texto de Juan Luis Mejía, en «una Cuaresma perpetua». Me hace falta ser parte de más «alegrías colectivas» y de cierta «transgresión momentánea del orden establecido». Ojalá podamos remediar el hecho de que este departamento haya perdido todos sus carnavales. Me pregunto, les pregunto, ¿cómo podremos los antioqueños, en lo personal, organizacional y social, reconquistar el carnaval, valorar las festividades, tener más rituales y celebrar sin vergüenza, sin culpas por no estar trabajando, sin prejuicios culturales frente a los que ríen, gozan y bailan?

En Comfama hacemos esta revista porque creemos que, ahora que todos buscamos reencuentros y abrazos, puede ser una gran oportunidad para explorar las múltiples formas de la fiesta, del jolgorio y la parranda. Este es, tal vez, el tiempo para volver al carnaval, reabrir los festivales y celebrar unidos. Necesitamos más pausas festivas, porque protegen la salud mental, nos ayudan a ser más flexibles ante las tormentas y navegar la incertidumbre. Quizás, luego de lo vivido en la pandemia, seamos capaces de hacer más eventos de ciudad, de empresa y de familia, que generen cohesión social, que nos igualen y sean, gracias a la música, el juego y el relajo, como una fuente fresca que sane nuestra alma fatigada.

Sería maravilloso que las reflexiones pos-covid nos sirvan para dejar atrás las borracheras tristes y violentas, a transformarlas en encuentros divertidos y tranquilos, en explosiones coloridas de alegría colectiva. En Comfama queremos que las familias celebren, que los amigos gocen, que las empresas rían, que la ciudad afronte con alegría la chanza, el disfraz y el goce de estar vivos y estar juntos. Por eso en estos textos y estas historias que hemos cosechado para ustedes, queremos invitar a Antioquia a explorar, crear y provocar las tan necesarias fiestas.

2020

Yo también menstrúo

Un manifiesto para personas menstruantes

El trabajo en equipo, la mirada femenina y el enfoque de género son una fuerza que cambia de a poco el mundo. Cinco mujeres nos juntamos en abril del 2021 para conversar sobre nuestra menstruación, nuestros cuerpos y los de otras personas menstruantes. Paulatinamente otras voces se unieron a lo que hoy llamamos Célula de Menstruación Consciente Comfama. Fruto de estas conversaciones puestas sobre la mesa logramos el primer subsidio menstrual en Colombia y entre todas, a 12 manos, construimos este manifiesto:

¡La menstruación existe!

Y es algo tan natural como respirar, dormir o comer. La mitad de la humanidad menstruó, menstrúa o menstruará. A la menstruación la dignifico y la llamo por su nombre.

Menstruar es más que sangrar, es un asunto biológico, social, ambiental, cultural, político y espiritual.

No solo menstruamos las mujeres, por eso hablamos de personas menstruantes, reconocemos la diversidad de los cuerpos y las identidades. También menstrúan las personas no binarias que nacieron con útero y los hombres trans.

Como persona menstruante honro a quienes nos educaron sobre nuestros cuerpos con las herramientas que tenían.

Hoy tengo más información para terminar con mitos y tabúes sobre la menstruación, gracias al camino que recorro diariamente reconociendo cada momento de mi ciclo.

Hablar de menstruación es abrir la puerta hacia una conversación sobre nuestros cuerpos menstruantes, nuestra sexualidad, nuestra libertad para decidir, nuestras condiciones económicas, nuestra relación con el trabajo y la calle.

Soy consciente de que se menstrúa diferente según el contexto, por eso me pregunto por las realidades que nos rodean para diseñar soluciones desde la diferencia.

No soy una persona lineal, ¡soy cíclica! como la naturaleza, por eso la gestión de mi menstruación la hago de manera sostenible y respetuosa con el ambiente, elijo productos que me hacen sentir cómoda, segura y que pueden ser respetuosos con el planeta. La menstruación es como una brújula para nosotras las personas menstruantes, un ciclo ovárico y hormonal sanos que indican bienestar físico, emocional y mental.

No normalizo los dolores, enfermedades y molestias relacionadas con el ciclo, si se presentan son una alerta de que puedo hacer algún cambio en mi forma de gestionar la menstruación y mis hábitos.

El conocimiento y la educación menstrual son herramientas que me hacen una persona dueña de mi cuerpo y libre de decidir sobre este.

Por:
Juana Botero, Mónica Cristina Arango,
Vanessa Martínez, Claudia Patricia Vera,
Andrea Guerra, Tatiana Giraldo,
Luisa María García, José Luis González,

María Isabel Sanín, Paulina Tejada,
Andrea Cataño, María Cecilia Cardona

2021

Una visión positiva del campo

En el hogar familiar de mi infancia hubo una época que sabía y olía a piña madura. Al principio era lindo y emocionante que mi abuela tuviera una finca en buena parte dedicada a la agricultura. «Un millón doscientas mil matas de piña», decía mi papá con orgullo.

Con el tiempo, me di cuenta de que la piña era para él una fuente de estrés, no hacía sino hablar de la ley quinta y del crédito que tendríamos que pagar con recursos propios porque el precio había bajado. En la casa, el tema y el producto se tomaron, literalmente, todos los espacios. En las mañanas nos daban jugo de piña y tajadas de piña fresca. Las comidas estaban acompañadas con el mismo jugo, así mismo, descubrimos las recetas más rebuscadas de arroz, carne, pescado y pollo con salsa de piña; los fines de semana la sorpresa era ¡pizza hawaiana! «Piña hasta por las orejas», decía mi mamá. Digamos que el proyecto fue, no quiero ser injusto, un fracaso dulce y lleno de aprendizajes.

Pero Juan Gabriel no se quedó ahí. Fueron unos años 80 llenos de experimentos con ganadería, en los que intentó con leche, carne y doble propósito. También hubo agricultura: sembrados de tabaco, yuca, plátano y maracuyá. Gozaba combinando su trabajo en el banco con el emprendimiento agrícola. Se preciaba, antecesor de los actuales regeneradores, de haber reservado la tercera parte de la tierra y todas las cuencas de quebradas para monte; era feliz viendo que a Altair llegaban los estudiantes de la Universidad Nacional a observar aves y nos alentaba a explorar y a darle reporte de los micos, osos hormigueros, armadillos, pequeños felinos y perros de monte que encontráramos en nuestras caminadas infantiles.

Con la perspectiva que dan los años y desde el rol que ahora ocupo, me pregunto cómo recoger sus legados y lecciones.

Mi padre era un soñador con una confianza en el campo colombiano que casi rayaba con la que llaman «fe de carbonero». Por eso, al sentarme a leer esta Revista, pienso en todo lo bueno que aprendí de sus tribulaciones campesinas. Su curiosidad, persistencia y experimentación incessantes, su idea de combinar producción con protección, su amor por las aves y su afán por demostrar, aún sin la formación o la capacidad empresarial, que **Colombia podía ser una despensa para el mundo, una nación autosuficiente y un paraíso natural para extranjeros y locales.**

Hoy casi treinta años después de su muerte dejé de burlarme de su idealismo y sus fracasos para admirar aquello que hoy lo haría único. **También pienso en su contexto y me pregunto qué habría facilitado o catalizado su éxito como emprendedor rural y hoy, al leer esta revista, lo veo mucho más claro.**

Un funcionario público muy experimentado me dijo hace unos años que no me afanara por entrar al campo con Comfama, que la seguridad social no podría llegar «allá» sino cuando hubiera empresas formales, que el campo colombiano era pobre, informal y violento. Bobos cariados, como se dice, **ahora podemos afirmar que esta institución lleva casi diez años invirtiendo y confiando en el potencial de las regiones de Antioquia.**

Más de \$200 mil millones invertidos en sedes, parques, oficinas, centros de salud y la Clínica Panamericana, y el despliegue de un equipo de trabajo que supera las 1000 personas por fuera de los valles de Aburrá y San Nicolás, son testimonio de ese compromiso.

Las empresas y las familias, en respuesta, nos han entregado su confianza. Más de 500.000 personas reciben ahora nuestros servicios en las regiones, hemos más que doblado el número de empresas afiliadas en menos de cinco años; lo que ha pasado en Urabá, de la mano de Sura y los empresarios de la zona, nos sorprende y entusiasma, y ahora queremos replicarlo en más regiones. También asumimos la aceleración del proyecto de desarrollo rural más emocionante de Antioquia, el agroparque Biosuroeste, como parte de una amplia alianza intersectorial que nos recuerda la importancia de unirnos alrededor de grandes causas.

Este nuevo contexto, por otro lado, nos ha transformado. Estamos aprendiendo, solos y con aliados, sobre crédito rural, asistencia técnica, formación en agro, permacultura, ganadería regenerativa, conservación ambiental y ecoturismo rural y comunitario. **Nuestro horizonte, nuestro corazón y nuestra mente organizacional se han ampliado y nos muestran nuevas fronteras.**

Al comenzar a caminar el territorio la mirada se afina, vemos con claridad porque estamos más cerca. El campo antioqueño no es, por definición, violento ni pobre, aunque no se puede negar que tiene violencia y pobreza. Nosotros, sin embargo, vemos su realidad, proyectamos su futuro y no podemos aceptar definirlo desde una mentalidad de escasez.

Empresas de todos los tamaños y en diversos sectores nos asombran por su pujanza y su visión. Emprendimientos agroindustriales, comunitarios, asociativos y regenerativos dan ejemplo, señalan caminos e inspiran a otros; crean empleo, cuidan la naturaleza, atraen visitantes, construyen clase media y desarrollan municipios.

Por eso, al ver tantas historias de éxito y posibilidad, decidimos hacer esta revista. Queremos que los empresarios se den cuenta de que llegó la hora, más aún con la construcción de las esperadas vías 4G, de invertir masivamente en nuestro campo; que las familias de las regiones se sientan orgullosas; que los habitantes de las ciudades visiten con asombro y curiosidad este presente que nos conecta a todos a través de un hilo verde de belleza y pujanza.

Hablemos del campo, no como problema, ni como parte de un futuro siempre aplazado. Confiamos en que el trabajo conjunto entre empresarismo, cultura, educación, instituciones públicas y organizaciones sociales, así como la priorización del talento de las personas y el fortalecimiento de sus capacidades, nos permitirán entregar a las siguientes generaciones una ruralidad moderna que produzca alimentos, cuide el agua, limpie el aire, nos acoja a todos, y simbolice, no solo lo que fuimos, sino aquello que podemos llegar a ser.

2021

Nacidos para jugar

El césped, el campo de tenis, el tablero de ajedrez y la rayuela no se diferencian formalmente del templo o el círculo mágico.

Johan Huizinga – Homo Ludens

«Esta semana no hay colegio», dijo mi papá. «Hay un daño de epm, no habrá agua por una semana y el colegio no puede funcionar sin baños». Mi hermano Santiago y yo nos miramos y saltamos de alegría. ¡Una semana libre! ¿Qué hacer con ese tesoro recién descubierto?

La decisión de jugar Monopolio fue fácil. Nos lo habían regalado hacía unos meses y nunca habíamos podido aprovecharlo bien. Siempre quedábamos a mitad de camino; cuando las cosas se ponían más emocionantes teníamos que irnos a hacer tareas, volver de la finca o irnos a acostar.

Fue una semana inolvidable. Todas las mañanas, en pijama, nos sentábamos a jugar, a tirar los dados y a comprar y vender ferrocarriles, casas y edificios. El lunes al final del día, cuando parecía que la sesión iba a terminar prematuramente y conmigo al borde de la derrota, mi hermano, que probablemente debía parte de su espíritu emprendedor a este juego de mesa, propuso: «¿Qué tal si te presto plata? Lo apuntamos en este cuaderno, le ponemos un interés y seguimos jugando...».

¡Y así fue! El objetivo era no perdernos ese momento de feliz abstracción, no alejarnos de esa conexión con el otro, extender lo más posible la dicha del juego, con su mezcla de alegrías y frustraciones y, sobre todo, disfrutar de ese viaje por un tablero lleno de sorpresas. Hasta momentos de pelea hubo, que

aprendimos a resolver con algo de mediación materna. Cambiar las reglas es emocionante, pero tensionante, y a una invención o innovación le sigue otra. Al cabo de un par de días, jugábamos nuestro personal y único Monopolio. A ratos ganaba el uno, luego el otro e incluso llegamos a ser socios en algunas inversiones.

Hubo competencia, clase de finanzas, muchas risas, tensión creativa, solución de conflictos y, en especial, en esos cinco días Santi y yo nos hermanamos como nunca. Décadas después, aún recordamos esa semana bañándonos con «agua echada», entregados al juego infinito, sin prestar atención a nada más. Aprendimos, probablemente, más en esos días que en varios meses de colegio.

Las experiencias más memorables de la vida infantil suceden mientras se juega. Al escribir este texto, veo en mi propia historia decenas de momentos significativos atravesados por el juego, en sus múltiples formas: el ritmo musical de Los maderos de San Juan; las aventuras juveniles en la finca de mi abuela; los juegos de mesa con los primos (damas, ajedrez, parqués, estrella china, rumi); el Boggle y el Scrabble que me enseñaron palabras misteriosas y sembraron en mí el sueño de ser escritor; los rompecabezas con los que mi mamá me salvó de la hiperactividad; el Armotodo con el que por primera vez pensé que un día sería ingeniero y el Nintendo que me enseñó que el tiempo se puede (y se debe) perder de vez en cuando... aunque algunos dicen que los videojuegos mejoran los reflejos, la atención y la coordinación motriz.

¿Hace cuánto no juego?, me pregunto con cierta nostalgia. ¿O será que juego más de lo que creo? Aúnuento carros del mismo color, busco palabras que rimen, construyo frases que resuenan musicalmente, salto las líneas o los charcos en las aceras y cruzo calles apostando carreras con los demás transeúntes. Quizás el niño juguetón vive todavía en mi interior. El juego nos acompaña siempre y existe desde antes de que fuéramos Homo Sapiens. Eso explicaría al perro que saca a su dueño a jugar al parque o que mi gata salte tras una pelota por las tardes.

Junto con la revista sobre la Fiesta, esta edición, que justamente acompaña los primeros días de enero, pretende poner el juego sobre la mesa, sea en el comedor familiar o en las reuniones empresariales. Queremos reivindicar el juego como uno de esos rasgos que nos hace «verdaderamente humanos», como escribió Schiller. Jugar en familia y entre amigos nos libera, nos energiza y nos conecta. La mayor diferencia posible entre el tiempo transcurrido y el tiempo percibido la encontramos, precisamente, cuando jugamos.

Las empresas, por otro lado, hablan de juego, pero poco lo ejercen con el placer y la conciencia necesarios. Se gamifican productos, se selecciona personal con juegos que son realmente pruebas sicológicas (Freud dijo un día que, si queremos conocer realmente a alguien, debemos observarlo jugando), se utiliza la potencia del juego para vender, pero no se aprovecha suficiente como herramienta de cultura y cohesión organizacional. Jonathan Haidt dice que cuando un grupo baila en sincronía, o un equipo compite en justas

deportivas, se convierte en cierto sentido, en un “panal de abejas”: coordinamos mejor nuestra labor, nos sentimos parte de algo que nos trasciende y se genera la armonía imprescindible en los mejores equipos de trabajo.

Invitamos a las familias y a las empresas a jugar, para unirse, aprender, reír e imaginar juntos. Queremos que jueguen porque en el juego hay un gozo natural que no nos debemos perder si aspiramos a una existencia plena. Pretendemos que, luego de leer esta revista, nos resistamos a que el mundo frenético nos arrebate el juego, nos preguntemos por qué no jugamos más y pensemos en cómo hacerlo de una manera más cotidiana, más natural, sin necesidad de buscar un juego de mesa o ponernos unos zapatos deportivos.

Esta edición no solo quiere proponer, sino facilitar el ritual misterioso y teatral del juego. Queremos desatar la imaginación en los hogares y empresas de Antioquia, como aporte al largo camino de construir una sociedad más pacífica, feliz, creativa y reconciliada con esos asuntos que parecen no servir para nada, pero que, en últimas, nos conectan con lo que somos, nos hacen humanos y nos recuerdan que pertenecemos a aquella especie cuya función es celebrar el universo.

2021

Resolver

«Es fascinante que, como especie y como cultura, seamos brillantes imaginando nuestra extinción, nuestro fin. Hacemos películas sobre cómo seremos destruidos por zombis, bombas nucleares, enfermedades, robots, extraterrestres o pequeños gremlins (...) pero ¿dónde están las historias sobre cómo cambiar las cosas, resolver el problema?»

Rob Hopkins, en el documental Demain (Mañana) de Cyril Dion

Llega el esperado final de un largo día. La mujer suspira y se deja caer sobre su sillón. El gato, a dos pasos, la mira fijamente. Ella prende la televisión, la pantalla parpadea imperceptiblemente y aparece un presentador de noticias. Al lado del rostro del periodista se ve la imagen del edificio del Congreso. El hombre afirma con mirada seria: «La historia del día: nadie hizo nada acerca de aquello sobre lo que usted quería que otros hicieran algo». El rostro de la mujer que mira el noticiero lo dice todo: ojos abiertos de par en par, brazos rígidos y boca crispada con algo de amargura.

Describo una caricatura de David Sipress en New Yorker hace pocos días. El mensaje es claro: esperamos mucho de los líderes, pero hacemos poco nosotros mismos. **Se nos olvida que es posible movilizar cambios no solo desde el poder formal sino desde muchos otros espacios como la familia, la empresa o la escuela. La mujer podría ser cualquiera de nosotros, la imagen aplica para cualquier país, el Congreso podría ser el colombiano y las noticias, tener nuestro particular acento.** A muchos nos preocupan los

problemas del mundo, del país, de la ciudad y del barrio; se trata de nuestro entorno, nos debe importar.

La pregunta, sin embargo, **no es cuánto nos preocupamos sino cómo nos ocupamos**. Nos pasamos los días mirando hacia el poder económico y político esperando y exigiendo resultados, cambio, progreso y soluciones a los problemas que nos aquejan. Aclaro que está bien, es necesario exigir al poder, ni más faltaba. El que más puede que aporte más y el que quiere poder político que asuma sus responsabilidades. Pero ¿será que estamos olvidando la fuerza arrolladora de lo pequeño, sobre todo cuando es bello y con propósito?

Miremos el valor del emprendedor que en un garaje crea algo que solucionará más problemas sociales que la más comprometida y seria fundación o el más poderoso líder político; valoremos a la comunidad que decide adueñarse de su destino; celebremos la potencia de esa organización de la sociedad civil que construye confianza en un mundo que desconfía sistemáticamente. **Valoremos a los que se atreven, miremos hacia ellos, emulémoslos, apoyémoslos, escalemos sus soluciones a un nivel superior.**

Hacemos esta Revista Comfama porque creemos en las soluciones, en el poder de lo local, de lo emergente, del emprendimiento, de la comunidad. Lo más grande y lo más valioso comienza, normalmente, invisible y diminuto. Ante desafíos sociales y económicos inmensos como el cambio climático, la degradación ambiental, el hambre y la exclusión, se requieren grandes transformaciones sociales y soluciones de gran escala. **Es posible que estas transformaciones estén emergiendo a partir de pequeños milagros que gente con coraje construye lentamente con la paciencia de los días, quizá esas historias de solución estén en nuestro entorno, esperando a que las veamos, luchando incesantemente contra la adversidad.**

En el documental Mañana, una de nuestras inspiraciones para hacer esta revista, alguien dice: «Es muy posible que las grandes soluciones ya estén acá, entre nosotros, funcionando bien en algún rincón del planeta, debemos buscarlas». **Por esto, queremos invitar a empresas y a familias a hacerse cargo, a asumir los grandes retos del país y de la especie humana desde su propio entorno.** Nos ilusiona provocar en los líderes un ejercicio de afinar la mirada y ajustar el encuadre, de prestar atención a las pequeñas soluciones, a los éxitos locales; quizás su tarea no sea crear un mundo nuevo desde cero, sino permitir que el que está apenas naciendo rompa exitosamente su cascarón.

2021

Después de elecciones

«Es muy fácil elogiar la democracia, pero es muy difícil aceptarla en el fondo, porque la democracia es aceptación de la angustia de tener que decidir por sí mismo».

ESTANISLAO ZULETA

Estábamos almorzando en un restaurante, en familia. Pollo frito y papas, recuerdo; uno de esos placeres que nos dábamos muy de vez en cuando. Era una tarde alegre, luego de una mañana emocionante. Nos habíamos despertado temprano para acompañar a los papás a votar. Era la época de las papeletas y los dedos pintados; en la calle se sentía el aire festivo, los carros decorados, gente en los semáforos entregando publicidad. Era todo un paseo, a los niños nos dejaban entrar al puesto, yo con el papá y mi hermano con la mamá. Tenía claro mi voto aunque estaba lejos de cumplir 18 años. Mi papá y yo habíamos decidido votar por Galán y mi mamá por otro candidato, mi hermano estaba dudoso. En la mesa, mi papá votó y le tiñeron el dedo de rojo. Luego pidió que me lo tiñeran a mí, lo que pareció divertir al jurado que me ayudó a meter el índice en el frasquito.

Quizás por eso, mientras comía, no le paraba bolas al plato ni a las papas fritas ni siquiera a mi preferida: la ensalada de repollo. Solo me miraba el dedo... ¿cuándo será que puedo votar?, pensaba. Si jugando había sido emocionante, ¿cómo sería en serio? Diez años parecían una eternidad. Ese día terminó triste pero esperanzador. Galán no ganó, jamás lo lograría. «Le fue muy bien, llegó muy lejos, creo que será presidente», dijo mi papá sonriendo, y me dio un beso en la mejilla antes de cubrirme con la cobija.

Desde entonces, he vivido muchísimas elecciones. Cuando finalmente pude votar, mi padre ya había sido asesinado. No alcanzamos a discutir un voto real, me hubiera gustado. Habríamos estado de acuerdo algunas veces, pienso ahora. En desacuerdo muchas otras, tiendo a imaginar. Nos habríamos respetado siempre, de eso sí estoy seguro. El respeto y la tolerancia son dos de sus mejores herencias.

Antes de los 30 fui tranquilo a votar y me despreocupé. Pero, con el tiempo, me di cuenta de que la democracia es mucho más que un voto. Luego se puso más duro, me hice más consciente de mi responsabilidad. Durante los años que estuve cerca de la política aprendí, con dolor, la famosa frase de Borges sobre la dignidad de la derrota una «que la victoria jamás conocerá». Sufrí mucho, lo reconozco, en esa época pensaba errada e ingenuamente que solo de la mano de cierto grupo o mediante unas ideas particulares podría estar el anhelado cambio social.

Sin embargo, una cosa es ganar o perder y otra distinta lo que estamos viviendo ahora. Casi en cualquier espacio se siente la tensión, la anticipación de la tragedia, imaginaria o no. Si gana este, habrá violencia, dicen algunos. Si, por el contrario, gana aquel otro, el país se empobrecerá, afirman otros. A la angustia que mencionaba Estanislao, la de tener que escoger libremente, se suman la incertidumbre sobre el futuro y las dudas de si los resultados serán o no respetados por todos.

Hacemos esta revista para promover conversaciones que puedan cualificar nuestra decisión más importante en muchos años, por quién y por qué vamos a votar. Proponemos, además, un ejercicio de respeto por las ideas y las

decisiones de los demás. «La democracia es humilde», decía también Zuleta. Debemos reconocer que nuestras ideas y tendencias políticas no son las únicas legítimas. Un mismo problema puede tener varias soluciones, como lo explicaba uno de mis más queridos maestros.

¿Qué haremos entonces el día después de las elecciones? En Comfama nos la jugamos y jugaremos siempre por la esperanza invencible de las mayorías. Además, como institucionalistas que somos, y con la claridad de que trabajamos para la gente y su futuro, reiteramos nuestros llamados a cuidar la democracia y sus instituciones, a votar reflexivamente y a seguir construyendo país, sea cual sea el resultado.

Por eso, en nuestra campaña #ParaElegir hemos invitado no solo a la reflexión, al voto consciente, sino a que miremos más allá de ese día en que se elegirá el presidente de nuestro país. En ese momento todos seremos colombianos sin importar nuestra preferencia electoral; estaremos frente a los mismos desafíos, las mismas causas, los mismos sueños y deberemos asumir nuestro rol de ciudadanos activos desde el espacio que cada uno ocupa.

El día después de las elecciones, nuestros colegas, vecinos y familiares seguirán mereciendo no solo respeto sino cariño. No podemos permitir que la política, creada para mantenernos unidos y lograr acuerdos mínimos entre grupos que piensan diferente, rompa las familias y las amistades. Hay algo más importante que las ideas políticas, la convivencia que se construye desde el hogar, con la tribu en el trabajo, los amigos, y desde nuestra comunidad.

En Comfama proponemos vivir en paz la fiesta democrática, invitamos a acoger las emociones como parte natural del proceso, a ejercer nuestras responsabilidades democráticas y a mantenernos unidos en la diferencia para comprender que a Colombia la construimos todos, que nuestro país es como una artesanía creada en sincronía por millones de manos, desde el trabajo, la escuela, la ciudad o el campo, de día y de noche. Luego de la fiesta y más allá de la angustia, estaremos todos compartiendo una misión: seguir avanzando.

2021

Que viva la vida

«La atracción de la tierra hunde las raíces
y la atracción del sol levanta los tallos.
Y nosotros también como plantas, entre la tierra y la luz»

ERNESTO CARDENAL EN CÁNTICO CÓSMICO, CANTIGA 10.

Soñé que una quebrada me pedía auxilio, sus aguas me rogaban que hiciera algo para librirla de la putrefacción. No era una quebrada cualquiera sino el río de mi infancia, aquel cuyo nombre evoca baños, juegos, aventuras y paseos de olla. De niños, en vacaciones, íbamos a la quebrada La Jagua, a un charco cercano a la finca de mi abuela. Un día, ella nos propuso una aventura: río arriba hay una cascada inmensa, dijo, se llama El Chorrón.

Caminamos varias horas. Había que atravesar potreros, fincas, alambrados de púas y malezas altas. Hacía un sol picante, hubo un momento donde parecía que no valdría la pena tanta incomodidad. Finalmente apareció, tras un cañaduzal, el salto más bello que hubieran visto jamás nuestros ojos infantiles. Desde unos 20 metros de altura, el agua se precipitaba en un charco profundo y helado, verde como el jade. El estruendo no dejaba escucharnos al hablar, pero se alcanzaban a oír los gritos de mi hermano y los míos, entre felices y asustados. Al comienzo nos dio miedo, tanto de nadar como de tirarnos desde arriba. Nos tomó varias visitas familiarizarnos con el lugar. Allí descubrí que, una vez vencemos el temor, aprendemos que solo existe en nuestra imaginación. Al lanzarme al agua desde lo más alto, me sentí valiente y, sobre todo, libre.

¡Ayúdame...!, sentía su llamado apagado. Veía la espuma y el agua negra, todo inundado por un insoportable olor a basuras. Me levanté llorando. ¡El río que bautizó mi alma de niño y selló mi unión con la naturaleza, solicitaba mi ayuda! Resulta que la ciudad había crecido mucho y a algún alcalde se le ocurrió esa zona para disponer los residuos de más de tres millones de personas y convertirlos en el relleno sanitario de La Pradera, cerca de Barbosa, a orillas del río Medellín. Ahora, el cauce de la quebrada que marcó mi infancia y uno de los centros de observación de aves más importantes de Antioquia (aún recuerdo los grupos de la Universidad Nacional recorriendo el área), es sobrevolada solamente por gallinazos.

El Chorrón se ahoga entre basuras y lixiviados. ¿Será que esa quebrada está viva, en el sentido más amplio, o mi mente inventó el sueño? Nuestro país es uno de los pioneros al otorgarle derechos a los ríos, ¿por qué no pensar que también tienen conciencia? El caso es que, al buscarme, sobrevaloró mis posibilidades, tal vez no tenía a nadie más a quien acudir y se acordó de unos niños aventureros que abrazaban sus piedras y sus aguas hace más de 30 años. Como a una vieja amiga, recuerdo a La Jagua con cariño y nostalgia, quisiera volver a verla viva y limpia, como en sus mejores tiempos.

Soy un hombre nacido en la época de los «recursos humanos» y los «recursos naturales». Nos tomó tiempo, pero hoy en día los gerentes reconocemos que las personas no son recursos, porque tienen autonomía y libertad. Lo máximo que podemos esperar de una persona que trabaja para una empresa es que nos elija cada mañana y nos entregue una parte de su creatividad y su pasión. Un proceso de conciencia similar ocurrirá, ojalá, con respecto a nuestra relación con lo vivo. Hace unas décadas se trataba solamente de extraer unas riquezas; ahora cada vez más gente comprende, los jóvenes primero, que no somos los amos ni los dueños del planeta, sino apenas su especie más

contradictoria. La humanidad ha creado algunas maravillas, ha destruido otras y muchos pensamos que ahora amenaza con destruirlo todo.

La vida en este planeta nos concierne a todos, porque todos somos naturaleza. Aunque lo ambiental tiene expertos que debemos escuchar, no podemos dejar los asuntos de la naturaleza, de la que somos parte, solamente en manos de los técnicos. Debemos, como dice Arturo Escobar, aprender a «sentipensar» y a reflexionar sobre nuestra relación y nuestro actuar en este pequeño y magnífico planeta que llamamos Tierra y que nos da la vida. Eso solo será posible cuando despierte nuestra conciencia y entendamos nuestra relación interdependiente con el universo y sus milagros, cuando tengamos una perspectiva más amplia, sensible y unificada acerca de la vida. De eso trata esta Revista: de provocar reflexiones sobre el privilegio y la responsabilidad de ser parte de lo vivo y promover acciones hacia la regeneración planetaria, humana, natural, urbana y social.

Los humanos nos regeneramos cada día, en un proceso de vida y muerte que murmura en nuestro cuerpo. Cada ecosistema está diseñado para regenerarse continuamente. Wade Davis dice que los ríos son fáciles de salvar, que no es sino dejar de ensuciarlos y ellos mismos se limpian, se regeneran.

En estos textos y nuestra agenda cultural del mes, hablaremos de culturas regenerativas con la convicción de que se trata de un nuevo nivel de conciencia para la humanidad; de que es urgente afrontar este asunto vital interdisciplinariamente, desde el arte, la filosofía, la sociología, la sicología, la salud, la empresa, la economía y los gobiernos. El desafío de la sostenibilidad no fue suficiente. El cambio climático y las especies extintas nos gritan, este es el momento para salvar lo vivo y para que nuestra especie, como enseña Martín Von Hildebrand, comprenda que su papel es celebrar el universo.

Con esta publicación buscamos inspirar conversaciones de familias, tribus de amigos y organizaciones. Pretendemos alentar la emulación y la sana competencia, para que empresas y personas adoptemos las prácticas y los hábitos de quienes actúan sabiendo que somos naturaleza, que la ciencia es poderosa y unida con la sabiduría del espíritu llega mucho más lejos. Ojalá estos relatos abran corazones y mentes, para que finalmente, comprendamos que no somos, sino que intersomos, que como dice Ernesto Cardenal en algún verso: «En el universo todo es estructura, / es decir, sociedad. / El átomo es sociedad, / la molécula es sociedad, / el organismo es sociedad. / El hombre es sociedad».

2021

El cuidado es un trabajo

“Es triste cada día ver que nadie quiere llamar a las cosas por su nombre”

José Vicente Piqueres

Estábamos en una reunión en mi oficina. Una mujer joven entró de pronto para ofrecer café o algo para tomar. Gabriel se volteó y saludó: “Hola, ¿cuál es tu nombre?”. Ella sonrió: “¡Cristina!”. “Gracias, Cristina, me alegra conocerte, soy Gabriel”. La reunión continuó y, al terminar, mi buen amigo me dijo: “Qué buena energía tiene Cristina”. Uno de los rasgos suyos que más admiro es que nadie es invisible para él, ve a las personas, las escucha, las valora. Trata igual de amable a poderosos, colegas y amigos que a quien le sirve un café o a un campesino antioqueño que se encuentra en un camino.

“También soy emprendedora”, dijo, sonriendo de nuevo, días después, cuando le puse conversa. “Quiero tener un trabajo mejor y darle una buena calidad de vida a mi hijo”. Tenía los ojos llenos de estrellas, como dicen en Francia, como solo he visto en la gente que llega muy lejos. Hacía bien su labor de servicios generales, con amor, alegría y compromiso. Cristina Jiménez es de esas personas que uno aprecia casi de inmediato porque respiran optimismo y ganas, el mundo les queda pequeño. Emprendedora, mamá, trabajadora y estudiante, quizás por eso a nadie extrañó y a todos alegró que se presentara, y se ganara, una vacante relacionada con el estudio técnico que estaba realizando paralelo a su labor.

Desde que la conozco ha tenido dos ascensos y ahora está a punto de dar un paso más en su carrera, con apoyo en recursos, tiempo y buena energía de parte de Comfama. Pronto se graduará como profesional. Estoy seguro de que seguirá creciendo laboralmente y ganará cada año más amigos y bienestar; tiene la mentalidad del progreso, es “echada para adelante”.

Pero no todas las empresas ni las familias empleadoras funcionan así para mujeres como Cristina. No todos somos como Gabriel. A las personas que trabajan en el cuidado a veces las invisibilizamos o las abandonamos a su suerte. Terminamos bloqueando, con o sin intención, su progreso y la realización de sus sueños. En una inmensa porción de los hogares colombianos y en muchas microempresas, incluso, ni siquiera se les reconocen los mínimos derechos y las garantías del trabajo digno. En Antioquia, por ejemplo, solo cuatro de cada diez trabajadoras del hogar tienen su seguridad social completa.

Poco hablamos de la economía del cuidado y de las personas que hacen parte de estas actividades que incluyen, entre otras, las tareas del hogar, el aseo de la casa, los servicios de cuidado en salud o para personas frágiles y de servicios generales en las organizaciones. Este problema tiene, probablemente, un origen cultural. Cuando era pequeño, recuerdo que una amiga de mi mamá le decía que era desafortunada por no haber tenido una hija, “porque ella podría quedarse en la casa, no casarse ni trabajar y cuidar de ella en la vejez”. La economía del cuidado ha sido, ante todo, femenina, de bajos ingresos, poco o mal remunerada. La sociedad colombiana, con

honrosas excepciones, ignora la dignidad de estas labores y subvalora su aporte económico y social.

Por eso hacemos esta Revista, para elevar la conciencia y activar la conversación sobre el inmenso desafío que tenemos a este respecto. Queremos llegar a las familias e invitar a que no se vuelva a decir que el trabajo del hogar es solo para las mujeres, tampoco que sería bueno que los hombres “ayudáramos”; se trata de asumir que somos iguales y de distribuir las tareas más que de “ayudar”. Pretendemos asegurarnos de que no haya una sola empleada remunerada del hogar (por favor no llamarla con el peyorativo “muchacha del servicio”) sin sus prestaciones sociales completas y legales. Soñamos con que nadie que trabaje en cuidado sea invisible, que esas tareas se valoren y se paguen justamente, que se consideren en las cuentas del hogar y de la economía colombiana.

Proponemos, además, que haya una ruta de progreso, formación y crecimiento para todo aquel o aquella que haga parte de la economía del cuidado. Una excelente empleada remunerada en una casa podría ser, por ejemplo, una maravillosa cuidadora de adultos mayores o de primera infancia, emprendedora, chef, empleada administrativa de una empresa... ¡o lo que ella se sueñe! ¿Qué tal si tenemos más oportunidades de educación técnica y profesional, de emprendimiento o más apoyos para lograr su vivienda, para cientos de miles de personas que, como Cristina, transpiran posibilidades?

Por otro lado, en esta edición queremos evidenciar el machismo y el clasismo que le hacen sombra a la economía del cuidado. Veremos, en contraposición, las inmensas posibilidades creadoras, sociales y económicas que tenemos en el talento de las más de un millón 500 mil personas que trabajan en el sector de cuidado remunerado en Colombia. Explicaremos las razones por las cuales pensamos que su progreso traerá progreso al país.

En estos textos, de diferentes maneras, procuramos que no se entienda más la labor del cuidado como un favor, porque vale tanto como cualquier otro trabajo.

De hecho, tiene cada día más valor en todo el mundo, porque no puede ser reemplazada por aplicaciones, por robots, ni por la inteligencia artificial.

Cuidemos a nuestros cuidadores, es lo mínimo que se merecen. Las empresas y familias de Antioquia, que hemos sido ejemplo en esto en el país, debemos reconocer que aún nos falta un buen trecho por recorrer. Alguna vez le oí decir al economista Armando Montenegro que el grado de desarrollo económico y cultural de un país se mide por la calidad y las formas que tome el empleo de limpieza y cuidado del hogar. Tiene razón, cuando el trabajo del cuidado se visibilice, se valore, se remunere y se celebre, seremos el país que añoramos; la dignificación de las personas que asumen este rol nos hará, en consecuencia, más dignos a todos los colombianos.

Somos frágiles, somos fuertes

«Estar loco es, sobre todo, estar solo»

Rosa Montero en El peligro de estar cuerda

Durante algunas semanas había sentido una fatiga extraña; estaba distraído, preocupado. Se me olvidaban las cosas más simples como cumplir una cita o para qué había llegado a la cocina; tenía problemas para terminar algunas frases. No sé si los demás se daban cuenta pero yo sufría. Llevaba unos meses rumiando angustias, trabajando en exceso, preocupado por la ciudad, el país y hasta por el planeta. Una mañana, de pronto, mi ritmo cardíaco se elevó sin razón aparente y no quiso bajar al rango normal. Pasó un día, pasaron dos y luego tres días, comenzaron los dolores de cabeza y los mareos. Me asusté y fui al médico, a varios, de hecho. **Ellos me ayudaron a comprender, a comprenderme, porque los buenos sanadores escuchan, preguntan, nos ayudan a sintetizar lo más complejo y a abrazar nuestra ineludible condición humana.**

El primer médico, con los resultados de los exámenes en su escritorio, me miró: «Cuénteme de su vida, ¿cómo está?, ¿qué está sintiendo? No puedo atenderlo si no lo comprendo, si no conozco sus emociones». Miré de nuevo el logo del lugar en los papeles que tenía al frente, no me había equivocado, era un centro cardiovascular, no sicológico. Sin embargo, su mirada tranquila y sus palabras amables me inspiraron confianza. Comencé a contarle de mi vida, a compartir mis inquietudes. Su pregunta me obligó a reconocerme. «Tiene los síntomas de un burnout», concluyó.

El segundo doctor, un buen amigo y sabio médico funcional, me escuchó con paciencia y luego sentenció: «Es que tú eres como un carro con 14 pasajeros encima. Hay que cuidarlo mucho y estarlo revisando». Lo miré con ganas de llorar. Esa imagen simple me describía plenamente. De repente, vi toda mi fragilidad en la forma de un carro lleno de gente y carga real e imaginaria en su interior, varios pasajeros colgados de las puertas y otros encima del techo. «Si no te cuidamos, podrías afectar tu sistema parasimpático», explicó.

No crean que compartir esto es fácil. Sé que culturalmente habrá quién me juzgue débil, imprudente o ambas. Estoy revelando algo que normalmente avergüenza, las familias esconden y nadie declara en una entrevista laboral. Pero es la verdad, tuve un episodio muy duro de estrés laboral. Al comienzo pensé que era una cosa que un buen sueño o un fin de semana sanarían, pero era necesaria una respuesta más contundente. Ahora estoy mucho mejor, aunque el proceso continúa aún debo afrontar las causas subyacentes con total determinación. **Agradezco haber reconocido mi vulnerabilidad para poderlo afrontar y luego comenzar a resolverlo. Intuyo, además, que contarla en este texto puede servir a algunas personas que lo viven en carne propia o conocen a alguien que pasa por esto o algo similar, pero se lo niegan y lo esconden al resto del mundo.**

Hacemos esta segunda revista Comfama sobre salud mental porque cuando uno se está cansado de repetir, la gente apenas está empezando a entender. También porque el asunto, luego de la pandemia, es aún más desafiante que con nuestro primer llamado de atención en 2018. Es muy probable, apenas estamos acopiando estadísticas, que el estado de la salud mental de los colombianos esté peor ahora que antes de 2020. No sería extraño, dado que vivimos en un mundo en medio de una crisis democrática y climática, con guerra en Europa y una situación económica global fuertemente desafiante. Colombia y Antioquia viven, además, sus propios dramas en medio de todo esto. No es que todo vaya mal, desde luego, hay miles de razones para la esperanza, pero también las hay para lo contrario.

Nuestra primera intención es de carácter cultural. **Queremos ayudar a normalizar la conversación sobre salud mental, poner el tema de nuevo en la mesa de las empresas, en el comedor de las familias y ante los ojos de los gobernantes. Queremos acabar con el tabú que bloquea el avance y que genera los más tristes finales y las más profundas desgracias familiares.**

Por otro lado, pretendemos desencadenar nuevas acciones y alentar las que hay en marcha. Con un espectro amplio, desde la prevención, la alimentación, la educación, hasta la atención en niveles de diferentes complejidades, pensamos que el país debe resolver pronto cómo hará para tratar el asunto de la salud mental y actuar en consecuencia. Es necesario asumir con determinación y sentido de urgencia la depresión, el estrés laboral y muchas otras patologías. Se trata de un asunto de la máxima prioridad nacional, empresarial y familiar.

Finalmente, aspiramos a que con estas historias, todas reales, humanas y bellas, podamos llegar al corazón de muchos y desencadenar respuestas individuales, tan necesarias como las institucionales. Frente a nosotros puede haber un ser querido o un colega descolgado en «esa espiral descendente» de una enfermedad mental, como lo describe Rosa Montero en su más reciente libro. **Cuando un amigo esté con la mirada gacha o hable menos de lo normal, prestemos atención, acompañemos ese momento. No olvidemos, además, que ese ser en problemas puede estar mirándonos en el espejo de nuestro baño.**

Convirtamos nuestra vulnerabilidad en una fuerza que nos una y humanice.

Normalicemos pedir ayuda, buscar a los profesionales que nos pueden asistir, acudamos pronto cuando nos necesiten y pensemos en la bella lección de Borges sobre la compasión, que nos recuerda que todos «somos voces de la misma penuria».

Regalar amor

“Querer es dar cositas”,

dicen en una familia que quiero mucho.

¡Todavía no he comprado los regalos!, dije, y suspiré mientras un buen amigo me consolaba. Era el año en el que me había quedado sin trabajo y había decidido emprender. Noviembre había terminado al ras, un poco más endeudado que de costumbre, pero nada grave, al cierre del año parecía que la empresa iba a despegar. Ese año, como dice uno de mis maestros, “no tuve plata, pero tuve ángel de la guarda”. La llegada de la Navidad, sin embargo, significó angustia en vez de amor y encuentro familiar, que es como debe ser.

De mi papá había aprendido a ser generoso, a no ser tacaño. Con su muerte, cuando la cosa se puso dura, conocí el estrés de no poder, de no tener con qué, de estar “alcanzados”. Como siempre, detrás de lo difícil hay lecciones que aprender; en esa época supe decir que no, logré elegir lo importante y posponer el placer. Pero cuando salimos de esa crisis, cuando conseguí mi primer trabajo, me prometí que nunca volvería a esos días duros. No me imaginaba que la vida siempre tiene alguna lección por ahí guardada para nosotros.

Ese impulso de dar regalos bonitos, con sentido, sería para siempre parte de mi carácter. Ese año, sin embargo, no se podía, así de simple. Mi negocio se movería poco de enero a marzo, tenía que ser precavido, mi mente lo sabía aunque mi corazón quería poder gastar en mis seres queridos y, debo decirlo, también un poco en mí mismo, en algunos pequeños placeres. Al final tomé el camino del medio.

Compré los regalos esenciales, en forma de detalles bonitos de precio medio, a mi alcance, y me conseguí un regalito hecho por una repostería local, hice una compra al por mayor para darles ese presente a mis principales clientes y a algunos amigos. Igual terminé el año súper apretado, hice fuerza en diciembre y luego por varios meses más hasta que la empresa, por fortuna, pasó a un nivel de ingresos más sostenible. Desde entonces, cada Navidad me hago las mismas preguntas: ¿cómo manifestar el amor sin gastar lo innecesario?, ¿cuál será la medida para el regalo adecuado, sin mezquindad, pero evitando los excesos?

¿Por qué será que la Navidad, que es una extraordinaria oportunidad para celebrar el amor, al mismo tiempo es una temporada que afecta de forma profunda las finanzas de muchas familias? Parece que nuestro modelo de consumo, que raya con el consumismo, sumado a un paradigma errado en el que el amor es equivalente a los regalos materiales, se encuentran en una especie de tormenta perfecta.

A los niños, en particular, les damos exceso de regalos. Sin importar el nivel socioeconómico, comprar algo para los más pequeños pareciera una obligación. **Algunos expertos, por ejemplo, recomiendan darles a los niños, como máximo, cuatro regalos: uno que pueda compartir con otros**

niños, uno que necesite, uno con el que aprenda algo y el último, algo que desee con mucha fuerza. Si en la temprana edad nos educaran así, en la adultez sabríamos dar y recibir, quizás tendríamos una relación más sana con el consumo.

Por eso hacemos esta Revista justo en este momento del año. Diciembre no puede ser ni estresante ni una fuente de problemas financieros familiares. Aspiramos a que una conversación seria y amplia sobre el consumo en esta época nos sirva para propiciar una reflexión sobre para qué, por qué y en qué gastamos nuestro dinero, incluso más allá de la temporada decembrina.

Se trata de una conversación vigente en un año difícil para todos con niveles de inflación que sobrepasan todo lo vivido en las últimas décadas. Esta realidad económica se ha quedado con una parte muy importante del ingreso de las familias; incluso, a algunas de ellas las ha arrastrado a los infiernos del hambre.

¿Qué valor tienen estos regalos en el proceso educativo? ¿De cuántos de ellos se acordarán al cabo de los años? Quizás el consumo sobrio debiera ser un valor fundamental de la educación de nuestros colegios y familias.

Nuestra posición, como siempre, es moderada, no radical. No todo consumo es perjudicial; se trata de elegir qué necesitamos y qué deseamos desde el corazón, no solo desde el instinto. No es necesario ni conveniente vivir en medio de demasiadas privaciones voluntarias, es necesario disfrutar la vida con lo que tenemos a nuestro alcance, las indulgencias, los pequeños placeres y los gustos son parte de una existencia sana.

Nos seduce la propuesta de la Cooperativa financiera Confiar, una organización muy cercana a Comfama, de ahorrar con paciencia y gastar con parsimonia. Hablemos del tema en empresas, familias y barrios; conversemos sobre consumo sobrio, de cómo gozar la vida y suplir nuestras necesidades sin afectar la economía familiar.

Sobre los regalos navideños, cada uno debe actuar a su medida, a su gusto, con libertad, no hay un molde. Pero nos permitimos sugerir. **Hay infinidad de regalos de cero costo y alto valor. ¿Cuándo fue la última vez que escribieron una carta o regalaron algo hecho con sus propias manos?** Empresarios locales ofrecen, por otro lado, opciones muy asequibles, artesanales, cositas (no cosas grandes sino cositas, en diminutivo, como dice la familia del epígrafe) elaboradas en la región, desde alimentos hasta plantas, ropa o arte en todas sus formas.

Para despedirme, les comparto una anécdota que bien podría ser el mejor consejo para un buen regalo navideño. Mientras terminaba este artículo me puso tema Milagros, mi vecina de silla en un vuelo. Conversamos un rato, me contó de su vida, del necesario retorno a su país, la Argentina, por motivos familiares, de sus sueños de viajes y de libertad. ¿Por qué te gusta ser chef, le

pregunté? La joven me dijo algo que me conmovió: “**Yo no tengo nada, pero me gusta dar, por eso soy alegre**”.

2021

La importancia de la mentalidad

«Tres cosas hay seguras en la vida: el dolor, la incertidumbre y el trabajo continuo» **Phil Stutz, en Stutz, el documental de Netflix.**

A pocos días de la muerte de mi papá, sin siquiera comenzar a tramitar el duelo, comenzaron las conversaciones prácticas. Nos preguntábamos qué haríamos con la casa, demasiado grande y costosa de mantener, con el pago de los colegios y con mi primer semestre de universidad. Surgieron las angustias con las deudas y los gastos familiares. Me acuerdo de la cara de mi mamá cuando dijo que no quería trabajar en la empresa de mi abuelo, porque el asesinato había sido a una cuadra. «Me da miedo», dijo, en todo su derecho, «pero tengo que trabajar», y puso manos a la obra.

Habló con varias personas conocidas y logró que le dieran un trabajo como gerente de una pequeña oficina del Banco de Colombia. Toda la vida trabajó sin pereza, con ganas, en lo que le tocara. Varias veces cambió de profesión, se reinventó, como dicen ahora. Perdió empleos y consiguió otros mejores, aprendió Excel después de los 50 años, no dejó nunca de trabajar y, ahora pensionada, sigue estudiando, leyendo, aprendiendo. Esta actitud y esta determinación son solo un par de las miles de razones por las que la admiro y son mis máspreciadas herencias.

Recibió ayuda de muchas personas e instituciones, lo reconozco. Pero nunca se sentó a esperar a que llegaran. Algunas, incluso, las rechazó porque iban en contra de su carácter. Una vez, por ejemplo, le dijeron que podría reclamar una indemnización como víctima de la violencia. Su respuesta fue contundente: «No me interesa». Le preguntamos por qué y dijo «¿Para qué? ¿Para revivir ese dolor ahora que estoy saliendo adelante?; además, hay gente que lo necesita mucho más que nosotros», con eso cerró la conversación.

Cuento esta historia familiar e íntima, porque esta Revista Comfama pretende ofrecer una perspectiva profundamente relacionada con esa fuerza que con los años aprendí a reconocer en los ojos de mi madre. Tiene que ver con una discusión sin duda vigente en el entorno político y social. Algunos opinan que el mérito individual, el esfuerzo y el trabajo son el origen del éxito, del progreso, del avance o como lo llamemos. Según ellos, todo depende del compromiso y del esfuerzo que le pongamos para superar los retos que hallamos en el camino. Otros piensan, con algo de razón, que la cosa no es tan fácil, que lo esencial, lo fundamental, es reclamar derechos sociales y oportunidades para todos.

En medio de esa pregunta, de si la clave del progreso social es la mentalidad y el trabajo duro, o es, más bien, un asunto del Estado y las instituciones, nosotros en Comfama hemos querido recoger lo mejor de ambas miradas. De nuestra larga historia heredamos la idea de que la generación de oportunidades y la garantía de los derechos son algo innegociable en una sociedad desigual y con tantos desafíos sociales como la colombiana.

De nuestra reflexión más reciente, proponemos no dejar de lado la idea de que nuestro futuro depende también de nosotros, de lo que cada uno haga para lograr sus sueños.

En Comfama pensamos que nuestra mentalidad y actitud desencadenan nuestros actos, que nuestros actos repetidos se convierten en hábitos, y estos, con el tiempo, nos entregan resultados. Es como una escalera en la cual los peldaños son los servicios sociales y las oportunidades, con la claridad de que nadie la subirá por nosotros. Como nos gusta explicar: uno puede recibir una beca, pero nadie estudiará ni se graduará por nosotros; un libro en una biblioteca pública puede permanecer siglos sin que nadie lo preste y lo lea; los médicos y el Sistema de Salud pueden estar disponibles, pero si no dormimos bien, comemos sano y cuidamos de nuestro cuerpo, no podremos maximizar nuestros años de vida saludable, como sería deseable.

Cuando hablamos de mentalidad de clase media no nos referimos nada más a ingresos o algún tipo de referencia a la lucha de clases, pensamos en una manera de ser y hacer las cosas, una actitud que se vuelve acción. Esta mentalidad que, como todas las cosas importantes seguramente emana de un trabajo interior profundo, es la que verán en las historias que compartimos en esta edición: la de la gente «echada para adelante», que aprovecha las oportunidades que se le presentan y pone todo lo demás de su parte para avanzar. La de las familias que no se rinden ante las dificultades, que crecen porque creen, que nunca se entregan. La de las empresas que nos dan ejemplo de emprendimiento, de creación, de lucha, de resiliencia y de trabajo.

Esta revista la hacemos en un año de incertidumbre y en el que la inflación y la situación general económica golpean y golpearán a muchos, con la firme intención de movilizar conversaciones en empresas y familias sobre cuál es la postura y desde dónde debemos mirar estos tiempos. Queremos que cada historia los inspire, genere deseos de emulación y motive preguntas. En últimas, ante la adversidad, puede que el optimismo y el trabajo no lo resuelvan todo, pero el pesimismo, el derrotismo y la victimización, definitivamente nos roban cualquier posibilidad.

«Ante la adversidad, puede que el optimismo y el trabajo no lo resuelvan todo, pero el pesimismo, el derrotismo y la victimización, definitivamente nos roban cualquier posibilidad».

2021

Medellín abierta al mundo

«“El que es diferente a mí no me empobrece, me enriquece”. **Antoine de Saint-Exupéry.**

Domingo, 3 p. m. Luego de cuatro días de viaje, con una conexión, varias horas de bus en la espalda y dos noches con muy poco sueño, llego finalmente a la silla asignada para mi vuelo de regreso a Medellín. Veía la silla «como un estadio», como decían en mi época universitaria.

Finalmente iba a poder meditar, respirar, dormir y prepararme para la semana laboral. Apenas cerré los ojos y suspiré profundo, algo llamó mi atención. Mis vecinos de fila hablaban en un inglés con acento, comentaban cosas sobre Medellín.

Hay amores que no se discuten y el que alcanzo a sentir por esta ciudad, a pesar de sus contradicciones y sus zonas oscuras, a pesar de los dolores que acá me ha traído la vida, es persistente, invencible. Comencé a poner atención, primero con los ojos cerrados, luego con menos disimulo. Conversaban sobre restaurantes, bares y planes que se podían hacer dentro y fuera de la ciudad.

No pude evitarlo. Excuse me, «gentlemen», dije con mi inglés acentuado. «I'm David, what's your name?». Se miraron, acostumbrados quizás a estas maneras entradoras de los países, sonrieron y se presentaron. Holandés, el primero, sueco el segundo. Ambos odontólogos, ambos descendientes de migrantes del Medio Oriente. Uno había venido a Medellín casi por casualidad luego de leer un artículo de una revista europea de viajes. El otro venía siguiendo las recomendaciones de su amigo. No tenían planes de ir a Cartagena ni a Bogotá, «ni un solo día», me explicaron.

Tenían curiosidad por Santa Marta y por Palomino. Les di algunos tips para su semana de viaje. El Parque Explora, los Museos de Antioquia y de Arte moderno, el parque Arví. Compartí mis lugares favoritos para comer y encontrarse con gente; como les interesaba la naturaleza y el verde de las montañas tropicales, les sugerí ir al Suroeste, Santafé de Antioquia y algunos otros municipios.

Cuando me preguntaron qué hacía, la conversación evolucionó más allá del turismo. ¿Cree que hay oportunidades de invertir en salud?, preguntaron. El holandés había ido en su primer viaje a un servicio de odontología y sentía que podría abrir un negocio acá. Me preguntaron por barrios y por precios de apartamentos, ya estaban haciendo cuentas. El sueco dijo: «si lo que dice mi amigo es verdad, quisiera un apartamento de 50-100 m² para venir a vivir acá tres meses por año».

Aterrizamos, les di orientaciones de transporte a la ciudad, de hoteles a la medida de su presupuesto y me despedí, con más preguntas que respuestas, como en toda conversación improbable.

Hace unos años, debido al éxodo venezolano, en Comfama decidimos tomar una postura determinada y clara. Nos pusimos del lado de la recepción amorosa de cientos de miles de familias que habían dejado su hogar con la esperanza de que Colombia fuera amigable con sus sueños, gente con ganas de trabajar, emprender y florecer.

Venezolano rima con hermano, dijimos. Organizamos nuestro servicio de empleo, en trabajo conjunto con el Gobierno nacional y la Cancillería, para orientarlos, apoyarlos y conectarlos con las empresas antioqueñas que, generosamente, decidieron abrirles la puerta a su talento y sus ganas. Nos llovieron abrazos y críticas, nos quedamos con los primeros y escuchamos las segundas con atención: que esos trabajos eran «para colombianos», que la plata de esta institución era para paisas, nos dijeron, pero fueron más los mensajes de reconocimiento a ese gesto de amor, reciprocidad, integración y humanidad que los de odio que, como digo, no faltaron.

Ahora estamos frente a una situación diferente en muchos aspectos, pero similar en otros con el auge de la ciudad como destino de visitantes y trabajadores de todo el mundo. En primer lugar, debemos reconocer que hay personas que están siendo desplazadas de sus barrios por efecto de la inflación, del valor de los inmuebles y otras que no encuentran casa por la escasez de oferta. Hay retos de seguridad, además, como en todo cambio social acelerado.

Sin embargo, en lugar de ver únicamente los problemas y afrontar el asunto desde el miedo y la rabia, decidimos, es una actitud, ver las oportunidades y sentarnos a pensar juntos en cómo afrontar los desafíos que emergen.

Medellín se convirtió en una de las mecas de la migración de nómadas digitales y la ciudad que más visitantes atrae anualmente en Colombia. Es un hecho que debe tener mucho que ver con ventajas comparativas como el clima y la amabilidad de la gente, o competitivas como el sistema de transporte y la industria del entretenimiento.

Estamos en el top 3 de ciudades amigables al nómada digital en Latinoamérica y en el top 20 del mundo. Recibimos cerca de 1,3 millones de visitantes por año. ¿Qué hacer frente a esto? Esta Revista se publica porque pensamos que la pausa y la reflexión son necesarias, aún más en un proceso que ha sido masivo y rápido, por eso, apenas lo estamos comprendiendo. Asustarnos, quejarnos y atacar al visitante con odio no son la salida. Poner letreros xenófobos en los postes de la luz, para dar un ejemplo, nos demerita moral e intelectualmente.

Miremos los desafíos con pragmatismo y pensemos qué nos toca hacer desde lo gubernamental, lo empresarial y lo social para aprovechar esta realidad. Veamos más allá de la coyuntura, aproximémonos con visión de largo plazo y, sobre todo, pensemos en el reto cultural que tenemos al frente. Ante la escasez de viviendas, pensemos en políticas públicas que favorezcan la inversión privada y más proyectos urbanos que nos ofrezcan espacios de encuentro y de celebración.

Ante los desafíos de seguridad y convivencia, una combinación de cultura ciudadana, educación y autoridad civil. La vida compartida requiere del trabajo coordinado de todos. Miremos con especial énfasis las oportunidades que nos traen los turistas, los nómadas y los migrantes.

Desde lo económico, inversión, empleo, impuestos, actividad empresarial. Desde lo cultural, podremos ser una ciudad más diversa en el futuro, más integrada con el mundo y definitivamente bilingüe. ¿Cómo podríamos adecuar nuestro sistema educativo, nuestra política cultural, nuestra planificación urbana, los procesos de talento humano de las empresas, entre otras cosas, para recoger estas oportunidades

Queremos que con las historias de esta Revista se eleve la calidad del debate sobre este asunto. Buscamos promover preguntas sobre qué podemos hacer juntos. Aquí están narradas iniciativas que hoy están viendo una posibilidad donde otros ven un obstáculo. Los invitamos a nutrirlas y amplificarlas; bienvenida, por supuesto, también la crítica.

Nos encantaría convocar a actores para que tengamos equilibrio entre oportunidades y retos. Mucho más, queremos movilizarnos para afrontar las primeras y responder a los segundos. Todo esto con mucho amor, respeto por la dignidad humana, posibilismo, pragmatismo y bajo la convicción de que, como debe ser ante los grandes desafíos sociales, quejarnos no resuelve nada, solo funciona buscar comprender y actuar en consecuencia, desde la razón, colectivamente y dentro de un marco ético adecuado.

El odio no sirve para nada, solo trae más odio. La diversidad siempre será una riqueza y una ventaja, aunque a veces nos genere incomodidad.